

Dioses Retorcidos

Víctor Celorio

Dioses Retorcidos

Editado por:

Ediciones Unicornio Azul

Impreso por:

InstaBook Maker (tm)

Reservados todos los derechos

Ninguna parte de este libro puede reproducirse ni transmitirse de ninguna forma ni por ningún medio, electrónico o mecánico, incluidas fotocopias, grabaciones o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del editor.

Los InstaBooks se distribuyen e imprimen a través de: INSTABOOK

Para más información escribe a:

InstaBook

www.instabook.net

Carretera a Cuernavaca. Primavera.

Una semana antes de que se ejecutara el magnicidio, un hombre de 77 años estaba viendo por televisión una entrevista al presidente de los Estados Unidos.

El anciano estaba en su estudio privado, —una gran sección de una enorme mansión que se había construido treinta años antes, en lo alto de una colina en el antiguo camino a Cuernavaca—. Tenía una pantalla HDTV plana de pared a pared, lo último de Japón. La alta resolución de la pantalla hacía que pareciera más un cine que una televisión. Ver las noticias en la televisión era inusual para el anciano. En estos días, ver películas antiguas era su pasatiempo favorito. Sus favoritas eran aquellas películas que venían de Europa; especialmente los filmados antes de la Segunda Guerra Mundial.

Su guerra.

Esas películas permitieron al anciano volver una

y otra vez a los días en Dresden, cuando era un joven de 14 años, lleno de asombro y pasión por la vida. Su padre Karl Schmidt —que había nacido en Dresden— lo había enviado al otro lado del Atlántico en 1937 para pulir su educación en un gimnasio, lejos de las escuelas mexicanas que su padre despreciaba.

Karl Schmidt había sido ingeniero de profesión. Había sido contratado por el gobierno mexicano en 1919 para ser el segundo al mando de una de las minas de plata más importantes del estado de San Luis Potosí, que había estado en desorden después de la Revolución de 1910 y años posteriores. Dado que el general Bracho, el encargado de la mina, ni siquiera sabía escribir su propio nombre; para todos los efectos prácticos, Karl Schmidt gestionaba él mismo la mina.

Federico había nacido en México un año después de su llegada a San Luis Potosí, pues tres meses después de llegar a México su padre se había casado con una hermosa joven llamada Bertha Sánchez.

Dos años después de su nacimiento, la madre de Federico había muerto en un extraño accidente durante la fiesta de su segundo cumpleaños. Al entrar al comedor de su casa durante la celebración

con su pastel en las manos, resbaló y se rompió el cráneo contra una mesa de café. Esto había sucedido a plena vista de su marido, sus 25 invitados y sus hijos.

Quizás su padre lo culpó por su muerte, o quizás el dolor fue demasiado para soportar, pero durante los siguientes 12 años su padre lo dejó al cuidado de niñeras mexicanas. Entonces, un día, tanto su padre como las niñeras se dieron cuenta con sorpresa de que ya no era un niño. A estas alturas de su vida, después de tantos años de vivir solo, su padre estaba más acostumbrado a tratar con los mineros testarudos, analfabetos y trabajadores que tenía a sus órdenes, que con su hijo, que demostró ser tan sensible como su difunta madre.

Cuando su padre había usado con él la misma conducta estricta que tenía en la mina, el adolescente se retiraba a un mundo de fantasía de la misma manera que sesenta años después don Federico se encerraba en el mundo privado de su mansión.

Desesperado, su padre había decidido enviarlo con su hermano y su familia en Alemania, esperando que pudieran ofrecerle a su hijo lo que él no podía darle: una buena educación y la disciplina necesaria para sostenerla.

Cuando Federico Schmidt llegó por primera vez a la casa de su tío en Dresden, Adolfo Hitler acababa de restaurar el poder del ejército alemán y sus discursos desenfrenados inflamaban a todos los ciudadanos por igual. El mundo entero estaba hipnotizado por las palabras y los hechos de ese hombre bajo. Vinieron políticos de toda Europa para reunirse y tratar con el creador del Tercer Reich. La energía en todo el país era electrizante y vigorizante: era fácil dejarse llevar por el fervor con el que el pueblo alemán recibió a su Führer.

Para el joven estudiante mexicano-alemán fue como ser arrastrado por el torbellino de un tornado. El joven Federico —o Federico— vivió esos días como en un sueño. Esos eran los días que él, sesenta años después, revivía todos los días, sentado solo frente a la magnífica pantalla. Los días de la tremenda emoción que Hitler creó en todo el mundo en Alemania y la forma en que él y sus compañeros de estudios en el gimnasio compartían los logros del Führer y de los trabajadores alemanes. Esos dos años (los días transcurridos entre su llegada a Alemania y el día en que Hitler invadió Polonia) fueron ciertamente días gloriosos para el joven Federico Schmidt. Días llenos de encantadoras sorpresas y descubrimientos que lo mantenían mareado, en un

estado de ligera embriaguez.

Después, y para el resto de su vida, extrañaría el dulce aire de Dresden durante aquellos días primaverales. Nunca más volvería a disfrutar de nada como había disfrutado de aquellas calles adoquinadas del centro con sus cervecerías y restaurantes, y de aquellos campos campestres durante las fiestas de verano. Entonces descubrió la música. ¡Oh, cómo apreciaba la música entonces!

Beethoveen, Bach, Mozart, Wagner y tantos otros compositores habían absorbido su mente y su pecho con emociones que nunca antes había sentido.

También encontró literatura. Y el mundo de las ideas. Todavía podía sentir la emoción que sentía durante sus clases de filosofía en el *gymnasium* (escuela preparatoria), donde leía y discutía a Platón, Aristóteles, Nietzsche, Hegel, Kant e incluso Marx. Pensadores cuya estatura cobraba mayor importancia en la mente del joven porque allá en la mina de plata de México nunca había sospechado que pudiera existir un mundo tan maravilloso. Había vivido en Alemania en un estado de continuo asombro, exaltado día tras día por todas las cosas que hasta entonces no sabía que

existían, cosas que le correspondían tomar simplemente por el hecho de estar vivo.

Esos fueron los días que intentó revivir dentro de sus aposentos privados. Los días de magia y asombro. Pero sobre todo, oh Señor, sobre todo trató de revivir la intensidad de su amor por su adorada Ute.

Ella lo había cautivado desde la primera vez que la vio.

Cuando ella entró en su vida, él estaba en la casa de su tío, formalmente sentado en la sala de recepción y esperando que su tío bajara de su dormitorio en cualquier momento. Era temprano en la mañana y el sol brillaba claro y brillante en la calle. La nieve había desaparecido y el aire fresco de finales de marzo traía los olores de la primavera que se acercaba.

Desde su llegada a Dresden apenas unos días antes, Federico todavía intentaba acostumbrarse al carácter tranquilo y expansivo de su tío Hans. Su humor festivo, amable y emotivo contrastaba marcadamente con el carácter serio, formal, exigente y a menudo autoritario de su propio padre.

Aquel día de primavera en Dresden, Federico la

había visto a través de la ventana mientras se acercaba a la casa. Llegó con la actitud relajada de una vieja amiga. Federico sabría más tarde que era hija de un socio del tío Hans, a quien llamaba padrino; que ella era un año menor que él; que prefería los lirios a las rosas; que amaba el fresco rocío de la mañana y mil detalles más.

Pero aún más importante, la primera vez que la vio acercarse a la casa de su tío, Federico supo que ella sería suya. Para siempre.

Se quedó en la puerta unos segundos antes de entrar. La luz del sol que venía del exterior bañaba su cuerpo e hacía que su cabello rubio brillara como una corona mágica. Llevaba un vestido blanco, delicado y transparente, y durante esos breves segundos el corazón del joven quedó capturado y hecho prisionero. Luego, cuando ella se giró y él pudo ver su sonrisa, conoció una alegría tan profunda y poderosa como cualquier cosa que jamás hubiera imaginado. Ella lo miró y él se estremeció por completo.

"Debes ser el primo Federico", dijo.

Él apenas asintió, incapaz de pronunciar una palabra.

"Tenía muchas ganas de conocerte. Sé que

vienes de América, de un país misterioso llamado México, lleno de indios y revolucionarios. ¿Es eso cierto?" Continuó con la actitud tranquila de una chica acostumbrada a llamar la atención de pretendientes guapos.

Federico se limitó a mirarla con la boca abierta, su mente paralizado por su belleza y encantos.

"¿Es eso cierto?" ella repitió. "¿Qué? Oh sí. Sí, señorita.

"Tienes mi edad, así que puedes llamarme por mi nombre. Soy Ute Kadner", dijo muy apropiadamente.

Y luego ella se rió sin motivo alguno.

Federico también empezó a reír y en unos segundos ambos, incapaces de contenerse, se doblaron de risa.

A partir de ese día, Federico siguió a Ute dondequiera que fuera. Después de doce meses de amistad, descubrió que ella tenía los mismos fuertes sentimientos hacia él. Poco después de este descubrimiento se convirtieron formalmente en pareja. Aunque él tenía 18 años y ella 17, sus familiares y amigos les dieron sus bendiciones.

Su amor se hizo cada vez más fuerte incluso en medio de los rumores de guerra que se hacían cada

vez más feos. Su amor era como un escudo invisible que les permitía ignorar cualquier cosa que quedara fuera de sus momentos juntos. Incluso después de que Hitler invadiera Polonia y la guerra se convirtiera en realidad, fue algo que sucedió muy lejos y sus repercusiones fueron amortiguadas por sus propios sentimientos. Su amor era tan puro y tan inocente incluso en medio de la maldad de la guerra, que Federico solía sonrojarse cuando se atrevía a robarle un beso mientras su madre fingía no mirarla. Su actividad favorita era la de hablar, y así lo hicieron. Durante horas y horas, durante sus paseos por el bosque en las cálidas tardes de aquel interminable verano justo antes de que estallara la guerra, hablaban de todo y de nada al mismo tiempo.

Hablaron de filosofía y música; sobre Dios y el hombre y sobre lo que iban a hacer una vez terminada la guerra. Besar sus labios fue una aventura extraordinaria para Federico. Cuando Ute se reía, nada más importaba. Su risa era su alegría y su placer su único propósito en la vida. Después nunca conoció una alegría tan profunda ni tan amplia.

Él la amaba, de hecho. Amaba a la joven de enorme Pasión y devoción total que sólo un joven

puede reunir.

Luego la sombra de la guerra creció y creció y siguió creciendo y poco a poco se convirtió en una cuestión perdedora para Alemania. Cuando Estados Unidos se unió a la lucha contra Alemania, el padre de Federico, ahora temeroso de perderlo en esa guerra, le ordenó regresar inmediatamente a México utilizando su pasaporte y papeles mexicanos para salir de Europa.

Las comunicaciones en un continente devastado por la guerra tomaron tiempo. La carta de su padre tardó casi cuatro meses en llegar finalmente a Federico, y para entonces ya era casi demasiado tarde para abandonar Alemania.

Federico habló con Ute y le prometió un hermoso futuro en México para los dos si se casaba con él. Cuando ella dijo que sí, Federico se dispuso a arreglar las cosas. Pudo apurar todo y a todos, y él y Ute se casaron en una pequeña ceremonia en la catedral gótica del centro de Dresden, el 7 de julio de 1944.

Unos días después de su noche de bodas, Federico viajó a Berlín para conseguir un

salvoconducto para él y su esposa a través de la Embajada de México. A mediados de octubre, tres meses después, todavía estaba en Berlín esperando sus visas y permisos de salida.

Fue entonces cuando toda su vida quedó destruida.

El 25 de octubre de 1944, la ciudad de Dresden, un objetivo civil, fue bombardeada por las fuerzas aliadas.

Cuando Federico pudo regresar de Berlín, no encontró más que ruinas. Tres cuartas partes de la ciudad habían sido destruidas. Apenas reconoció las calles donde había sido tan feliz. Incluso se perdió varias veces entre la devastación dejada por las Fuerzas Aliadas. Los bombarderos estadounidenses B-17 Flying Fortress habían lanzado varios cientos de miles de libras de bombas sobre la ciudad. Una de esas bombas había impactado directamente en la casa de Ute. Cuando Federico finalmente llegó allí, lo encontró convertido en escombros y polvo. Se arrodilló para excavar los restos de la casa con sus propias manos, en busca de una señal. Rascó y rebuscó hasta que alguien, una anciana, finalmente se apiadó de él y le dijo que parara.

"Ella no está allí. Ella esta viva. Debe estar

escondida", dijo el anciana.

Federico se aferró a esa débil esperanza. Poseído de un miedo tan grande como su amor, durante varios días buscó entre las ruinas humeantes de la ciudad mientras inspeccionaba una y otra vez los refugios donde yacían doloridos los heridos. Todo fue en vano. No había ni rastro de su Ute. Nadie sabía qué había pasado con ella y su familia. En el último de esos refugios Federico sí encontró a su tío Hans, gravemente herido.

"¡Tío Hans! ¡Gracias a Dios estás vivo!

"Mi querido muchacho, este viejo cuerpo mío puede estar vivo, pero mi corazón está muerto. Mi alma está muerta. Mi país está muerto. Lo hemos perdido todo", lamentó.

"Nos recuperaremos, tío. Lo haremos. Tan pronto como encuentre a Ute, cuidará de ti. Ya verás. Te mejorarás."

"¿Ute?", dijo su tío.

"¡Sí! ¿Sabes donde esta ella?"

"¿Quieres decir que no lo sabes?"

"No, no sé dónde está. Tengo que encontrarla".

"No, no, hijo mío, mi amado Federico, eso no es cierto", dijo el tío Hans. El empezó a llorar.

Cuando Federico preguntó por qué, su tío no pudo hacer más que temblar.

Federico necesitó más insistencia hasta que finalmente Hans soltó la terrible verdad que Federico había estado evitando.

"Ute está muerta. "

"Usted está mintiendo."

"Ojalá lo fuera, mi querido sobrino".

"Dime cómo murió".

"¡No lo haré!"

"Dímelo o creeré que me estás mintiendo".

"¿No es suficiente que esté muerta?"

Muerta. *MUERTA*

"¡NO! Ella no es. ¡No puede serlo!

Muerta

La sencillez de la palabra no fue suficiente para transmitir el atroz significado. Federico quería detalles; quería castigarse a sí mismo escuchando exactamente cómo y cuándo. Su tío, asustado y dolorido tanto por sus heridas físicas como

emocionales, le dio los detalles que Federico le exigía.

"Murió instantáneamente, sin dolor..."

"¡Dime cómo!"

"¿Estás seguro de que quieres saberlo?"

"¡Sí, lo estoy! ¡Dime!"

"Una bomba cayó directamente sobre su casa. Nadie sobrevivió. Ella murió inmediatamente".

"¿Cómo lo sabes? ¿Cómo puedes estar tan seguro de que ella no estaba viva?"

"Porque..."

"¿Porque que? Quizás estaba inconsciente. Tal vez se despertó más tarde..."

"¡Porque Ute fue decapitada!"

"¡NO!"

"La levanté con mis propias manos. Ojalá hubiera sido yo quien muriera, muchacho".

Federico quería saber el resto. Su tío le contó lo mejor que pudo cómo su cuerpo mutilado había sido arrojado entre cientos de otros en una pila y luego quemado para evitar una plaga. No quedó nada de ella.

Federico se volvió loco.

El año siguiente había sido borrado de su memoria. Sabía que se había convertido en una bestia, un animal trastornado que había luchado con todas sus fuerzas contra las fuerzas invasoras; primero contra los rusos y luego contra los estadounidenses. Había matado a tantos hombres como pudo, durante tanto tiempo como pudo, pero toda la matanza había sido en vano. Su sed de venganza no había sido saciada. Luego una bala enemiga lo hirió en la nuca y, cuando despertó, la guerra estaba perdida. Los rusos estaban fuera de Berlín. Era sólo cuestión de días.

Federico pensó que iba a morir. Estaba resignado, incluso feliz por ello, ya que se incorporaría a su Ute. Pero no lo hizo y se odió a sí mismo por estar vivo. Se encerró en su mente y el mundo dejó de tener significado.

Cuando Federico mejoró lo suficiente como para levantarse y caminar, recibió la visita de un general en el hospital de Munich. El general permaneció a su lado, estudiándolo en silencio durante un largo rato antes de hablar.

"¿Cómo te sientes?" preguntó el general.

Federico lo ignoró.

El General estudió su rostro durante algún tiempo y luego hizo otra pregunta.

"¿No quieres vengarte de lo que le hicieron a tu esposa?"

Eso fue todo lo que se necesitó para enganchar a Federico en un proyecto que ahora, muchos años después, finalmente daría frutos.

El general llevó a Federico a una cueva en las afueras de Munich, donde las fuerzas alemanas guardaban los tesoros de arte capturados en los países conquistados. El general no se molestó en explicarle a Federico toda esa riqueza. Simplemente lo llevó hasta el fondo de la cueva, donde abrió una enorme caja llena de lingotes de oro.

"Sé que tienes pasaporte mexicano y los permisos correspondientes para salir de Europa. Quiero que uses tus documentos para entrar a Suiza. Una vez que estés instalado, encontraré una manera de enviarte este oro. Quiero que lo deposites a tu nombre y lo cuides hasta que llegue el día en que puedas obtener una venganza igual a la que le han hecho a nuestro Führer, a nuestra patria, a tu Ute y a todos nosotros. ¿Jurarás hacer

eso?"

Federico juró al general todo y cualquier cosa.

Sólo pudo pensar en una palabra. Era la palabra venganza. Venganza. ¡VENGANZA!

El general sacó dos lingotes de oro de la enorme caja llena de ellos, los colocó en una maleta de cuero con doble fondo y se la dio a Federico.

"Dentro de la maleta hay toda la información que necesitas, además de dinero en moneda tanto en dólares suizos como americanos. Ve ahora. Y ten cuidado. Espera nuestra señal"

"Cuál podría ser...?"

"Conozco la leyenda de Quetzalcóatl, el Dios de barba rubia que enseñó a los indios de México a cultivar maíz, el que un día fue vencido y se fue, pero prometió volver algún día".

"Así es", dijo Federico, y por primera vez en muchos meses sintió una sonrisa aparecer en su boca.

"La señal será Quetzalcóatl, entonces"

El general le dio una fuerte palmada en la espalda, saludó como si saludara por última vez al Fürher, sacó a Federico de la cueva y lo dejó delante de otro coche. Mientras el coche se alejaba

de la ciudad hacia la frontera con Suiza, Federico se dio cuenta de que ni siquiera sabía el nombre del general.

Sólo sabía una cosa.

La venganza sería suya algún día.

Quetzalcoatl retornaría...

Washington D.C.

El presidente William Conover celebró la conferencia de prensa en la Casa Blanca.

El presidente de los Estados Unidos tenía previsto mantener una tranquila conversación con la prensa, pero en cuanto subió al podio, tras una breve presentación de su secretario de prensa, comenzó el interrogatorio.

"Señor presidente", dijo Sheila Roberts, del New York Times, "su visita a México se está interpretando como un respaldo implícito de usted y de Estados Unidos al gobierno mexicano, que está disminuyendo rápidamente. ¿Está realmente haciendo eso?" ¿Está usted apoyando a su amigo, el Presidente mexicano, en contra de los deseos de los ciudadanos mexicanos?"

El presidente Conover no dudó ni un segundo.

"Esperen un segundo. En primer lugar, los problemas internos de nuestros buenos vecinos son de ellos y ellos los que los deben resolver. Además,

me gustaría Recuerdales que nuestra visita es para celebrar otro aniversario del Tratado de Libre Comercio de América del Norte y explorar la posibilidad de ampliar El TLCAN para beneficiar a todos los países restantes de América del Sur. Como usted sabe, propongo al Congreso ampliar el tratado para incluir a todos los países del hemisferio. Nuestro plan exige la creación de una zona de libre comercio en todo el hemisferio para 2005. El objetivo principal de mi visita es luchar por el libre comercio. Quiero asegurarme de que nuestro punto de vista sea escuchado en voz alta y claro para todos. Además de esto, seré uno entre decenas de Presidentes en un viaje organizado hace mucho tiempo. En la Cumbre de las Américas en México seré un tipo más", dijo, con ese humor modesto que tanto disfrutaba la prensa. Antes de que el periodista pudiera reaccionar y hacer una segunda pregunta, el Presidente señaló a otro que pensó que era más seguro, no lo estaba.

"El problema es el momento de su visita, señor Presidente. La mayoría de las encuestas indican que el PRI ocupa el tercer lugar y que el resto de los votos se dividen en partes iguales entre los dos principales partidos de oposición. Parece casi seguro que el PRI perderá una elección presidencial por primera vez en los últimos setenta

años. Su visita en este momento está siendo utilizada como propaganda por los antiguos partidarios del partido. ¿No le preocupa?", preguntó Peter Lattell, del Washington Post.

El Presidente hizo uso de su considerable encanto mientras pensaba rápido.

"¿Preocupado por qué? ¿Las encuestas o mi visita?" Hubo algunas risas educadas.

"Su visita, por supuesto. Y el hecho de que podría malinterpretarse", dijo el periodista.

"Me pregunto cómo podría malinterpretarse. Tengo una excelente relación con el Presidente de México, porque mi gobierno es muy consciente de que el proceso electoral en México sigue mejorando cada día bajo su administración." El presidente Conover señaló a otro periodista.

"¿Qué haría si gana la oposición?" ella preguntó. Era una escritora francesa, de Le Monde. Su acento era fuerte y hablaba suave y lentamente, enfatizando cada palabra.

"¿Qué quieres decir?"

"En el pasado, el gobierno estadounidense ha tratado de influir en la política en América Latina".

"Bueno, desde ya les puedo decir que

respetamos completamente a todos los partidos políticos en México. No nos importa quién gane, porque estoy convencido de que, independientemente del resultado, nuestros dos países están unidos. En el futuro estaremos aún más cerca.

Respecto a esto, he acordado reunirme con los líderes de todos los partidos políticos de México".

El Presidente permitió que esa información se filtrara en el mentes de los periodistas. Caras sorprendidas aparecieron por toda la habitación.

"¿Lo dice en serio? ¿Se reunirá con la oposición al PRI?", preguntó un periodista mexicano. Su sorpresa fue tan obvia que el presidente no pudo disimular una sonrisa. Él respondió a su pregunta.

"Sí, señora. Recibí una solicitud para reunirme con ellos y acepté porque sé que el gobierno de México está trabajando para borrar todas las malas experiencias de elecciones pasadas. Estoy listo para mostrarles a nuestros orgullosos vecinos cuánto apreciamos esos esfuerzos".

"¿Qué pasaría con el TLCAN si gana la oposición?" preguntó John Chancellor del Washington Post.

Esta pregunta permitió al Presidente Conover

lanzar un pequeño discurso sobre los beneficios resultantes hasta ahora del tratado. Indicó cuánto habían prosperado los tres países involucrados — Estados Unidos, México y Canadá— y sus economías habían crecido más allá de las expectativas de cualquiera. El Presidente era perfectamente consciente de que sus palabras estaban siendo vigiladas con atención en México, donde el nacionalismo estaba en niveles muy altos. Sabía que su apoyo o su falta de apoyo serían utilizados políticamente a favor o en contra de su amigo Ernesto Zedillo Ponce de León, el presidente de México. Así que tuvo mucho cuidado de no decir nada que pudiera ser mal utilizado por alguien. Las elecciones en México se celebrarían en unas semanas y sabía muy bien que todo indicaba que el PRI iba a perder la presidencia. De verdad. Por primera vez en casi ochenta años. Y también sabía que su amigo, el presidente mexicano, entregaría la presidencia a quien ganara las elecciones. Honestamente. Por eso el presidente Conover tuvo cuidado de no cerrarle la puerta a nadie que pudiera ganar las elecciones en México; no quería dejar una relación envenenada con México a su propio sucesor en la presidencia. Después de todo, México ya era el segundo socio comercial más importante de Estados Unidos. En

unos pocos años más, México estaba destinado a desplazar a Canadá y convertirse en el socio comercial número uno de Estados Unidos. Eso era algo que el presidente Conover no podía permitirse el lujo de olvidar.

Con mucho cuidado, incluyó en su discurso las palabras que le recomendó su Asesor de Comunicación; palabras como "amigos, orgullo, prosperidad, futuro, paz y progreso". Palabras elegidas entre otras como es habitual en la Medida de Respuesta.

La Medida de Respuesta (RM) fue una técnica desarrollada en 1998 por Peter Moss, un matemático de Stanford que, un día, mientras estaba en la ducha, se dio cuenta de que las opiniones y creencias se basaban en palabras y que las palabras podían expresarse en una ecuación matemática.

Por tanto, las opiniones y creencias también se convirtieron en un logaritmo.

Con la ayuda de una enorme base de datos, Moss creó una respuesta estadísticamente correcta de los ciudadanos a ciertas palabras, y cómo la gente percibía esas palabras de manera diferente al mediodía o a la medianoche. El invento, aplicado al marketing, había convertido a Moss no sólo en

multimillonario: le había permitido ser elegido asesor de comunicación de la Casa Blanca.

Todas las noches, antes de acostarse, el presidente Conover le enviaba por correo electrónico una pequeña lista de cincuenta a cien palabras. El software de la computadora escogió las palabras dependiendo de los temas clave del día siguiente, la audiencia, la época del año y varios otros factores. En lugar de memorizar discursos, el presidente memorizó sólo unas pocas palabras. Esta técnica había hecho que su discurso fuera sorprendentemente fresco, poderoso y siempre directo; fortaleció su carisma natural y lo hizo parecer inteligente, divertido, modesto y valiente, todo al mismo tiempo.

Desde entonces, por supuesto, la técnica se ha extendido por todo el mundo y ahora existe incluso un nuevo navegador de Internet que muestra mediante gráficos instantáneos cuán "populares" son las opiniones del presidente.

A la misma hora, en la Ciudad de México.

Armando Molina, el candidato presidencial del PRI, no necesitó usar el navegador de su computadora para saber que el presidente Conover evitaría fácilmente caer en una de las trampas verbales que magnificaba la televisión. Molina estaba viendo la entrevista a través del canal POLIS, una suscripción de HDTV satelital que seguía la política en todo el mundo, las veinticuatro horas del día.

"En vista de su fuerte amistad con el Presidente Zedillo, ¿tiene alguna preferencia sobre quién debería ser el próximo Presidente de México?" preguntó un corresponsal mexicano de Televisión Azteca.

"Por supuesto que no. Estoy seguro de que quienquiera que sea el próximo Presidente de México será la elección perfecta para el pueblo mexicano".

"Sí, pero ¿quién te gusta personalmente?"

"No me corresponde a mí gustarme o disgustarme con ninguno de ellos. Espero tener una relación de trabajo amistosa con quien sea elegido por los ciudadanos mexicanos. Estoy seguro de que cualquiera de los candidatos será la elección correcta. Si los mexicanos lo eligen, será el hombre con quien trataremos, sin importar quién sea. Sabemos que los mexicanos son gente buena, trabajadora y honesta con quienes nuestro gran país tiene muchos vínculos. Por eso confiamos plenamente en ellos para elegir a la persona adecuada para ellos. Y si es bueno para ellos, será bueno para nosotros".

Armando Molina estaba cada vez más exasperado por la falta de compromiso que escuchaba en las respuestas del presidente Conover.

Ambos eran graduados de la misma universidad, esperaba un poco más de apoyo de su parte.

"Señor Presidente, sobre los frentes guerrilleros en doce estados de México..."

"¿Que hay de ellos?"

"¿Es cierto que el FBI encontró alguna conexión entre ellos y nuestros propios grupos terroristas en Estados Unidos?"

"No, eso no es verdad." Dijo firmemente el Presidente de Estados Unidos e inmediatamente cambió de tema. Pero su respuesta le dio una idea al candidato mexicano, quien sonrió al cabo de unos instantes.

Luego, aunque otras respuestas del presidente Conover le hirieron políticamente, el candidato mexicano siguió sonriendo durante toda la entrevista que duró otros diez minutos. Cogió el teléfono cuando terminó la conferencia de prensa. Ordenó a Roberto Peña que entrara a su oficina. Inmediatamente. Tenía mucho trabajo que hacer y muy poco tiempo para hacerlo. Roberto era el Secretario de Gobernación interino. También había sido su consejero favorito durante mucho tiempo.

Él era el encargado de las operaciones sensibles. Él sería la elección perfecta.

Lo que Armando Molina se proponía hacer requería máxima sensibilidad y concentración. Apagó la televisión y fue entonces cuando escuchó el ruido. Caminó hasta el enorme ventanal de su oficina para mirar hacia la calle. Había cientos de hombres y mujeres marchando por la avenida. Los que estaban en primera línea ya se estaban posicionando justo frente a su oficina de campaña. Como es habitual en esas manifestaciones,

portaban grandes pancartas expresando su caso.

¡PAREN LA MATAN2A!, estaba pintado a mano con letras rojas en una de las pancartas.

MOLINA ASESINA CAMPESINOS!, decía otro.

Hubo un breve golpe en la puerta y luego se abrió suavemente.

Roberto Peña entró a la oficina. Su baja estatura, sumada a unos hombros estrechos y una cabeza enorme acentuada por las gruesas gafas que llevaba, le hacían parecer deforme. Su aspecto físico disfrazaba la tremenda inteligencia que se escondía detrás de sus claros ojos castaños. Él era lo que Armando Molina llamó su 'genio de bolsillo'. Su edad era imposible de calcular, pero Armando sabía que se acercaba a los cincuenta.

Armando Molina era exactamente lo contrario de su asesor: Molina era alto, guapo, elegante, con una sonrisa contagiosa, una gran presencia ante las cámaras de televisión... y no demasiado brillante a la hora de captar nociones verdaderamente abstractas. Su mejor momento era en las batallas políticas libradas cuerpo a cuerpo. En intrigas de palacio estaba soberbio. En un combate uno a uno estaba seguro de que podía encantar a cualquiera,

incluido el diablo. Por eso había sido elegido candidato presidencial por el presidente interino de México: porque era un manipulador astuto y con carisma de sobra. Con apenas cuarenta y cinco años, tenía la combinación perfecta para un Presidente mexicano del nuevo siglo; astuto y duro, además de guapo. Como decían abiertamente las chicas mexicanas, incluso tenía el aspecto que debería tener un presidente.

El presidente Zedillo había pedido a su sucesor elegido que interrumpiera su campaña durante dos semanas y le diera tiempo para atar cabos sueltos; quería recibir a los Presidentes de las Américas visitantes con algo de su propio poder político todavía fuerte. Según los rituales políticos del partido gobernante en México, una vez que el presidente en funciones elige a su sucesor, el propio presidente pasa a ser historia instantánea. A nadie le importaba un hombre de salida, y todos intentaban congraciarse con el hombre de entrada. Eso es lo que la terminología política mexicana llamaba "la cargada" o "la estampida". Eso era cierto ahora más que nunca; la gente se alineaba ansiosamente frente a las oficinas de Armando Molina deseando tener una breve charla con el hombre mismo.

"¿Estás preparado para un gran desafío?" preguntó Molina, mirando a los ojos a su ministro Roberto Peña. Aunque no exactamente a sus ojos; Miró la patilla de las gafas de Roberto. O en su mejilla. O su frente. Nunca miró directamente a los ojos de su ayudante porque temía que la repulsión que sentía hacia él fuera transparente.

"Como siempre, jefe. ¿Qué clase de desafío?" Roberto Peña preguntó.

"Antes que te lo diga, dime quiénes son esos indios", dijo con repugnancia Armando Molina, señalando a través del cristal de la ventana la manifestación que actuaba siete pisos más abajo. Los llamó indios porque los hombres vestían ropas típicas de campesinos; algodón sencillo, blusas, sombreros de paja gastados y huaraches viejos en sus pies sucios. En México, que te llamen indio es un insulto denigrante. Armando lo usó todo el tiempo como calificativo, sin pudor, pero sólo en privado.

En su cargo anterior como Secretario de Gobernación o Ministro del Interior, Armando Molina había estado a cargo de velar por la paz en el país. Su puesto había sido equivalente en Estados Unidos a los de Asesor de Seguridad Nacional, la CIA y el FBI juntos. Sólo que aún más

poderoso porque no tuvo que tratar con un comité del Congreso ni con el público. Simplemente con el presidente del país. La mayoría de los servicios de inteligencia en México reportaban directamente a Molina antes de que éste renunciara para convertirse en candidato presidencial, y todavía lo hacían a través de su mano derecha, Roberto Peña, el hombre al que dejó como secretario interino hasta que se celebraran las elecciones.

Roberto era el encargado de saber quiénes estaban detrás de cada huelga sindical, cada acto de protesta, cada artículo periodístico y cada maniobra política en todo México. Especialmente los que suceden en la puerta del ministerio. Era uno de los hombres más poderosos de México. Lo mejor de todo es que Roberto Peña le debía todo su poder a Armando Molina.

Eso hacía que su lealtad fuera incuestionable.

Roberto miró hacia la calle. El grueso cristal a prueba de balas ahogó los gritos de la gente que bloqueaba la avenida de abajo.

"Eso es fácil, jefe. Julio Santibáñez organizó a esa gente. ¿Lo recuerdas? Es el líder de Tierra para Todos, una organización que está en contra de la propiedad privada de tierras cultivables. Dicen que la Constitución mexicana de 1917 hace públicas

todas las tierras, por lo que son propiedad ilegal en manos privadas".

"Lo recuerdo. ¿Qué quiere de mí?"

"Se supone que están aquí para protestar por el asesinato de uno de sus miembros en Guerrero. Pero en realidad a Julio Santibañez le está pagando Ernesto Barrios Mata para crear publicidad negativa en su contra. Sabes que Ernesto Barrios Mata te odia y quiere que abandones tu candidatura. Él cree que debería ser él".

Armando regresó a su escritorio, se sentó en su silla de cuero negro y tamborileó con los dedos sobre la superficie pulida. Roberto Peña esperó; tamborilear con los dedos era la señal que Armando Molina utilizaba cada cuando estaba pensando y no quería que lo molestaran. Después de unos minutos, el tamborileo cesó.

"¿Tenemos pruebas de su participación?"
-Preguntó Armando.

"Sí. Y no."

"¿Qué quieres decir?"

"Bueno, *sí* tenemos fotos de Ernesto Barrios Mata reuniéndose con Julio Santibañez hace dos semanas. Pero fueron inteligentes y se encontraron en una reunión pública. Si usamos esas fotos,

podrían decir que fue un encuentro natural ya que Ernesto es el Ministro de Agricultura".

"Tal vez. Pero dependería de cómo usemos esas fotos, ¿no crees?"

Roberto Peña no respondió. Se quitó las gruesas gafas y las limpió antes de decir nada.

"Creo que tienes razón. Esas fotos podrían significar mucho o nada. ¿Qué tienes en mente?"

"Oh, esto te va a encantar". dijo Armando Molina. Y empezó a explicar.

Él estaba en lo correcto. A su amigo le encantó la idea. Fue tan escandaloso que realmente podría funcionar.

Utilizó su pasaporte mexicano para llegar a Suiza, donde se puso en contacto con un abogado cuyo nombre encontró en los papeles que había dentro de la maleta.

Aparte de eso, no tuvo que hacer nada más. El abogado suizo se encargó de todo. El abogado le abrió una cuenta, depositó primero el dinero y luego el oro, y rellenó todos los formularios que le pedían los suizos. Encontró una casa para Federico en las afueras de la ciudad y lo registró ante la policía como ciudadano mexicano.

Luego llegó más oro de Alemania a través de un correo argentino, y Federico y el abogado simplemente lo depositaron en la cuenta. Como el oro siguió llegando por diferentes medios durante muchos meses después de terminada la guerra, Federico y su abogado lo depositaban en el banco cuyo director se convirtió en amigo y socio del abogado suizo. Hacían los depósitos por la noche y nadie sabía de ellos excepto, por supuesto, el propio banco. Pero como los suizos sabían guardar

secretos, especialmente sobre el dinero, y sobre todo sobre el dinero en sus bancos, nadie supo nunca quién era el propietario de la cuenta número 771944. Federico eligió ese número para no olvidar nunca el día más feliz de su vida; esa fue la fecha en que se casó con su amada Ute.

Federico no hizo más que esperar varios meses. Cuidó sus heridas, reparó su cuerpo y fortaleció su espíritu y su voluntad. Evitó el contacto humano tanto como pudo. A excepción de su abogado en Ginebra y la familia que lo alimentaba y cuidaba de la casa donde vivía, nadie lo vio siquiera.

Cuando llegó el último envío de oro, recibió una carta. "Sendero en peligro. Alejate. Te encontraremos".

Al mes siguiente regresó a México. Era 1947.

Tenía apenas veintisiete años.

Su padre lo recibió como a un héroe, pero, como el gobierno mexicano también había declarado la guerra a Alemania y había luchado junto a las fuerzas aliadas, su padre había creado una historia conveniente para su desaparición de los últimos diez años. Federico volvió a ser Federico, y a la gente del pequeño pueblo mexicano donde vivía su familia le dijeron que había estado estudiando en

Estados Unidos.

En el pequeño pueblo de Aguaprieta, donde su padre se había convertido en director general de la mina, la guerra en Europa o el Pacífico era tan remota como la luna. Nadie podía imaginar al joven Federico involucrado en ello. El hecho de que no pudiera hablar nada de español durante todo un año ayudó a Federico a mantener en secreto sus actividades bélicas. Nunca más había escuchado música ni leído nada de sus queridos autores.

Donde su carácter solía ser cálido y agradable, ahora era frío y peligroso.

A su padre, que ya se había vuelto a casar con una hermosa joven mexicana, no le gustó lo que vio en este silencioso extraño que solía ser su hijo. La idea de tener cerca de su joven esposa a un joven viril con un aire de maldad era intolerable para el viejo Karl, por lo que puso a su hijo a cargo de la tierra familiar en el bosque. Eso le vino muy bien a Federico.

Inquieto, incapaz de olvidar a Ute, también aceptó un trabajo docente en una escuela rural como una forma de pasar sus horas de vigilia y recuperar su capacidad de hablar en español. También era una forma de volver a estar en

contacto con los humanos, aunque sólo fueran hijos de los campesinos, que despreciaba.

Esta fue la base de la historia que años más tarde lo haría famoso, cuando llegó a ser gobernador del estado y la prensa había sucumbido al encanto que había aprendido a desplegar a través de dones espectaculares. Era el maestro rural, el millonario hecho a sí mismo, el político estrella.

Su nueva vida lo llevó lejos. Hasta tal punto que, cuando cumplió cincuenta años, casi se convirtió en Presidente de México: debido a una Norma constitucional que excluía a los hijos de extranjeros de convertirse en presidentes de México, norma originalmente destinada a impedir a los hijos de españoles, no lo logró a pesar de que fue tan popular que miles de personas firmaron una petición para cambiar esa ley.

El hecho de que no llegara a ser Presidente de México realmente no le molestaba porque ese había sido un objetivo secundario en su vida, uno que palidecía ante el primero, el más importante.

La venganza.

Había esperado pacientemente durante muchos años para reclamar su venganza contra la nación que le había quitado todo lo que realmente había

amado cincuenta y cinco años antes. Era una herida que aún dolía como si hubiera ocurrido el día anterior. Ahora, desde la casa en lo alto de la colina, podría orquestar su golpe magistral. Un golpe maestro, de un maestro del engaño. En contra de la máxima de Lincoln, había logrado engañar a mucha gente durante muchos años. Ahora había llegado su momento.

La venganza estaba al alcance de la mano.

Se aseguró de que la puerta de su estudio estuviera cerrada con llave y luego, detrás de un gran cuadro de Siqueiros, abrió una caja fuerte. Dentro de la caja fuerte marcó su código secreto en un teclado electrónico. Los cinco botones en el borde debían presionarse en una secuencia especial para detener a cualquier intruso que pudiera haber encontrado el primer código. Inmediatamente la pared empezó a rodar sobre ruedas de metal. Detrás había otra puerta, que abrió con una llave que llevaba colgada del cuello. Se abrió a un ascensor que lo llevó al último piso.

La enorme sala de arriba estaba dedicada a la ciudad de Dresden y a los años que vivió en ella. Trabajando a través de comerciantes en Europa durante muchos años, había podido comprar muebles, lámparas, mesas, cuadros, esculturas y

decorados de porcelana de Dresden, que en realidad eran fabricados en otra ciudad cercana.

Sorprendentemente, incluso recibió de su familia sobreviviente una serie de fotografías que mostraban a Ute tal como era entonces, como siempre sería para él. Había restaurado esas fotos y las había ampliado a tamaño natural para completar la ilusión.

Ahora encendió el disco compacto de Tristan und Isolde, de Richard Wagner. Era el único compositor de música que le gustaba escuchar ahora. Mientras la música reverberaba en su mente, deambuló por la habitación. Se acercó a una plataforma de aspecto extraño. Era grande y pesada.

Luego le quitó el material que lo cubría. Encima estaba colocado el instrumento mediante el cual cumpliría su venganza.

Se trataba de un misil tierra-tierra, guiado por láser, que había comprado a traficantes en el mercado negro después de la guerra de Irak. El misil había sido enterrado en las arenas del desierto de Kuwait por un sargento estadounidense corrupto durante la invasión de Irak, y luego recogido por una red clandestina de terroristas. Fabricado en Estados Unidos, había sido

modificado por genios oscuros de todo el mundo. Cada uno de ellos tenía sus propios motivos para hacerle daño a los Estados Unidos.

Había sido modificado para transportar 20 galones de gas mostaza reformulado. El gas tremendamente venenoso desarrollado originalmente por un científico alemán a principios de siglo procedía de la extinta Unión Soviética después de su caída en 1989.

Don Federico había pagado por ambas armas un total de diez millones de dólares. Los pagos no eran rastreables ya que habían pasado por muchos canales. Normalmente la orden de pago se originaba en México y iba a las Islas Vírgenes, luego a través de Argentina a Sudáfrica, luego de regreso a las Islas Vírgenes, luego a Suiza vía Nueva York, luego a Albania a través de Italia, y de Albania a Suiza nuevamente, donde el dinero había estado todo el tiempo desde la guerra. Se pagaron cinco millones de dólares de la cuenta número 771944 a cambio de 50 galones de gas mostaza y dos millones por el misil que lo entregaría. Ambas cosas fueron entregadas por el capitán de un barco pesquero ruso. El intercambio tuvo lugar a bordo de un yate amarrado en aguas internacionales frente a las costas de Islandia, y se

produjo simultáneamente mientras se recibía el pago a miles de kilómetros de distancia, en la ciudad de Ginebra.

La tecnología, pensó don Federico, era algo maravilloso; había coordinado la entrega final desde el interior de su casa en la Ciudad de México, utilizando un par de teléfonos celulares comprados el mismo día y para ese propósito en particular con una tarjeta de crédito falsa.

El bote de aluminio modificado para transportar y proteger tanto el misil como el gas fue trasladado al yate. El yate llevó el contenedor a otro barco de bandera japonesa, que lo llevó a Panamá. Desde fue enviado por el Canal de Panamá hasta la Costa del Pacífico, donde un barco pesquero lo llevó a Guatemala. Fue recogido allí por narcotraficantes.

Los traficantes de drogas pensaron que estaban protegiendo un cargamento de armas para sus contactos mexicanos. Les pagaron generosamente por transportar la carga por la tupida selva.

En la selva de Quintana Roo, en el sur de México, en un complejo disfrazado de centro de investigación establecido originalmente por el gobierno mexicano, un equipo de cinco hombres -dos estadounidenses, dos mexicanos y un científico ruso- habían modificado el misil

estadounidense para que liberara el gas cinco segundos antes de estrellarse, independientemente de si el misil explotó o no. El químico ruso desempleado reformuló el gas, concentró su poder y lo hizo mil veces más mortífero. Obviamente a los hombres no les habían dicho claramente para quién trabajaban, pero todos actuaban por razones ideológicas: les habían hecho creer que trabajaban para Cuba.

Pensaron que estaban construyendo un arma defensiva para la isla sitiada. Por supuesto, las grandes cantidades de dinero que recibieron por sus esfuerzos tampoco les causaron ninguna incomodidad.

El misil sólo tendría que hacer volar su carga venenosa a través de quince millas náuticas: desde la casa en la cima de las colinas de la Ciudad de México, hasta el edificio del centro donde el presidente mexicano iba a acoger una actuación especial de Plácido Domingo para los presidentes de todas las naciones en todo el hemisferio americano.

Lo que no sabían era que esta Cumbre de Estados Unidos iba a ser la última.

La destrucción física sería limitada, porque el misil impactaría contra la Torre Latinoamericana,

que era uno de los edificios más altos de la Ciudad de México. También estaba frente al Palacio de las Bellas Artes o Palacio de Bellas Artes.

Allí se celebraría el recital de los presidentes visitantes.

El edificio de la Torre Latinoamericana era tan grande que el misil ni siquiera necesitaba ser muy preciso. Mientras chocara contra la Torre a más de treinta metros de altura, bastaría: el trabajo estaría hecho. En el momento del choque el ruido sería mínimo y probablemente nadie en la calle lo oiría porque el gobierno mexicano estaba planeando una gran exhibición de fuegos artificiales. Pero diez segundos después, todos los que respiraban en un radio de cinco kilómetros alrededor del objetivo empezarían a morir a causa del gas venenoso. Como era inodoro e incoloro, nadie se daría cuenta de lo que estaba sucediendo hasta que fuera demasiado tarde.

En cinco minutos o menos, cualquiera que respirara incluso una pequeña brizna de gas venenoso moriría a causa de un doloroso colapso de los pulmones.

Debido a que la Ciudad de México está rodeada de cerros, el gas no sería disipado por el viento, por lo que Federico calculó que ese día morirían

unas veinte mil personas. Pero a él no le importó. Le parecía justo: el 25 de octubre de 1944 había muerto en Dresden un mayor número de personas.

No le importaba la cantidad de personas que morirían. No era relevante. Lo que importaba eran las consecuencias de tal acción. Previó que el gobierno de Estados Unidos reaccionaría asustado con una invasión inmediata de México; al mismo tiempo, volverían a surgir gobiernos militares en todos los países sudamericanos.

La democracia en las Américas retrocedería al menos cincuenta años.

Todos los acuerdos de libre comercio estarían muertos. Habría terror y desconfianza, y desaparecería la posibilidad de que América compitiera contra la Unión Europea. Cuando América se recuperara, sería demasiado tarde.

De hecho, él dividiría y conquistaría. Y su venganza sería completa.

Se acercó para besar una fotografía marrón, tomada cincuenta y seis años antes, de una hermosa joven.

Su amada Ute viviría para siempre.

Quetzalcoatl había retornado.

5

Boris Rykiv era un hombre muy orgulloso.

Nacido en Tobolsk, Siberia, era el menor de cinco hermanos. Su padre era director de una de las escuelas locales. Su madre María era maestra en la misma escuela.

Cuando tenía dieciocho años, Boris se mudó a Moscú para asistir a la grandiosa Universidad Estatal de Moscú, fundada en 1755 por el gran químico, físico y poeta ruso M. Lomonosov. La vida en la universidad fue como una extensión de su alegre infancia, pero ahora con conferencias de profesores de renombre mundial, disputas furiosas entre estudiantes y una estimulante vida en el campus que, durante los años setenta, era fuertemente sexual. Se había acostado con tantas mujeres que no podía Recuerdalas a todas.

Había elegido la química como campo porque el gran químico Dimitri Ivanovich Mendeleev había nacido en su propia ciudad natal, allá por 1834. Boris también se formó como piloto para la Fuerza

Aérea de la Unión Soviética. Cuando recibió sus alas y su diploma de la Universidad Estatal de Moscú ese mismo año, nadie podría estar más orgulloso que él. Era un científico de una de las universidades más importantes del mundo y un soldado del mismo ejército armado que había derrotado a Napoleón y a Hitler. Creía con el corazón y el alma en la línea del Partido Comunista Soviético y no podía entender cuando otros científicos dudaban de los beneficios que había aportado a su nación.

Permaneció en la universidad hasta que recibió su doctorado, y luego el gobierno lo envió a trabajar en un centro de investigación secreto en las afueras de Leningrado. Para entonces ya estaba casado y su segundo hijo estaba en camino. Le asignaron trabajar en una versión refinada del gas mostaza creado por los alemanes durante la Primera Guerra Mundial.

El principal problema del gas mostaza era que se diluía fácilmente con agua y se disipaba rápidamente. Por eso se requerían grandes cantidades para cubrir un área relativamente pequeña, por un corto tiempo. Su misión era hacerlo menos inestable. Después de varios años de trabajar con el gas, tuvo una inspiración: ¿y si,

para hacerlo verdaderamente estable, le añadiera otro componente más pesado? ¿Uno que, por sí solo, fuera igual de mortal?

Después de considerar muchos elementos, se decidió a trabajar con el más prometedor: una forma rara de mercurio, sintetizada por primera vez hace más de 130 años, llamada dimetilmercurio. Era tan raro que en un momento dado no había más de 100 laboratorios trabajando con él en todo el mundo. Y era increíblemente tóxico. Había leído acerca de un profesor de química en los Estados Unidos que había muerto después de derramar accidentalmente unas gotas de dimetilmercurio en sus guantes de látex mientras realizaba un experimento de laboratorio. La sustancia, que no tenía aplicación práctica, se había utilizado en investigaciones sobre metales pesados, y el par de gotas derramadas sobre sus guantes habían pasado rápidamente a través del látex y fueron absorbidas por su piel en menos de 10 segundos. Los síntomas, que incluían problemas de equilibrio, habla, visión y audición, progresaron rápidamente y terminaron en coma y muerte. Incluso cuando se administraron tratamientos para eliminar el mercurio en el sistema humano, no pudieron evitar daños irreversibles al sistema nervioso.

Estaba trabajando en eso cuando su mundo comenzó a desintegrarse pieza por pieza.

Primero fue la fusión nuclear de Chernobyl.

Luego, en rápida sucesión, Afganistán, Gorbachev y el intento de golpe de Estado contra Gorbachev, un ridículo del que el todopoderoso ejército soviético no se recuperó.

También hubo, en una secuencia que su mente no pudo captar en su magnitud real, la caída del Muro de Berlín, la reunificación alemana, la llegada de Yeltsin al poder y las repúblicas más pequeñas exigiendo su independencia... y entonces, de repente, su mundo desapareció. En 1991 la otrora poderosa Unión Soviética dejó de existir.

Todo esto había sucedido en unos pocos años.

Luego vinieron problemas que ni siquiera había soñado.

Cuando la Unión Soviética se disolvió, su laboratorio fue cerrado. Su esposa encontró un puesto como profesora pero su salario (1.000 rublos) era drásticamente insuficiente, especialmente para una familia numerosa como la suya, lo que hizo que Boris no tuviera otra opción que buscar cualquier tipo de trabajo. Se vio

obligado a trabajar de noche en un hospital por un salario modesto. Al menos, se decía en los momentos más oscuros de la depresión, todavía podía alimentar a sus hijos.

Entonces, cuando el extraño apareció un día en el hospital, trayendo una carta de un viejo colega mexicano en la que Boris recibía una oferta para continuar su investigación en México, y un sobre adjunto con diez mil dólares en efectivo si aceptaba, no lo tuvo que pensar dos veces.

Firmó en el acto todos los documentos que el desconocido presentó en su hotel, incluidas las cartas de confidencialidad.

Cuando llegó a casa esa misma noche, después de caminar con el bolsillo lleno de dinero en efectivo, había recuperado algo de su antigua confianza en sí mismo y su orgullo. Por primera vez en años durmió tranquilamente.

Primero lo llevaron en avión a París y lo dejaron vagar solo durante unos días. Luego lo llevaron en avión a Cancún y de allí en helicóptero a un pequeño centro de investigación llamado CIEN (Centro de Investigaciones Ecológicas Nacionales). Allí se encontró con otros "científicos" de diferentes partes del mundo que le dijeron que estaban trabajando en un arma

defensiva ultrasecreta para Cuba.

A Boris realmente eso no le importaba. Se preocupaba por su trabajo.

Durante los siguientes seis meses no abandonó el laboratorio. Como parte de su contrato, a los científicos se les prometió una bonificación de cien mil dólares cada uno si terminaban su proyecto a tiempo. Y efectivamente lo habían terminado.

Después de entregar cincuenta galones de gas mostaza modificado y la fórmula para producir tanto como fuera necesario, Boris recibió sus cien mil dólares y fue trasladado en avión de regreso a Europa, esta vez a España. Nunca había estado en España, por lo que decidió quedarse un tiempo y traer a su familia de vacaciones. Durante los siguientes meses disfrutaron de las soleadas playas de España y descubrieron que había millones y millones de turistas de toda Europa de vacaciones como ellos.

En el Resort All Included de Palma de Mallorca donde se alojaban, Boris se reunió con el director del laboratorio médico más grande de España, cuya sede estaba en Madrid. Boris pensó que era un buen momento para promocionarse y empezó a hacer saber que le encantaría establecerse en España. El director del laboratorio, un médico

llamado Manolo Vega, era un hombre de baja estatura que tenía un gran parecido con Picasso; la misma calva, los mismos ojos saltones, la misma sonrisa torcida y mal genio... Cuando Manolo Vega expresó interés por el trabajo reciente de Boris, Boris había estado bebiendo vino toda la noche. Se sentía seguro y alardeaba en voz baja de su trabajo secreto en México.

Lo que no sabía era que la empresa de Manolo Vega tenía importantes contratos de exteriorización con la OTAN. Manolo Vega retuvo a Boris en Palma de Mallorca, diciéndole que podría haber trabajo para él, mientras Manolo volaba de regreso a Madrid y daba cuenta completa y detallada al general James Bradford, que estaba al mando de la unidad que supervisaba las empresas subcontratadas. . .

Bradford, a su vez, envió un informe codificado a su cadena de mando y, en algún momento, alguien decidió compartir esa información con el Departamento de Estado, quien a su vez asesoró a la CIA. Comenzaron a verificar la información.

Pero ya era demasiado tarde.

Boris se ahogó una tarde mientras nadaba en las playas de Palma de Mallorca, delante de su familia y otros mil testigos que nada pudieron hacer para

salvarle. Cuando rescataron el cuerpo, la autopsia indicó que Boris tenía un nivel letal de alcohol en sangre. Se había ahogado porque había estado bebiendo sin parar, pensando en lo felices que él y su familia iban a vivir en una España amante de la diversión.

Su familia recogió su dinero y regresó a Rusia.

6

La agente especial del Servicio Secreto Melissa McDuffy tenía dos hijas y, a pesar de su apretada agenda, anhelaba tener otra. Amaba a los bebés y los bebés también la amaban a ella. Ahora que sus hijas tenían edad suficiente para ir a la escuela, extrañaba la sensación de que un bebé la necesitaba. Sabía que es una experiencia que sólo una mujer puede tener y era una experiencia que disfrutaba.

Pero por supuesto era inútil pensar en ello, porque probablemente nunca tendría otro bebé. No sólo porque no tenía tiempo, puesto que era jefa de un departamento del Servicio Secreto, sino también porque ya no tenía marido. El mes pasado se firmaron y entregaron los papeles del divorcio y ahora estaba soltera otra vez. Una madre soltera que era agente del servicio secreto.

A veces, por la noche, acostada sola en la cama y sintiéndose la mujer más sola del mundo, recordaba sus primeros años con Larry para buscar los errores que podría haber cometido como

esposa. Y cuando no encontró muchos, los inventó porque quería encontrar una razón. Todavía era demasiado pronto para aceptar que realmente no había ningún culpable en su divorcio. Su matrimonio había muerto de muerte natural, sin culpa ni de Melissa ni de Larry.

Fue, como dicen, *one of those things...*

Aún así, durante esas noches, después de horas de dar vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño, terminaba llegando a la conclusión de que, sin su trabajo, fácilmente se volvería loca. Su trabajo le daba una sensación de seguridad, un sentido de pertenencia que había perdido cuando Larry le dijo que ya no la amaba. Entonces se lanzó a ser la mejor agente en una corporación que recibía solo lo mejor de lo mejor de todo el país. Y al hacerlo, recuperó un sentido de propósito en la vida y la mayor parte del tiempo estaba, si no feliz, por lo menos contenta.

Excepto por esas noches solitarias.

Cuando se anunció el viaje a México, ella se ofreció como Agente adelantada. Dejó a sus hijos al cuidado de su madre, y un mes antes de la visita oficial voló a México, entre casi setecientas personas más de avanzada, y comenzó la enorme tarea de asegurar los lugares donde el Presidente

Conover estaría físicamente presente durante su estancia en México..

Trabajaba en una oficina dentro de la modesta embajada estadounidense, que ocupaba un edificio cuadrado en el Paseo de la Reforma.

Estaba al otro lado de la calle del Hotel María Isabel Sheraton, que era donde el Departamento de Estado había reservado los dos pisos superiores de habitaciones para el equipo de avanzada. Organizar una visita presidencial a otro país era una tarea gigantesca, pero ella y su grupo habían estructurado las tareas y dividido las responsabilidades de tal manera que todo se desarrolló con bastante rapidez y en su mayor parte sin problemas.

Le sorprendió descubrir que los coordinadores de las Fuerzas de Seguridad mexicanas eran ruidosamente eficientes. Representaban una fuerza compuesta por casi 3.000 agentes, policías y soldados.

Siempre bromeando y cantando entre ellos -realmente- trabajaron con el Servicio Secreto de manera amigable buscando una solución a cualquier posible problema.

El equipo del Servicio Secreto comenzó

escribiendo minucias de cada paso que el presidente Conover iba a dar en México, literalmente. Desde el momento en que abordó el Air Force One en la Base Aérea Andrews, en Washington, el Presidente debía seguir el horario muy estricto que el Servicio Secreto y sus homólogos mexicanos habían creado para cada uno de sus pasos dentro o fuera de un edificio o de un automóvil.

Una vez listas las minucias, ensayaron y filmaron el ensayo. Cuándo y dónde iba a aterrizar el avión y desde qué dirección; qué tan grande era el espacio aéreo sobre la ciudad reservado para el Air Force One, quién estaría en la Torre de Control y quién manejaría los sistemas de radar; cuántos pasos desde el avión hasta la alfombra roja; cuánto duró la alfombra roja; ¿cuántas personas estarían en fila para recibir al Presidente; quiénes serían los miembros del ejército que lo saludarían, qué tipo de armas se utilizarían y quiénes las portarían...

Más aún: cuántos puntos débiles se podían encontrar en el lugar donde iba a aterrizar el avión, desde cuántos lados se podía ver la puerta del avión; a qué distancia del avión estaban los edificios más cercanos y qué altura tenían; quiénes los habitaron y durante cuánto tiempo estuvieron

allí; qué tipo de acabado se utilizó en el pavimento de la franja del aeropuerto; ¿A qué distancia estaría estacionada la limusina? qué tipo de armadura se utilizó para protegerlo de las balas; quién conduciría la limusina del presidente y quién conduciría el resto de los coches del convoy; dónde estacionarían; cuántas personas por coche; qué tipo de armas portarían; crear un archivo para cada uno de ellos, sus nombres y sus fotos y con una verificación de antecedentes personales en profundidad...

Todo esto durante los primeros cinco minutos de la visita del presidente Conover. Y el presidente ni siquiera había subido todavía a la limusina. Pero la experiencia añadida de tantos agentes que habían hecho esto en el pasado y los numerosos viajes que el presidente Conover ya había realizado por todo el mundo permitieron a Melissa y su equipo trabajar rápidamente y todo avanzó como debía.

Es decir, hasta el día en que le pidió a Bob Allen, jefe de estación de la CIA en México, una lista de ciudadanos mexicanos que habían expresado una amenaza contra el Presidente de los Estados Unidos, o el gobierno de los Estados Unidos, durante el año pasado.

Bob Allen era un viejo amigo a quien había

conocido en Washington poco después de haber sido aceptada como miembro del Servicio Secreto, casi quince años antes. Desde entonces se habían mantenido en contacto, de vez en cuando. Era fanático de Ciudadano Kane, que consideraba la mejor película jamás realizada, y dondequiera que iba le enviaba una postal con una palabra escrita en el reverso. "Capullo de rosa", decían las cartas. Después de tantos años, había coleccionado unos cincuenta.

"¿Le gustaría una lista de unos 30 millones de personas?"

Bob Allen dijo con una mueca. En ese momento Melissa se dio cuenta de que había perdido una enorme cantidad de peso. Parecía demacrado y tenso.

"¿Qué quieres decir?"

"En los últimos 5 años, por culpa de la estúpida Ley de Certificación, nuestra relación con México se ha vuelto muy tensa. Así como nosotros amamos a Estados Unidos, esta gente ama mucho a su país y el nacionalismo está muy alto. Perciben la llamada certificación como un insulto deliberado a México. A esto se añaden las nuevas leyes de

inmigración, según las cuales, ¡por el amor de Dios!, cualquier recolector ilegal de algodón puede ser encarcelado por ser un gran trabajador. Ah, sí, en un momento u otro diría que 30 millones de mexicanos han expresado una o dos amenazas contra nuestro gobierno. Y déjame añadir que no los culpo".

"Supongo que estás enojado".

"¡Claro que soy yo! Al Congreso le gusta aprobar estas leyes increíblemente estúpidas y luego esperan que las hagamos cumplir. Ahora díganme ¿cuál es el propósito de la certificación? ¿Quiénes somos nosotros para poner una estrella en la frente de nuestros vecinos? ¿Calificar su comportamiento como si fueran niños? Primero solicitamos, no, no, exigimos su ayuda para combatir las drogas que consumimos a lo estúpido, y luego nos damos la vuelta y primero que nada los castigamos por no hacer lo suficiente para ayudarnos, ¡y luego metemos a sus trabajadores ilegales a la cárcel! ¡Vamos! "

"¿Pero no crees que estábamos perdiendo el control de nuestras propias fronteras? Quiero decir, no podemos permitir que los inmigrantes ilegales simplemente vayan y vengan cuando quieran, ¿verdad?"

"Por supuesto que no. ¿Pero meterlos en la cárcel? ¿Como si fueran delincuentes? Esto va en contra de todo lo que hemos creído y practicado como nación durante más de doscientos años".

"Entiendo tu argumento. ¿Pero qué harías para detener el flujo de trabajadores ilegales?"

"Lo que propuso un anterior embajador estadounidense en México: hacerlos legales".

"Así como así. Tan sencillo."

"Sí. Quiero decir, ¿cuál es el problema? Vienen y hacen el trabajo que nosotros somos demasiado ricos para hacer. Como recoger algodón. O limpiar baños. O lavar los platos. Pero en lugar de ser buenos cristianos practicantes y ayudar a nuestros hermanos necesitados, ¡los enviamos a la cárcel por buscar trabajo! ¡Vamos! Estamos creando un tremendo resentimiento entre los Mexicanos. Gratis. Gratis. Porque no recibimos nada a cambio, excepto dolor", dijo el jefe de la estación de la CIA, paseándose furiosamente por la habitación.

"Sólo en el último año he perdido a la mayoría de mis informantes, y los que siguen trabajando conmigo lo hacen a regañadientes. No ven el sentido de ayudarnos cuando nos damos la vuelta y les arrancamos la cabeza a mordiscos".

"Lo siento."

"Sí yo también. ¿Sabías que la Ciudad de México ha sido el campo más activo en actividades de espionaje en los últimos setenta y cinco años? ¿Sabías que ahora mismo puedo contar al menos cien agentes diferentes trabajando en las calles de esta ciudad? Ah, sí. Han estado viniendo aquí durante muchos años, tratando de establecer una cabeza de playa justo al lado de Estados Unidos. Incluso Hitler intentó ganarse a los mexicanos prometiéndoles que, si Alemania ganaba la guerra, México recuperaría los territorios que perdió en la guerra contra Estados Unidos en 1848. Los mexicanos dijeron que se jodan y declararon la guerra a Alemania. Debido a la guerra solicitamos trabajadores mexicanos para que vinieran a trabajar a nuestros campos. Desde entonces, los productores de California y Florida han dependido de esa fuerza laboral para recolectar sus productos a tiempo. ¿Ahora los vamos a meter presos?"

"No sé qué decirte".

"Nada. No hay nada que puedas decirme. Creo que es hora de seguir adelante. He estado aquí demasiado tiempo y, a decir verdad, no quiero lidiar más con esto. Estoy cansado de ver que mi trabajo es desmantelado por políticos que juegan

en escritorios a 3.000 millas de distancia. Ya terminé. He solicitado mi transferencia. Si no me lo dan, presentaré mi renuncia".

"No eres serio."

"Oh, sí, lo soy."

"¿Pero qué pasa con la visita del presidente Conover?"

"No te preocupes. Mi transferencia no se hará efectiva hasta después de las elecciones mexicanas, en julio próximo. Después de eso, como dijo una vez un hombre muy inteligente, 'Hasta la Vista, Nena' ".

Melissa miró el rostro demacrado de su amigo y comprendió su rabia y frustración. Nunca lo había visto tan enojado, pero sabía que él nunca había sido capaz de lidiar con el sistema. Él detestaba intensamente la burocracia. Por eso era tan bueno en su trabajo. Pero aunque ella había aprendido a lidiar con el monstruo burocrático como una cuestión de supervivencia y, de hecho, a veces lo disfrutaba, él quería matar al Dragón. Ahora el dragón lo estaba matando. Ella se sintió triste. Pero ella tenía un trabajo que hacer.

"Entonces.."

"¿Entonces?"

"Necesito tu ayuda."

"Y lo tienes, tanto como te lo puedo dar".

"Bueno. Volvamos al principio. Necesito comprobar qué amenazas se han expresado contra el presidente Conover y quién. Ya sabes que hacer."

"Abre los periódicos".

Ella respiró hondo. Necesitaba tener paciencia.

"¿Has mantenido una lista de aquellas amenazas consideradas graves y peligrosas?"

"Sí. Lo tendrás en tu escritorio en una hora. Déjame calmarme. En realidad, es sólo cuestión de imprimirlo".

"Gracias. Lo comprobaré contigo después de recibirlo. ¿Está bien?"

"Pon seguridad. Pero necesitas Recuerda algo, y eso es que nada es lo que aparenta en este país. Así que no te sorprendas".

"Gracias. Lo tendré en cuenta."

"Los mexicanos son difíciles de entender. Hay una vieja historia que podría ponértelo más fácil. Es una historia ficticia sobre los orígenes de la forma en que los mexicanos se abrazan cuando se

ven.

Una tradición tan amistosa tiene un trasfondo más oscuro: se dice que los revolucionarios se abrazaban de esa manera para comprobar si el otro llevaba armas".

"Así que fingen ser amigables, pero estaban observando a sus espaldas al mismo tiempo. Tiene mucho sentido para mí", dijo.

"Estás equivocado: no fingen su simpatía. Son realmente amigables. Es sólo que reconocen que incluso los amigos pueden convertirse en enemigos".

"Y dices que la historia es ficticia".

"Sí. Totalmente falso. Quien lo inventó olvidó que los mexicanos llevan siglos abrazando así. Hay muchos casos históricos en este país donde se muestra el abrazo. El más famoso de los cuales es el abrazo entre Vicente Guerrero y Agustín de Iturbide. Ambos fueron héroes de la Guerra de la Independencia contra España. "

"Pero incluso si la historia es falsa, se aplica porque merece ser verdad".

"Así es. Cosas como un simple abrazo están muy arraigadas en la psique mexicana. Necesitas que alguien te explique el sistema mexicano.

Pensaré en alguien que te guíe. Ahora, aquí en este país hay otro desastre, peor que el nuestro. Las viejas estructuras de poder se están derrumbando y no hay nadie que las reemplace".

"Entiendo que las encuestas son buenas para la oposición".

"Sí, y esa es otra razón por la que hay que tener mucho cuidado. Nuestros anfitriones tienen miedo de su propio futuro, como debería ser, y no se comprometen a nada. Escucha los consejos de quien elegí para ayudarte, pero haz tu propia tarea. Es crucial en este momento de la historia que no cometamos un gran error en México. ¿Ya sabes?"

"Sí. Gracias de nuevo."

"De lo contrario. Debo agradecerte por tu paciencia. Escucha, me pillaste en un mal momento, pero mañana seré un Mejor Espía. Prometido."

"No te preocupes por eso. Hasta luego."

"Pasaré por tu escritorio".

"Bueno."

Ella miró su reloj.

"Ups. Tengo que correr. Adiós."

"Adiós."

Sabía, como saben las mujeres, que él estaba enamorado de ella.

Y también sabía que le estaba agradecida porque él nunca lo había mencionado. Ella valoraba más su amistad por su silencio.

Caminó muy rápido hacia la oficina del Embajador. Tenía una cita para hablar con el propio embajador. Estaba entrando a su oficina cuando el embajador salió del ascensor.

"¡Agente McDuffyl Qué bueno que estás aquí. Entra. Necesitamos hablar".

"Sí, señor."

Ella lo siguió, después de hacer un gesto con la cabeza a su secretaria. La llevó rápidamente a su oficina y de inmediato se lo contó.

"Acabo de regresar de un almuerzo de cortesía con el Ministro del Interior", dijo el Embajador mientras cerraba la puerta. Estaba pálido. Apenas tres años antes, Bill Casper había sido gobernador de Massachusetts. Antes de eso, había sido un exitoso comerciante de antigüedades. Antes, estudiante de política en Harvard, donde conoció a

William Conover. A lo largo de los años, habían seguido siendo amigos.

"¿Y?"

"Hay un complot para matar al presidente en la Cumbre de Estados Unidos".

"¿Qué? ¿Cómo lo sabes?"

"Me han dicho."

"¿Quien te lo dijo?"

"Me lo dijo el ministro del Interior, Roberto Peña". "¿Cómo lo supo él?"

"Es su trabajo saberlo. Él maneja todos los servicios de inteligencia en México".

"¿Puedo hablar con él?"

"No. Me dijo esto en los términos más confidenciales".

"¿Te dijo quién o cuándo?"

"Me dijo lo que sabe, que a estas alturas no es mucho. Un hombre fue capturado en el sureño estado de Chiapas. Pertenece a uno de los guerrilleros que luchan en la selva. El preso dijo que a cambio de seguridad daría todos los detalles".

Melissa escribía lo más rápido que podía en su cuaderno.

"¿Sabemos por qué quieren matar al presidente Conover?"

"No."

"¿Qué más sabemos?"

"Hasta ahora, eso es todo. El Ministro hará que traigan al prisionero a la ciudad ahora mismo en un vuelo especial. Entonces descubriremos más sobre esto".

"Bueno. ¿Puedo estar presente cuando interroguen a ese hombre?"

"Por supuesto que no. ¿Estás bromeando?"

"No señor. Solo preguntaba. Porque, ya sabes, es posible que incluso necesitemos cancelar el viaje".

"El Presidente ni siquiera lo considerará. Entonces esa no es una opción".

"Lo siento señor, pero es más que una opción; ahora mismo es una posibilidad..." dijo, y se levantó. "Con su permiso, voy a reunir a mi equipo y los tendré listos".

"No abandonen los terrenos de la embajada. Necesitaré encontrarte inmediatamente cuando

llegue la información".

"No lo haré, señor. Estaré abajo".

Caminó hasta el sótano, donde se reunió con sus agentes coordinadores. Eran diez coordinadores, cada uno a cargo de un equipo de veinte agentes. Ahora que estaban en código amarillo, desplegarían el doble.

De repente, sintió una racha de frío recorriendo su columna. Por primera vez en su vida sintió miedo. Melissa sabía que iba a necesitar toda la suerte del mundo para solucionar este problema.

Universidad de Florida, Ciudad de Gainesville

No le gustó su nombre. Nunca.

Pensó que Manny Pérez era un nombre curioso para un profesor de historia, con una maestría en Historia Latinoamericana y un doctorado en Historia de México. A él Manny Pérez le sonaba como el nombre de un mambo cubano, un músico en el escenario vestido con ropa llamativa y novias más llamativas.

O un bateador de béisbol puertorriqueño.

Incluso un futbolista brasileño. Pero...

Manny Pérez, Ph.D. ¿en Historia? ¿ Dr. Manny Pérez?

De ninguna manera.

Pero ese era exactamente su nombre y no había nada que pudiera hacer al respecto. No especialmente ahora, al menos, que su nuevo libro estaba al aire. O, para ser más precisos, en el

ciberespacio. Le llevó cinco años realizar la investigación, dos escribir el libro y una hora publicarlo en todo el mundo a través de la Web.

Era su obra más importante hasta la fecha. Él lo había llamado; El Partido Político Perfecto, y acababa de ser publicado por él y sus editores de la Universidad de Florida. Ahora, dos días después, el Dr. Manny Pérez y su libro comenzaban a recibir críticas de sus pares alrededor del mundo, a través de su correo electrónico.

Con una mirada profunda el profesor abrió su computadora portátil y comenzó a leer su correo electrónico.

Algunas cartas eran vergonzosamente amables y otras exasperantemente groseras, pero al final Manny sabía que lo que importaba era que su trabajo fuera leído. Eso fue algo que muchos otros profesores de historia no tuvieron la dicha o la suerte de lograr.

Había debatido largo y tendido sobre el título de su libro porque temía que fuera demasiado controvertido.

La controversia era algo delicado de crear para un libro académico, porque era muy poca la audiencia y a nadie le importaba. En otras

palabras, nadie pensaría en ello demasiado y nadie lo leería en serio.

Así que intentó encontrar el equilibrio adecuado.

La tesis principal detrás de su investigación histórica sobre los 70 años de vida del Partido Revolucionario Institucional, o PRI, el principal partido político mexicano, fue que el partido por sí solo había sido una herramienta política extraordinaria, un caso único en la historia del mundo...

A diferencia de otros enormes partidos políticos, que también habían controlado de manera monopólica las actividades en sus países -como el Partido Comunista en la extinta Unión Soviética-, el PRI había controlado a los mexicanos casi sin derramamiento de sangre.

El control de los ciudadanos mexicanos había sido tan completo como en la Unión Soviética o China, pero con una enorme diferencia: se hizo sin ideología política. Es decir que un partido político había permanecido en el poder por más de 70 años, había dirigido a México a través de dos guerras mundiales muy calientes y una prolongada guerra muy fría, y había logrado mantenerse alejado del fascismo, el comunismo, el socialismo y todas las demás ideologías extremas.

Se trataba de un detalle importante que a menudo otros analistas históricos habían pasado por alto. Muchos de ellos habían confundido las declaraciones e ideas escritas en la Constitución mexicana de 1917 con una plataforma política del partido. Pero el partido en sí nació diez años después; había sido creado por el presidente Plutarco Elías Calles como una forma políticamente conveniente de pacificar el país, que había estado en una guerra civil desde que el presidente Francisco I. Madero había sido asesinado en un golpe de estado en 1913. El partido había sido creado después varios años de revuelta intestinal como medio para pacificar el país, y había incluido a todos los jefes y grupos políticos. Cada uno con su propia visión de lo que debería ser el país después de los combates. Las opiniones políticas de izquierda y derecha vivían dentro del mismo partido. Mantenidos unidos por el poder bruto que proporciona el control físico del país -todos los alcaldes, todos los puestos electorales, todos los ministros de justicia, todos los empleados del gobierno y, lo más importante, todos los buenos negocios; ferrocarriles, teléfonos, petróleo, comunicaciones, minería, tierras... todo controlado por un Estado tan centralizado como un Estado comunista, pero que no era comunista. Se

reconoció a sí mismo como democrático y republicano. Por tanto, era un sistema capitalista, pero armado con los controles políticos utilizados por los fascistas y los comunistas. Un sistema controlado por unas pocas familias. Las familias revolucionarias. El poder financiero que tenían esas familias era asombroso. Y su poder político era aún mayor.

Su investigación sobre el desarrollo del partido en años posteriores confirmó la idea original de Manny; el partido nunca había tenido un plan a largo plazo y, por lo tanto, nunca tuvo una ideología verdadera. Dado que la Constitución mexicana de 1917 era una amalgama de ideas, esto a su vez había creado un fenómeno político interesante: a los miembros del partido se les permitía creer en prácticamente cualquier cosa que desearan; Había comunistas trabajando hombro con hombro con capitalistas radicales, socialistas y troskytas con anarquistas y maoístas con masones... su único punto en común era el partido mismo, que les permitió obtener posiciones de poder, influencia y riqueza. El único requisito era su lealtad al partido y a sus amigos dentro del partido.

Esta lealtad siempre fue bien recompensada.

Incluso si el país estaba devastado, los miembros del partido tenían garantizada la protección, tanto de la ley como de los ataques externos. Gracias a esto, el propio partido había mantenido su poder durante más tiempo que cualquier otro partido político en la historia. Había combinado todos los trucos políticos creados por los fascistas -como la propaganda y los medios violentos de persuasión- y los comunistas -como el aislamiento de los oponentes, el soborno de los intelectuales o la reeducación por parte del Estado. Era común que los rebeldes -incluso los armados- terminaran unos años más tarde como miembros distinguidos del PRI y recibieran un puesto como diputado, embajador o incluso director en alguna de las empresas propiedad del Estado. Sólo los más testarudos fueron aislados, en primer lugar, maltratados física y psicológicamente, en segundo lugar, y en los casos más extremos, asesinados. O *desaparecidos*.

El partido había sido tan difícil de derrotar por la oposición porque los miembros del PRI, provenientes de todos los colores y matices políticos, conocían todos los trucos del libro y los aplicaron sabiamente.

Nunca demasiado duro, como en Chile, y nunca

demasiado tarde, como en la Unión Soviética o Irán.

La maquinaria política no tenía un solo dictador al que el pueblo pudiera odiar e intentar derrocar, y no tenía una ideología organizada contra la cual el pueblo pudiera unirse. Pero al mismo tiempo el partido tenía todos los dictadores, todas las ideologías y todos los extremos. En 1990 el escritor peruano-español Vargas Llosa la llamó "Una dictadura casi perfecta". Inmediatamente fue corregido por Octavio Paz, un escritor mexicano -Premio Nobel de Literatura- quien dijo que no se trataba de una dictadura. Sin embargo el propio Paz lo había llamado El Monstruo Filantrópico en uno de sus libros anteriores. Pero ese libro fue publicado por la editorial del gobierno, como todas sus obras, y Paz había escrito la mayoría de ellas siendo cónsul o incluso embajador de México, por lo que se convirtió en el escritor más aclamado de México gracias al mismo gobierno al que criticaba. Al igual que Carlos Fuentes, Agustín Yañez, Juan Rulfo, Fernando Del Paso, etc. Todos ellos habían trabajado para el partido en algún momento de sus vidas.

Y todos ellos se habían calificado de "críticos" del gobierno mexicano.

Según Manny Pérez, así fue exactamente como el PRI había operado en todos los niveles.

El partido mexicano era como un enorme globo elástico e irrompible, que contenía todas las riquezas, todas las miserias, todas las glorias y todos los controles del país. Cuando alguien le disparaba, el globo simplemente se tragaba la bala. Y acto seguido rodaba sobre el atacante, tragándolo también.

Por eso el Dr. Manny Pérez lo había llamado Partido Político Perfecto.

A principios del siglo XXI esto todavía era cierto.

Aunque Manny era muy consciente de que en el año 1994, el *Partido Político Perfecto* había comenzado su lento descenso hacia la locura política. En ese año su candidato presidencial Donald Colosio había sido asesinado en Tijuana. Desde entonces, el PRI había perdido varias gobernaciones ante el partido opositor PAN, e incluso el alcalde de la Ciudad de México era del PRD, otro partido político. Ahora todo parecía indicar que el PRI iba a perder la presidencia y, por tanto, algo de poder. Finalmente.

Manny todavía estaba leyendo su correo

electrónico y riéndose a carcajadas o irritado por algunas de las críticas que recibió, cuando sonó el teléfono.

Manny no hizo nada. Simplemente dijo en voz alta "Contesta el teléfono" y su computadora portátil estableció la conexión. "Hola."

"Hola. ¿Es este el Dr. Pérez? Una voz limpia llegó a través del altavoz.

"Sí, este es él".

"Señor, lamento molestarlo tan temprano, pero ¿podría encenderlo? ¿Tu videoteléfono?"

"En realidad, sí, me importa. No me gusta que la gente que no conozco vea mi fea cara a esta hora de la mañana".

"Necesito confirmar su identidad, Dr. Pérez"

"¿Qué quieres decir? ¿Quién es?"

"Habla la Agente especial Melissa McDuffy, señor. Trabajo para el Servicio Secreto de los Estados Unidos".

Eso llamó la atención del Dr. Manny Pérez.

Pulsó el botón F7 de su computadora y en la esquina superior derecha de la pantalla apareció un pequeño cuadrado. Tocó el cuadrado con su dedo e

inmediatamente cubrió toda la pantalla. Había una impresionante pelirroja sonriéndole. Detrás de su hermoso rostro había un gran sello del Gobierno de los Estados Unidos. Y una bandera, por supuesto.

"No me parece tan mal, doctor".

"Gracias. Pero los halagos no le ayudarán, agente...

"Melissa McDuffy, señor. Soy el jefe de la Sección del Servicio Secreto en suelo extranjero. Estás recibiendo mis datos mientras hablamos, así que puedes incluirme en tu memoria, si lo deseas", dijo, y él supo exactamente lo que estaba pasando. Sus computadoras intercambiaban información sobre sus dueños. Era una precaución adicional asegurarse de hablar con quien se suponía que debía hablar y conservar pruebas de ello. "Pero puedes llamarme Melissa".

"Bueno. ¿A qué se debe todo esto, Melissa?"

"Dr. Pérez, lo sé..."

"Manny".

"¿Señor?"

"Llámame Manny".

"Gracias, doctor Manny".

"Sólo Manny".

"Está bien, Manny. Estoy seguro de que estás al tanto del viaje del presidente Conover a México la próxima semana".

"Sí, muy consciente".

"También sé que usted es uno de los principales expertos del mundo actual en política y políticos mexicanos".

"Bueno, sé algo al respecto, sí".

"Acabo de terminar de leer el libro que publicaste ayer, Manny. No hace falta que seas modesto, porque te llamo precisamente por tu conocimiento del sistema político mexicano".

Manny no respondió.

"Lo que necesito es un asesor, Manny. Ante lo que está pasando en México en este momento, sentimos que no podemos confiar en nuestros canales tradicionales. Y necesitamos tu consejo rápido, porque tenemos menos de una semana. Así que iré directo al grano. Tengo una cantidad de tiempo limitada para encontrar a alguien que me ayude. Espero que puedas ser tú. Lo siento si parezco grosera".

"No te preocupes por eso. Pero dime algo. ¿Por

qué yo? Por qué ¿Ni la CIA ni la embajada en México?

"De hecho estoy en la Embajada en México. Todos los anteriores nos están ayudando, junto con la DEA, la NSA, el FBI y el Departamento de Estado, por supuesto. Pero te necesitamos por las mismas razones que subrayas en tu libro, Manny. Todo el mundo está acostumbrado a pensar en México de cierta manera. Lo que necesito es alguien como tú, con un nuevo enfoque y toneladas de información. Un nuevo punto de vista para asegurarnos de no cometer grandes errores".

"¿Eso es todo?" dijo Manny, y la reacción que vio en su bonito rostro fue una clara indicación para él. Ella le estaba ocultando algo.

"No", dijo después de una ligera vacilación, "pero no puedo revelar el resto de la información hasta que aceptes ayudarnos".

"¿Qué quieres decir?"

"Bueno, Manny, muy simple: si aceptas ayudarnos, también aceptarás mantener toda la información que recibas de nosotros en estricta confidencialidad. Tendrás que firmar este acuerdo". dijo, y presionó su teclado. Al instante, apareció un documento en la pantalla de la

computadora de Manny.

Manny lo leyó atentamente. La carta lo obligaba a mantener la boca cerrada durante los siguientes 25 años. Pero sólo sobre la base de información proporcionada por el gobierno de los Estados Unidos. Después de pensarlo durante uno o dos minutos, decidió que era una petición justa.

"¿Has terminado?" dijo Melissa con su rostro, mirando desde una pequeña ventana en la esquina derecha de la pantalla.

"Sí."

"¿Nos ayudarás?", preguntó.

"Necesito más tiempo para pensar en ello".

"Lo que no tengo es tiempo, Manny. Necesito tu decisión ahora mismo".

Manny se frotó los ojos. Pensó en su deber moral y en su prestigio como intelectual. Un prestigio que, a juzgar por su correo electrónico, ahora era mundial. ¿Su vida profesional se vería perjudicada o beneficiada por esto? Él no lo sabía. Pero sabía que si no aceptaba la petición de ayuda y algo salía mal en México, algo que él podría haber ayudado a evitar, nunca podría volver a vivir consigo mismo.

"Bueno. Te ayudaré. ¿Qué necesitas?" dijo él.

"Gracias, Manny. Primero necesito que firmes en el parte inferior de la carta".

Manny sacó su lápiz electrónico del soporte y escribió su nombre en la pantalla. No importaba dónde firmara. El software colocaría automáticamente su firma en el lugar adecuado. Cuando terminó, el documento electrónico fue reemplazado por el bello rostro de la Agente Melissa.

"Gracias. Ahora puedo decírtelo. Tenemos un gran problema en México".

"¿Cual es?"

"Que alguien está planeando matar al Presidente de Estados Unidos junto con otros 23 Presidentes y Primeros Ministros durante la Cumbre de Estados Unidos".

"Mierda!", dijo Manny, mientras saltaba de su silla.

"Estoy de acuerdo", dijo la agente Melissa.

"¿Parezco una puta?", preguntó Carmen Núñez en voz baja, pero la pregunta pareció sonar más fuerte que un grito dentro del elegante restaurante de la Ciudad de México.

"¡Por supuesto que no!", respondió el funcionario del gobierno. Miró a su alrededor, alarmado. Por suerte para él, nadie estaba lo suficientemente cerca para escuchar su conversación. Estaban sentados en la parte trasera del *Ambassador*, un restaurante cinco estrellas en Paseo de la Reforma. El restaurante se había convertido en el principal punto de encuentro de reporteros y funcionarios gubernamentales de México por su ubicación; en un radio de cinco cuadras alrededor del *Ambassador* estaban ubicados todos los principales periódicos de la Ciudad de México... y las oficinas del poderoso Ministro de Gobernación. A sólo media cuadra de la Avenida Bucareli, el restaurante era conveniente, caro y extremadamente muy discreto.

"¿Entonces por qué me tratas como a tal?",

preguntó Carmen inocentemente. Ella sonrió mientras le devolvía el sobre. Acababa de echar un vistazo a su contenido, pero fue suficiente para saber que había mucho dinero allí.

"Lo siento", dijo. Con la cara sonrojada, intentó levantarse, se volvió a sentar, miró nerviosamente a su alrededor y rápidamente volvió a guardar el sobre en la chaqueta del traje. Todo ello en treinta segundos.

"No era mi intención ofenderte", dijo Fernando del Campo, secretario de Prensa del Ministro del Interior.

"¿Cuál era tu intención?"

"La verdad es que pensé que te estaba haciendo un favor", dijo recuperando el color y el autocontrol.

"¿Ah, de verdad?"

"Sí, en serio. Todos sabemos lo mal pagados que están los periodistas. Quiero decir, una vez fui periodista".

"Ah sí. Lo recuerdo vagamente."

"Sé que es un trabajo ingrato. Especialmente en México. Quiero decir, mirate. Acabas de recibir un premio de periodismo y tu periódico ni siquiera

pagó el taxi que te llevó a casa. Eso está mal.

Así que pensé que te vendría bien un poco de ayuda. Es una práctica común entre amigos. Yo te rasco la espalda hoy, tú haces lo mismo por mí mañana.

No es gran cosa. Todo el mundo lo hace".

"Todo el mundo, menos yo."

"¿Por qué no?"

"El hecho de que todo el mundo lo haga no significa que sea correcto. Resulta que creo que está mal. Completamente equivocado."

"Esa es una posición puritana".

"No, no es. Es una cuestión de honestidad. Y veracidad. ¿Cómo puedo señalar la corrupción en el gobierno si recibo dinero del gobierno? Quiero decir, no tiene ningún sentido".

Tomó un sorbo de su *cuba libre* antes de responder. Ahora él estaba de nuevo en control.

"Los periódicos en México lo han estado haciendo desde siempre. No hay una sola organización de noticias que no haya recibido dinero del gobierno, de una forma u otra. Podría ser publicidad. Podría serles de ayuda para comprar el periódico o pagar sus impuestos. Lo

que sea. Eso nunca les ha impedido criticar como mejor les parezca".

"Depende de lo que se entienda por crítica".

"Mira, no te estoy pidiendo que hagas nada que no te guste. Si quieres seguir escribiendo contra el gobierno, tienes todo el derecho. Es más, queremos que sigas escribiendo sobre la corrupción".

"¿Deveritas?"

"En serio. Nos ayuda a concentrar nuestras baterías. Para mantenerlo todo bajo control. "

"Entonces por qué el pago..."

"No es un pago. Es una mano amiga".

"¿A cambio de qué?"

"De nada. Además, este dinero proviene de las exportaciones de petróleo de PEMEX, así que considérelolo como su parte de los dividendos", dijo, y se rió de su propio chiste.

Miró a la secretaria de prensa y midió cuidadosamente su siguiente respuesta. Sabía que al no aceptar el dinero lo estaría insultando, lo que a su vez le haría la vida mucho más difícil porque se le cerrarían muchas puertas. Había visto a muchos periodistas destruidos porque no siguieron el juego. Incluso su propio padre, muchos años

antes, se había visto obligado a olvidar una prometedora carrera literaria porque se había cruzado en algún momento con alguien muy poderoso.

Al aceptar el dinero, sería reconocida como una de las jugadoras. A partir de entonces tolerarían cualquier tipo de crítica por su parte, incluso insultos, siempre y cuando aceptara su dinero. Había pensado muchas veces antes en este extraño sistema que se había desarrollado a lo largo de los años en México. Era un sistema mejor definido por Porfirio Díaz, un dictador mexicano de principios de siglo, quien una vez dijo que los periodistas y escritores eran como perros: hacían mucho ruido hasta que les arrojaba un hueso. Por eso los puestos gubernamentales en México recibieron el nombre popular de 'hueso'. Si tenías un hueso, ladrabas mucho hasta que conseguías un puesto en el gobierno donde podías robar a diestro y siniestro sin preocuparte: nadie te procesaría.

"Mira, no quiero rechazarte, pero no me siento bien al respecto. Me hace sentir como una puta. Entonces hagamos otra cosa: si quieres ayudarme, entonces consíguele un trabajo a mi hermano. No tiene trabajo y tiene tres hijos que alimentar. ¿Está bien?"

"Seguro. Dile que me llame mañana por la mañana", dijo y chasqueó los dedos. El camarero trajo la cuenta. Pagó, dejó una gran propina y se levantó. "Dejaré esto aquí también. En caso de que cambies de opinión, se te entregará una cantidad similar cada mes. Si no cambias de opinión, envíalo a mi oficina con tu hermano. Sin hacer preguntas", dijo, colocando el sobre en su regazo.

Le dio un beso en la mejilla y se fue. Fue muy amable y muy sencillo con todo. Él la hizo sentir como si ella fuera la que cometiera el error, no él.

Esperó diez minutos más, como había acordado de antemano, y después se fue.

El sobre que llevaba en el bolso parecía pesar una tonelada.

Durante todo el camino de regreso a su casa intentó no pensar en el sobre y sus implicaciones, pero fue imposible. Fue el viaje más largo de su vida.

Le tomó casi dos horas regresar a su casa. Vivía con sus padres en el lado oriente de la Ciudad de México, camino a Puebla, en un desarrollo habitacional construido por el gobierno para burócratas de nivel inferior. Secretarías, jefes de departamento, choferes, mecanógrafos, etc. Tal

como lo eran su madre y su padre. Las hileras de casas de ladrillo rojo cubrían varios kilómetros cuadrados, y cada casa era un dúplex; una familia por lado. Eran casas pequeñas, cada una idéntica a la anterior, pero habitables y, lo mejor de todo, asequibles.

A Carmen no le gustaba esa casa.

Ella veía la casa como el principal símbolo de por qué odiaba al gobierno mexicano. Sintió la casa como una trampa. Uno del que sus padres no pudieron escapar. Para ella, la casa simbolizaba lo que estaba mal en México: los ciudadanos se conformaban con las migajas que les daba el gobierno. Como si el gobierno fuera dueño del país y permitiera a los ciudadanos vivir en él. Una casa como esa era una recompensa muy pequeña por toda una vida de arduo trabajo, pensaba a menudo. Por eso en la escuela se consideraba vagamente una izquierdista; porque cualquier cosa debe ser mejor que lo que ella tenía. No vio ninguna contradicción en despreciar el gran gobierno en su vida cotidiana y al mismo tiempo desear un sistema político con uno aún más grande. Ni siquiera la caída de la Unión Soviética en 1989 tuvo algún efecto sobre sus puntos de vista; todavía le gustaba la idea de un paraíso utópico

donde todos los mexicanos estuvieran bien alimentados y bien tratados.

Había sido su propio padre quien, en uno de sus estupores de borrachera de hacía tiempo, le había aconsejado que aceptara un hueso si alguien se lo ofrecía. Ahora, con el sobre en su bolso, no quería enfrentarlo, así que abrió la puerta de su casa con mucho cuidado.

No había nadie abajo. Se oía el ruido de la televisión procedente de la habitación de su madre.

Carmen corrió a su propia habitación, a unos metros de la de su madre, a través del pequeño pasillo, y se encerró antes de que alguien la viera. Se acostó en su cama durante unos minutos en la oscuridad. Luego encendió la luz, se sentó, abrió el sobre y contó el dinero.

Dentro del sobre había 3.000 dólares. En efectivo. Era el equivalente a un año de su salario en la revista. Le temblaron las manos. Nunca había visto tanto dinero en su vida. Podría hacer tantas cosas con ese dinero.

Se odiaba a sí misma por permitirse pensar en eso. Ella pensó “voy a regresarlo...”

Mañana.

Volvió a soñar con todas las cosas que su madre

y su padre necesitaban y pensó en su hermano y sus hijos. Luego pensó que si se quedaba con el dinero sería tan corrupta como el sistema político que odiaba.

¿Sería ella igual de corrupta? Ella no había pedido ese dinero y no había acordado nada. Fue entregado libre de condiciones. Fue un regalo, ¿no? ¿Eso no hacía una diferencia? No era como si hubiera vendido su información, como hicieron otros reporteros. O amenazara con publicar un artículo contra alguien sólo para recibir una compensación.

La técnica era bien conocida y practicada por muchos periodistas; había un viejo dicho en periodismo; moscas y políticos mueren tras un golpe del periódico. Muchos políticos pagaron para recibir un mejor trato. Pero esto fue diferente, ¿no?

No, no lo fue, dijo una vocecita en su cabeza.

Ella lloró de miseria. Se arrojó sobre la cama y se cubrió la cara con una almohada para silenciar la voz.

Carmen Núñez tenía sólo 27 años y se estaba viendo obligada a tomar una decisión que siempre había esperado nunca tener que tomar.

Se había graduado de la escuela de periodismo hacía unos años, se había unido a una pequeña revista que cubría chismes políticos -como la mayoría de las revistas en México- y pronto se vio reconocida por hacer algo muy simple; ella siempre dijo la verdad, para bien o para mal.

Sus artículos iban desde lo banal -los peinados de moda entre las mujeres en el Congreso- hasta artículos que exponían los profundos niveles de corrupción dentro del gobierno. Fue su incapacidad para mentir en sus artículos lo que le valió el reconocimiento en forma de un premio que le entregó el Sindicato Mexicano de Periodistas, premio que ahora colgaba en la pared de su habitación... y le trajo también el dinero que ahora miraba mientras estaba acostada en su cama.

Dejó de llorar después de un rato.

Miró el dinero y pensó en ello una vez más.

Su amigo le había dicho que cada mes se le entregaría una cantidad similar.

¡Dios mío!, pensó. Ayúdame a tomar la decisión correcta.

La agente especial McDuffy se instaló en su oficina temporal en el sótano de la embajada estadounidense en la ciudad de México. Había solicitado y obtenido veinte líneas telefónicas. La larga experiencia del Servicio Secreto le había enseñado que la mejor manera de evitar un atentado contra la vida del presidente era cortarlo de raíz antes de que tuviera la oportunidad de desarrollarse por completo. Después del fiasco de Dallas en 1963, el Servicio Secreto creó una serie de métodos, sistemas y controles destinados a evitar otro asesinato antes de que naciera. Por eso siempre se tomaban las cosas en serio, incluso las amenazas hechas en broma. El equipo de avanzada llegaría en avión, recopilaría información de fuentes locales y federales y localizaría y neutralizaría a personas potencialmente peligrosas. Se controlaban todas las amenazas, se vigilaban todos los descontentos con guardias vigilantes y no se confiaba en nadie.

Punto.

En México se enfrentaban a incógnitas. Entonces McDuffy decidió buscar personas que supieran más. Después de que Manny Pérez se incorporara como asesor, ella lo mantuvo en línea y llamó a Jim Sarnett, el jefe del Grupo de Alerta contra el Terrorismo de la CIA. Estaba en Washington. El Grupo de Alerta Antiterrorista tenía una única misión; que era garantizar que los líderes civiles y militares fueran alertados sobre amenazas terroristas específicas. Ya estaban trabajando con el Gobierno mexicano tratando de localizar el origen de la amenaza.

La videoconferencia a tres se realizó a través de sus computadoras, pudiendo todos ver sus rostros en los cuadrados que aparecían en la pantalla.

"En primer lugar hay que definir qué tipo de terrorista es probable que atente contra la vida de un presidente estadounidense".

"¿Qué quieres decir?", preguntó el agente McDuffy. "¿Es un ALU o un IMA?"

"Lo siento, pero ya me tienes ahí. ¿Qué es un terrorista de ALU? preguntó Manny Pérez.

"SMA significa Agente Loco Único. IMA significa Agente Motivado Ideológicamente".

"¿Podrías explicarme la diferencia, por favor?"

soy nuevo en esto.”

"No hay problema", dijo Barnett, lleno de sí mismo. Estaba extremadamente orgulloso de su conocimiento. Después de todo, le había llevado más de veinte años de su vida adquirirlo. Su rostro pecoso y su pelirroja llameante lo hacían parecer más joven que sus 57 años.

"Déjame retroceder un poco. El terrorismo en el mundo ha cambiado a través del tiempo. En los últimos 100 años hemos cerrado el círculo; desde el único agente loco del siglo XIX, pasando por las guerras ideológicas del siglo XX, hasta llegar nuevamente al único agente loco de hoy".

"¿Qué quieres decir con un agente loco?"

"El tipo Unabomber. ¿Recuerdas? Un hombre o mujer muy inteligente que tiene un vago rencor contra la sociedad en general porque no encaja. Entonces decide arruinarla, porque..."

Hubo una pausa.

"¿Porque... qué?"

"Simplemente *porque*... Sin motivo alguno, o por un motivo tan complicado que sólo él puede entenderlo. Este tipo de terrorista fue el que mató a Lincoln, por ejemplo, o a McKinley en 1901. Comenzó a cambiar a principios de siglo con el

asesinato del archiduque Fernando de Austria y su esposa en Sarajevo en 1914. Ese asesinato se llevó a cabo por un grupo coordinado de anarquistas y verdaderamente fue el comienzo de los agentes motivados ideológicamente; esos son los que quisieron cambiar el mundo con un único y supremo acto de destrucción, creyendo que actuaban por otros que pensaban como ellos. Muchos pobres y desempleados se sintieron atraídos por este tipo de actividad. Tenían una meta mayor y esa meta les bastaba para ofrecer sus vidas por ella. Había cientos de esos grupos en los años sesenta en Estados Unidos que llevaron a cabo miles de ataques contra el gobierno.

"Ese tipo de terrorismo empezó a menguar con el colapso de la Unión Soviética en los años noventa. Hoy en día tenemos principalmente terroristas del tipo ALU, o Agente Loco Único, como el que voló el Edificio Federal de la Ciudad de Oklahoma en 1994. Y ese es nuestro mayor problema".

"¿Por qué?"

"Porque los terroristas durante la guerra ideológica eran aquellos que tenían un objetivo colectivo que perseguir. Buscaron a otros como ellos.

Pudieron coordinar sus ataques porque sus ideas les daban una identidad en común. Colectivamente eran mucho más peligrosos que el tipo de agente loco único, ya que podían crear, y de hecho crearon, revoluciones enteras en muchas partes del mundo".

Barnett hizo una pausa para tomar un poco de café.

"Paradójicamente, al mismo tiempo esos grupos eran más fáciles de controlar porque eran más fáciles de detectar e infiltrar por las fuerzas antiterroristas. Debido a su número, siempre podríamos encontrar un rastro o un soplón. Por el contrario, un solo agente loco puede ser prácticamente imposible de detectar antes del hecho, y casi tan difícil de encontrar después, como se demostró en el caso Unabomber. ¿Lo recuerdas? Fueron necesarios casi veinte años para encontrarlo. El hecho de que lo encontráramos se debió al hecho de que su familia lo entregó. No por nuestras habilidades. Esa es la verdad."

"Ahora, México es otro problema completamente diferente. En México hay muchos frentes guerrilleros. Creo que están luchando en doce estados, tanto en el norte como en el sur. Hay grupos de extrema derecha y de extrema izquierda.

Ambos guardan rencor contra Estados Unidos. Sugiero que nos concentremos en esos grupos, porque lo más probable es que se trate de un caso de un terrorista de la IMA".

"Profesor Pérez, ¿qué opina?"

"A juzgar por esos parámetros, estoy de acuerdo en que deberíamos buscando el tipo de terrorista agente ideológicamente motivado".

"Bien entonces-"

"Pero hay un gran problema".

"¿Cual es?"

"No lo creo".

"¿Qué quiere decir, señor?", preguntó inmediatamente Jim Barnett. Melissa lo entendió de inmediato. Él estaba reaccionando como reaccionaría ella si alguien dudara de su propio trabajo.

"No estoy insinuando nada sobre su investigación, señor. Sólo digo que no creo que esos parámetros se apliquen en este caso y les diré por qué".

"Adelante", dijo McDuffy.

"El hecho más traumático en la memoria

histórica de los mexicanos es la pérdida que sufrieron durante la Guerra de 1848 contra Estados Unidos. Hay que Recuerda que en aquella época México era el país gigante del sur. Todo Texas, California, Nuevo México, Arizona, Nevada, etc., pertenecían a México en ese momento.

Después de que México perdiera la mitad de su territorio en la guerra, Estados Unidos se convirtió en el gigante del norte. Posteriormente, el gobierno de Estados Unidos envió a los marines varias veces a México, ya sea para perseguir a Pancho Villa en Chihuahua con Pershing y La Expedición Punitiva, o para invadir Veracruz en 1918 para impedir el envío de armas alemanas a las fuerzas revolucionarias... Esto es un trauma de larga duración para los mexicanos. Siempre tienen miedo de que los volvamos a invadir para tomar el resto del país y convertirlo en una estrella más. Ningún mexicano jamás haría algo tan tonto como para provocar otra guerra con Estados Unidos. Un intento de asesinato seguramente sería una excusa para enviar nuevamente a los marines. Esto es lo último que desearían los guerrilleros que luchan en las montañas o en la selva. Así que cualquier agente motivado ideológicamente tendría mucho cuidado de no atacar a Estados Unidos de ninguna manera".

"Estoy pensando en los grupos radicales como los nacionalistas puertorriqueños que intentaron fusilar a Harry Truman en la Casa Blair en 1950", dijo Barnett.

"La palabra clave allí es nacionalistas. Los radicales puertorriqueños buscaban la independencia de la isla. Los nacionalistas mexicanos piensan que lo mejor para ellos es no sacrificar la independencia que ya tienen, provocando a Estados Unidos de forma facilona. Saben que tal provocación probablemente resultaría en otra invasión de su patria por parte de una fuerza muy superior. Por tanto perderían su independencia. No pueden ni soñar con luchar contra las fuerzas armadas de los Estados Unidos. La palabra más preciada para ellos es soberanía.

Por eso, cuanto más radicales son, más cuidadosos se vuelven".

"¿Qué pasa con la extrema derecha y los grupos secesionistas de los estados del norte de México?" preguntó Jim Barnett, no dispuesto a conceder nada.

"Me alegra que los hayas mencionado, porque subraya mi punto. Estos son grupos menores que históricamente han tenido muy poco impacto en los ciudadanos de México en general. Ahora, su

objetivo declarado es separarse de México hacia una posterior integración con Estados Unidos, tal como lo hizo Texas en el siglo XIX, ¿verdad?"

"Sí."

"Entonces, ¿por qué querrían matar al presidente del país al que desean pertenecer?"

Hubo un largo silencio que rompió el agente McDuffy.

"Veo a que te refieres. Sería malas Relaciones Públicas", dijo ella.

"Exactamente. Políticamente no tiene mucho sentido, ¿verdad?"

"No."

"También entiendo su punto, Dr. Pérez", añadió Benett. "Aún así, el problema es que México tiene frentes guerrilleros en doce estados. Seguramente les gustaría atacar a Estados Unidos".

"¿Por qué?"

"¿Qué quieres decir?"

"¿Por qué harían eso? ¿Qué podrían ganar matando al presidente de los Estados Unidos? ¿Qué posible beneficio para su causa traería una acción como ésta?"

Hubo otra larga pausa mientras Jim Benett consideraba esto. Luego, amablemente, dijo.

"Me alegro de que esté en nuestro equipo, doctor. Aún así, no estoy de acuerdo. Mantengo mi análisis anterior".

"Gracias, Jim. ¿Hablarías con tu gente en Washington? dijo el agente McDuffy.

"Tan pronto como colguemos".

"Gracias. Te llamaré más tarde."

"Haces eso."

En ese momento hubo una llamada en otra línea. Puso a Manny en silencio y contestó la línea.

" HablaMcDuffy", dijo Melissa.

"Necesito que venga inmediatamente", dijo el Embajador. Parecía molesto.

"Llego en un momento." Dijo Melissa, y luego "Manny, tendré que volver a llamarte. Por favor, manténgase al alcance".

"Seguro. Estaré aquí."

Corrió hasta la oficina del embajador.

Un año antes, lo habían encontrado en las selvas de Guerrero, en las afueras de un pequeño pueblo que había sido vigilado de cerca por los comandos secretos.

Cuando el guerrillero llegó esa tarde al pueblo, en una de sus habituales expediciones para comprar sal, arroz y frijoles negros con los que se alimentaba el resto de la guerrilla, lo siguió discretamente un equipo compuesto por doce hombres armados.

Aunque le habían ordenado una y otra vez que tuviera mucho cuidado, Emilio Ronquillo realmente no creía que sería sospechoso. Aún no tenía veinte años y su complexión delgada lo hacía parecer más pequeño y frágil de lo que era. Sus huaraches de cuero no cubrían sus pies del polvo del camino y ahora lucía tan sucio como si hubiera estado caminando durante días seguidos. Su sombrero de paja estaba igual de sucio y su ropa estaba rota en varios lugares. Toda su figura apestaba a miseria.

Emilio Ronquillo había nacido en un pequeño pueblo pobre en las colinas del estado de Guerrero. Su padre había sido un maestro rural, que había sido asesinado en una pelea por el corrupto alcalde del pueblo. La razón aparente del asesinato fue que el profesor Ronquillo había sido miembro de la guerrilla comunista que había estado luchando en las colinas de forma intermitente desde los años setenta. Era cierto que el profesor Ronquillo sí simpatizaba con la guerrilla, por lo que nadie formuló una pregunta que estaba en la mente de todos. La pregunta era: ¿por qué?

El profesor siempre se había negado a involucrarse en los combates, por lo que a todos les pareció extraño que de la noche a la mañana tomara las armas. El asesinato fue, por decir lo menos, muy sospechoso. Pero Emilio, sus cuatro hermanos y hermanas y su madre se enteraron mejor cuando una semana después el alcalde les quitó su casa y sus tierras, acusándolos de complicidad guerrillera.

Emilio huyó a la selva y pronto se unió de verdad a la guerrilla. No le importaba por qué luchaban: sólo sabía que estaban contra gente como el Alcalde y eso era motivo suficiente para él.

Mientras caminaba hacia el pequeño pueblo, se sintió confiado. ¿Quién creería que era miembro del Ejército Popular de Liberación Nacional? ¿A quién se le ocurriría mirarlo dos veces?

Caminó por las calles sin asfaltar del pueblo hacia el mercado público. Era un día caluroso y desagradable. El clima era húmedo y pesado y a Emilio le resultaba difícil respirar.

No notó las sombras que se movían detrás de él, ni la ausencia repentina de ruido en el pueblo, hasta que ya era demasiado tarde.

El equipo de comandos cayó sobre él en la esquina del mercado público. Siete de ellos formaron un círculo protector, mientras los otros cinco inmovilizaron a Emiliano. Inmediatamente le taparon la boca con un paño. Uno de los comandos le inyectó un sedante justo en el pecho. Emilio se quedó dormido a los quince segundos. Lo envolvieron en una manta de algodón marrón. Luego lo metieron en la parte trasera de una camioneta y se fueron.

Menos de sesenta minutos después, Emilio Ronquillo estaba a bordo de un pequeño Cessna volando hacia la Ciudad de México. Durmió tranquilamente todo el camino. Sería su último sueño sereno en muchos meses.

Torturar a un hombre sin dejar rastros es realmente muy fácil.

La receta existe desde hace muchos años.

Primero, arroja oscuridad.

Pocas cosas inspiran más pavor al hombre que la oscuridad absoluta.

Luego agregas silencio o ruido en diferentes niveles y proporciones, dependiendo de la cantidad de daño que quieras hacerle a un hombre. Si quieres desconcertarlos de verdad, pon un sonido en tono alto durante mucho tiempo. Primero la mente lo rechaza, y luego la mente se acostumbra hasta llegar al punto donde espera el sonido; cuando no lo entiende, el cerebro sospecha que algo anda mal. Si quieres que se vuelvan introspectivos, por otro lado, apaga todos los sonidos. Haz que la habitación esté insonorizada. La oscuridad y el silencio son la mejor manera de obligar a un hombre a entrar en su cabeza.

Si tienes prisa, puedes utilizar un aparato bastante sencillo utilizado por ganaderos de todo el mundo. Se llama picana para ganado. La picana es una varilla corta hecha de plástico o metal de alto impacto, con un botón en un extremo y dos puntas en el otro. Dentro de su cuerpo cilíndrico alberga

ocho baterías D. Es un dispositivo utilizado como una versión moderna de un látigo. La diferencia es que la liberación de una fuerte descarga eléctrica en un punto concentrado es una forma mucho más eficaz de captar la atención de vacas y toros. Cuando se utiliza en los genitales, ha demostrado ser tan eficaz para convencer a la gente de cambiar de opinión que existen en el mercado versiones de tamaño pequeño, lo suficientemente pequeñas como para esconderlas en el abrigo o en el bolso, y descargan la electricidad de un solo golpe -zap!- que normalmente paraliza a las personas hasta por media hora.

Si el sujeto todavía se niega a escuchar sus argumentos convincentes, puede sumergirlo de cabeza en una tina de excrementos. El excremento humano funciona mejor. Hay algo en la mente humana que rechaza instintivamente la escoria de otros cuerpos humanos.

Repita según sea necesario.

Normalmente eso funciona.

Un año después, después de innumerables interrogatorios por parte del equipo secreto de comandos que Armando Molina pagó con su propio dinero, en largas sesiones en las que Emilio fue torturado aplicándole en la nariz agua mineral

con jugo de chile; en el que lo sumergieron de cabeza en una tina llena de excrementos y en el que recibió descargas eléctricas en sus genitales y pezones, Emilio no había sido roto.

Simplemente se había vuelto loco.

Sus captores se sorprendieron cuando llegaron una mañana para el interrogatorio habitual y lo encontraron balbuceando como un bebé diciendo que necesitaba a su madre. Luego se enfurecía y gritaba a todo pulmón que él era Emiliano Zapata y que iba a fusilarlos por un pelotón.

Luego volvía a llorar y preguntaba dónde estaba. Después de dos meses más de aislamiento en una habitación oscura, en la que Emilio no veía ni oía nada más que su propia respiración, su mente trastornada se volvió maleable como masilla en manos del psicólogo, quien informó a su superior que Emilio sería quien ellos quisieran que fuera.

El mensajero guerrillero tenía tanto miedo de ser enviado de regreso al cuarto oscuro, que su mente aceptaría convertirse en quien sus captores le ordenaran ser. Fue interesante ver este caso en particular, porque era como si la mente de Emiliano estuviera congelada en un estado de hipnotización permanente. Si los comandos le decían a Emilio que tenía quince años, él actuaba

como un adolescente; si le decían que estaba desnudo, se cubría; si le dijeran que en la habitación hacía mucho calor, en realidad sudaría. Si le decían que cerrara los ojos y no sintiera dolor, podrían apuñalarle los brazos hasta que sangrara y no se inmutaría.

La unidad especial de comandos colocó a Emilio en una casa de seguridad en Toluca, un pequeño pueblo cerca de la Ciudad de México. Le dijeron que era un agente secreto de las Fuerzas Revolucionarias de Liberación y lo dejaron al cuidado de su 'esposa', una mujer que trabajaba directamente bajo las órdenes de Armando Molina. Él le había ordenado que mantuviera a Emilio vivo y sano hasta que se le encontrara un uso adecuado. Mientras tanto, la 'esposa' seguía trabajando en la débil mente de Emilio.

Todavía lo hacía cuando Armando Molina mandó llamarlo.

Armando Molina no tuvo que tratar directamente con Emilio, por supuesto. Para eso contó con innumerables ayudantes que, queriendo ser bien considerados por el próximo Presidente de México, estaban dispuestos a hacer cosas que él apenas sugería. Armando sabía que esa voluntad de servirle era lo que significaba tener poder: que

otros hicieran las cosas por él.

Aunque no tuvo que tratar con Emilio directamente, Armando Molina había escuchado tantos informes sobre él que quería verlo de primera mano. Además, había desarrollado un gusto especial por ese tipo de asuntos. Un gusto tan especial lo había adquirido mientras era jefe de la Secretaría de Gobernación. Lo que más le gustaba de todo era la forma en que un prisionero siempre se mantenía alto y fuerte al principio.

Todos lo hicieron en diversos grados. Algunos eran más agresivos que otros, pero rara vez un prisionero dejaba de actuar con valentía.

Inicialmente.

Normalmente esa actitud retadora duraba los primeros días, como mucho. Entonces se desmoronaban. Generalmente ocurría de repente. La transformación era tan completa y tan abrupta que la primera vez que Armando la presencié creyó que el hombre estaba fingiendo y lo envió de regreso para que lo torturaran un poco más.

Después de su desintegración, los hombres se volvían dóciles al principio. Habiendo perdido su derecho a la dignidad, aceptaron órdenes y las obedecieron con tanta obstinación como animales

adiestrados. Luego se volvieron más amigables y amables, tan agradecidos por cada día extra que se les permitía vivir que corrían como perritos alrededor de sus dueños.

Con Emilio todo el trabajo de desintegración estaba hecho. Emilio había sido roto y reconstruido. Cuando lo llevaron a la pequeña oficina que tenía un espejo unidireccional, Armando vio que no habría ningún desafío por su parte. Aburrido, procedió rápidamente.

Apagó las luces dentro de la pequeña oficina, y de inmediato se escuchó un grito de terror de Emilio.

"No tengas miedo, Emilio. Yo soy tu amigo. Quieres que encienda las luces?"

"¡Sí! ¡Por favor!"

Armando presionó el interruptor.

"Emilio, sé que estás dispuesto a hacer lo que sea necesario para luchar por tu país, ¿es cierto?"

"Sí."

"También sé que amas a tu esposa, a tu madre y a tus hermanos, ¿verdad?"

"Sí, eso es correcto."

"¿Quieres que mueran?"

"¡No!"

"¿Qué harías para mantenerlos con vida?"

"Lo que sea que me digas que haga".

"También sé que te gustaría ser rico, ¿verdad?"

"...sí... supongo... pero está bien. No quiero tu dinero".

"Quieres ser rico, sí o no".

"Sí."

"Ahí tienes. Tienes tres razones muy importantes para hacer lo que te dicen: la primera es tu deber para con México, tu amado país; el segundo es el amor por tu familia y el tercero es el amor por ti mismo. ¿Yo tengo razón?"

"Sí, señor. Lo que tú digas."

"¿Qué pasa si te digo que hay una manera de que puedas cumplir con tu deber, mantener segura a tu familia y ganar mucho dinero al mismo tiempo?"

Emilio no respondió.

"¿Te gustaría eso?"

"Sí, señor. Mucho."

"Bien entonces. Te voy a decir lo que vas a hacer. Recuerda que siguiendo mis órdenes estarás protegiendo a México, a tu familia y a ti mismo. ¿Está claro?"

"Sí."

"Si por alguna razón fallas en tu misión y eres capturado, debes Recuerda que esa fue tu idea, ¿entendido?"

Si mencionas algo de esto nadie te creería porque yo no existo. Esta habitación no existe. Pero tu familia comenzaría a morir uno por uno. Primero—

"¡No!"

"-primero tu esposa, luego tus hermanos, luego tus hermanas, y luego, al final, tu madre. ¿Te gustaría que eso sucediera?"

"No, por favor, por el bien de tu madre, no lo hagas".

"Mierda, no grites. Eso no va a pasar, porque vas a hacer lo que te estoy diciendo, ¿no?"

"Sí, sí, lo que quieras que haga", dijo Emilio, ya llorando y sudando al mismo tiempo.

"Si no lo haces, ¿entiendes cuál será la pena?"

"Sí."

"Dime."

"Matarás a mi familia".

"Eso es correcto. ¿Entiendes cuál será la recompensa?"

"Sí."

"Bien entonces. Creo que serás un buen elemento para nuestro grupo."

Armando Molina se levantó después de otra media hora y salió del edificio para no regresar jamás.

Armando Molina estaba tan ensimismado que no vio la presencia de una furgoneta Volkswagen pintada como un taxi colectivo que se encontraba estacionada a aproximadamente un kilómetro de distancia. Dentro de la camioneta había una cámara con una lente de alta potencia instalada sobre una base que subía desde el piso de la camioneta y se elevaba hasta el techo. La lente salió por encima de la cabeza del conductor. La cámara pudo tomar fotografías desde una distancia de dos millas sin ningún problema.

Al día siguiente, Emilio fue sacado de la casa dentro de la cajuela de un auto.

Él tampoco volvería nunca.

Armando Molina quiso hacerlo lo más espectacular posible, así que arregló que toda la prensa estuviera presente. A través de varios reporteros que estaban en su nómina, difundió el rumor de que un peligroso terrorista había sido capturado, que estaba siendo interrogado por la Policía Judicial Federal en las oficinas de la Procuraduría General de la República en el centro de la ciudad -a pocas cuadras de la Newspaper Strip, y que de alguna manera el candidato presidencial estaba involucrado.

En pocas horas tanto la PGR como la oficina del Candidato fueron rodeadas por cientos de reporteros de radio, televisión y medios impresos. Armando Molina envió a su enlace de prensa un breve comunicado diciendo que no podía comentar sobre el asunto.

Esto sólo aumentó la curiosidad de los medios. En la PGR emitieron un comunicado diciendo que habría un anuncio muy importante, pero no sabían en qué momento estaría terminado.

Podría estar listo en cualquier momento. Que tan pronto como el Fiscal General terminara con esto lo liberarían. Por el momento no tenían más información.

Esta declaración no hizo más que aumentar la tensión mediática y obligarlos a esperar.

Entre los que esperaban estaba Carmen Núñez.

Terminaba su jornada en su habitual turno en el Congreso cuando recibió en su busca el mensaje de su oficina de que algo estaba pasando en la PGR, por lo que había tomado el metro desde la nueva sede que ocupaba el Congreso en el oriente de la ciudad, hasta las oficinas de la PGR en Avenida Reforma.

A Carmen le silbaron mientras se acercaba al edificio. La mayoría de los periodistas la conocían, así que a ella no le importaba su atención juguetona. Estaba acostumbrada a que extraños se le acercaran en la calle y a recibir proposiciones de casi todos los hombres que conocía. Joven y bella, le gustaba que la admiraran. Ella no era una de esas ultrafeministas que consideraban un insulto un cumplido masculino. Le gustaba ser femenina, algo que siempre la había distinguido en la Universidad. En su generación de licenciadas en periodismo, la mayoría de las chicas creían que ser

femenina era ser fea y, por lo tanto, hacían todo lo posible por verse *au naturel*.

Carmen siempre pensó que eso era una tontería y se esforzaba para lucir siempre lo mejor posible.

Después de que un chico le rompiera el corazón en la escuela secundaria, aprendió a ser dura y, al no creer más en el amor, actuó con los hombres como mejor le pareció; a veces perseguía a un hombre que le gustaba y otras veces se dejaba perseguir y atrapar.

Por eso tuvo cinco novios en la actualidad, cada uno ignorando la existencia de los demás. Los cinco hombres juraron que estaban enamorados de ella. Ella, a su vez, no amaba a nadie.

Uno de sus novios estaba allí. Tan pronto como salió de la estación de metro, a una cuadra de distancia, vio el auto distintivo que conducía: era de color naranja llameante, con el logo de la estación de radio para la que trabajaba exhibido de manera prominente alrededor del auto.

Cuando comenzaron los pitazos, Sergio también la vio y se alejó del grupo de reporteros con el que estaba. Él se acercó a ella. Lo vio caminar hacia ella con esa actitud apresurada y decidida que a ella le parecía tan sexy. Había empezado a salir

con él sólo por su forma de caminar.

"Oye", dijo seriamente. Sin sonreír, su rostro tenía una disposición fea.

"Oye", dijo. Y sonrió. Ella le dio un beso en los labios. Se derritió bajo su traje. Ella vio el efecto que tuvo en él y se sintió gratificada por haberse puesto un vestido en lugar de pantalones. Los vestidos siempre tenían ese efecto en los hombres, no sabía por qué. A ella misma no le gustaban sus piernas.

"¿Que tenemos aquí?" ella le preguntó. Sacó un pañuelo de papel de su bolso y empezó a limpiarle el lápiz labial rojo de la boca.

"Nada aún. Esto lo dieron a conocer en la prensa", entregó el comunicado.

Carmen lo leyó atentamente y lo guardó en su bolso.

"Te llamé ayer", dijo, y ella entendió que estaba ofendido.

"Ay, lo siento amorcito, pero cuando llegué a casa tenía un terrible dolor de cabeza."

"¿Por qué no me llamaste hoy?"

"Mira amor, ¿qué es esto? Sólo porque estamos en la fiscalía no significa que puedas

interrogarme", dijo a la ligera.

"No te estoy interrogando. Sólo quiero saber qué carajo está pasando".

"Nada", dijo en un susurro, sacudiendo la cabeza. Ella sabía lo que venía; un aluvión de recriminaciones. No entendía por qué siempre tenía que llegar a esto: un novio celoso, algunas peleas y luego otra relación terminaba. El placer de unas cuantas citas no parecía merecer la molestia posterior.

"¿Qué quieres decir con nada?"

"Sólo eso: no está pasando nada. Y tenemos un trato, ¿recuerdas?"

"Va. No me gusta ese trato. No puedes tratarme de esa manera. Si no te gusta cómo soy, lo dejamos".

"Está bien, vamos", dijo, y se alejó.

Él no esperaba eso. Él simplemente se quedó allí, mirándola alejarse. Ella tenía miedo de que él montara una escena, pero no lo hizo.

Buscó refugio con un grupo de reporteras. Después de un rato, se acercó a ella con una gran sonrisa en el rostro y un gran helado en la mano. Se lo dio y trató de iniciar una conversación

nuevamente. Lo hizo tan bien que a ella le resultaba difícil seguir enfadada con él. Pero quería seguir enojada, porque sabía que si no lo detenía inmediatamente, sus reacciones sólo empeorarían.

Lo que la salvó fue la policía.

El portavoz y un par de detectives vestidos con trajes oscuros salieron del edificio con el anuncio de que la conferencia se celebraría a las ocho en el auditorio de la esquina.

Carmen vio su reloj: eran casi las seis. Tuvo mucho tiempo para hacer algunas llamadas telefónicas. Sergio había salido a sacar su equipo del auto naranja, así que antes de regresar ella se fue en un taxi.

"¿Adónde vas, señora bonita?", dijo el viejo conductor.

Se aseguró de que las credenciales de los taxistas estuvieran a la vista. Con tantas agresiones últimamente, tenía que tener cuidado.

"Llévame a la Zona Rosa, por favor".

Diez minutos después se bajó frente a un VIPS, que era la cafetería más cercana. Era una cadena de restaurantes de comida rápida, con enormes

ventanales panorámicos y mesas de formaica.

Cuando entró se dio cuenta de que no había comido nada en todo el día, así que pidió tacos de pollo y ensalada. Normalmente el lugar era demasiado caro para ella y, aunque visitaba a cuatro o cinco VIPs durante su jornada laboral, rara vez tomaba algo más que un café.

Pero hoy sentía que el dinero no importaba.

Era un sentimiento que no había tenido antes en su vida. Un sentimiento que le hizo sentir tan bien que casi tomó una decisión.

Tal vez —tal vez— se quedaría con el dinero y se compraría un coche. Necesitaba un coche para moverse por la enorme ciudad. Estaba cansada de que el metro estuviera siempre tan lleno y tan caluroso, y de que los minibuses estuvieran tan llenos y fueran tan lentos.

Hizo algunos números mentalmente mientras comía.

Al desplazarse en autobús y en metro, podía realizar como máximo un par de buenas entrevistas al día.

Trabajando *todo* el día.

Si tuviera coche, podría desplazarse de un lugar

a otro de la gran ciudad con menos problemas y fácilmente duplicar su trabajo, lo que a su vez le permitiría escribir para otra revista o periódico, ganando así otro salario. Y si pudiera ganar más dinero, podría ahorrar una parte para comprar una casa más grande para su madre.

Una casa en Cuernavaca, donde el clima era perfecto todo el año y su madre podría vivir tranquilamente los años que le quedaban. Su madre podría tener un pequeño jardín lleno de rosas —a ella le gustaban las rosas— y gardenias.

Y podría visitarla todos los fines de semana.

Sus sueños y planes hicieron que el tiempo volara y cuando se dio cuenta, las dos horas habían pasado.

Se olvidó por completo de sus llamadas telefónicas.

A las ocho y cinco estaba de nuevo en la rueda de prensa.

Mario Beltrán siempre había soñado con ser torero.

Desde niño le fascinaban los toros y el arte de torearlos. Pensaba que el toreo representaba el grado más alto de valor en un hombre; encerrarse voluntariamente cerca de un animal de 600 kilos, que iba armado no con uno, sino con dos cuchillos increíblemente peligrosos, era demostrar que uno era un hombre por encima de todos los hombres.

Se había entrenado para ser torero. Cuando era adolescente solía faltar a la escuela para ir al Parque Chapultepec, donde entrenaban los aspirantes a toreros. Más tarde, cuando creciera, iría al Parque de los Venados, cerca de la Universidad Nacional, donde se reunían los toreros profesionales. Cuando cumplió 17 años huyó de su humilde hogar en la Ciudad de México y se unió a la comitiva de un matador que viajaba por todo el país peleando contra toros de todos los tamaños y edades. Algunos de esos toros habían estado en el ruedo antes, y eso los hacía tremendamente

peligrosos debido a que los toros tienen una gran memoria y aprendían en un segundo los trucos de los toreros. Para evitar este peligro, el Matador había creado una gran cantidad de trucos para ayudarlo a confundir incluso al más inteligente de los toros.

Con él, Mario había aprendido entonces no sólo la mecánica del toreo, sino que también vislumbró los momentos de arte y gloria que pocas —¡muy pocas!— de aquellas tardes regalaron a los practicantes del antiguo arte español. Había aprendido que el toro de lidia es una raza especial de animal que crece en las montañas, rodeado únicamente de otros toros y vacas, y que la primera vez que el toro ve a un humano es el día que lo llevan al ruedo.

Esta es la razón por la cual los toros salen tan enfurecidos al cruzar las puertas de la arena; habiendo sido sacado de su placentera existencia en el monte, encerrado en una caja de madera en un camión y luego a un ruedo donde la gente recibe a gritos al desconcertado animal, el instinto del toro era luchar por su vida.

Mario había aprendido que los cuernos del toro son extremadamente sensibles y que son una especie de antena para el animal. El toro utiliza sus

cuernos como una extensión natural de su cuerpo, y la bestia siempre los mantiene perfectamente calibrados y aguzados afilándolos contra los árboles. La criatura comprendía perfectamente la longitud de sus cuernos y podía medir con mortal exactitud la distancia hasta un objetivo. Esta es la razón por la que los toreros tramposos cortaban aproximadamente una pulgada de los cuernos de un toro: no para hacerlos menos afilados, como mucha gente pensaba, sino para desequilibrar al toro al quitarle el sentido de la distancia.

Había aprendido que un animal que pesa 600 kilos puede moverse más rápido que un cuerpo humano que pesa 70 kilos, y que un solo error delante de un toro siempre se paga con sangre y muchas veces con vidas humanas.

Cuando tenía 20 años había tenido su primera corrida como novillero, y le había salido genial a pesar de que su toro era más bien pequeño. Pero estaba agradecido por estar allí porque también había aprendido que una corrida es un asunto muy caro y que incluso los fanáticos más acérrimos tienen problemas para financiar a los jóvenes novilleros que podrían o no asistir.

Tres años después, después de meterlo en tantas novilladas como pudo, su mentor, el matador

mayor, le dio la alternativa cuando Mario tenía 23 años. La alternativa era el acto de que el torero recibiera el reconocimiento de sus pares; era como recibir un doctorado de una universidad. Se convirtió entonces en un verdadero matador en el momento de mayor orgullo de su vida y recibió sus primeros artículos periodísticos favorables.

Después de eso, nada.

Durante los siguientes 10 años intentó, sin éxito, introducirse en el circuito de los grandes toreros. Pero su suerte no fue lo suficientemente buena, a pesar de que tenía el corazón, la apariencia y el talento. Había hecho todo lo que se suponía que debía hacer: había peleado en pequeños ring alrededor de los estados, a menudo peleando con toros viejos, o incluso con toros Brahma.

Había participado en todas las festividades que se le habían ocurrido para que la gente lo reconociera como un Matador; había sido un cliente frecuente de las taquerías y bares donde los toreros se reunían por las noches para intercambiar chismes, había aprendido su jerga, había aprendido el código de vestimenta, y se sabía de memoria todas las grandes tardes de toreros históricos tan notables como Manolete, El Curro Rivera, o El Soldado.

Todo fue en vano.

Hubo muchas razones para esta falta de resultados: una fue el costo mismo de los animales. Un buen toro podía costar tan caro como un coche pequeño. Otro era el hecho de que el toreo parecía ser un arte moribundo en México. Cada año, menos personas pagaban entradas para ver a los hombres realizar sus valientes rituales.

Luego estaban las sanguijuelas de la fiesta; los periodistas que no escribirían una buena crítica a menos que se les pagara adecuadamente; los dueños de las plazas de toros, que cobraban honorarios enormes como forma de impedir que los toreros competidores desafiaran a los suyos; los funcionarios del gobierno que pedían dinero incluso después de pagar impuestos exorbitantes... Todos extendiendo la mano y exigiendo dinero. Y encima de todo esto, la implacable afición que pedía y aplaudía a los tomadores de riesgos suicidas en lugar de a los artistas del toro.

Cuando Mario cumplió 30 años, un jefe de Aduanas que sintió lástima por este torero harapiento, sin toro, sin dinero y hambriento, le aconsejó que buscara un trabajo estable que le ayudara a vivir dignamente.

Ofreció su ayuda. En un destello de lucidez,

Mario comprendió que se estaba haciendo demasiado mayor para ser torero, por lo que aceptó el trabajo que le ofrecieron.

Así terminó en Quintana Roo, custodiando la frontera de México con Belice. De alguna manera culpó al gobierno por su fracaso como torero, y también culpó al resto de la sociedad mexicana por no importarle tantos sacrificios que había hecho para complacerlos. Amargado y decepcionado, no cumplía con sus deberes como guardia. En ese momento de su vida sólo quería ganar todo el dinero que pudiera.

No le importaba cómo.

Después de un año en el trabajo, había aprendido lo suficiente como para caer en una rutina que era mayormente satisfactoria para todas las personas involucradas, lo que significaba que las familias en Guatemala y Belice que organizaban la entrada de inmigrantes ilegales a México le pagarían una cierta cantidad todos los meses para asegurarse de que él no detuviera a los inmigrantes en el punto de entrada. Los narcotraficantes le pagaban una cantidad mucho mayor para garantizar que sus cargamentos de cocaína y heroína no serían abiertos, y los

guerrilleros prometieron no matarlo mientras no detuviera el flujo de armas y municiones.

Cuando hacía sus tratos, Mario decía que la mejor política era mantener las cosas moderadas: si había un gran envío de inmigrantes, drogas o armas a través de la frontera, seguramente llamaría la atención de alguien en alguna parte. Mario se vería presionado a actuar y todos terminarían perdiendo sus beneficios. Así que reguló el movimiento con unos pocos kilos de pólvora y dos ilegales cada día. Todos entendieron que el trato que Mario ideó era el mejor, y todos estaban relativamente contentos con este micromovimiento a través del punto fronterizo bajo la supervisión de Mario Beltrán.

Por eso Mario se sorprendió tanto el día que llegó a su estación la camioneta que llevaba un largo bote de aluminio. No sabía nada al respecto. Y era una carga de gran tamaño, muy por fuera de los parámetros establecidos de unos pocos kilos por día.

"Tengo algunos regalos que entregar", dijo en voz baja el conductor. Era la señal.

"¿Quién te envía?" —Preguntó Mario.

"Tu madre, imbécil". dijo el conductor. Sus ojos

estaban ocultos detrás de las gafas de espejo. Mario no parpadeó. Era la segunda contraseña.

Mario inspeccionó el bote que estaba encerrado en una caja de madera. El sol cegador hacía brillar el metal en los espacios abiertos entre las pizarras de madera.

"¿Cuanto pesa?"

"Unos mil kilos"

Mario intentó no reaccionar ante esta noticia.

Caminó alrededor del camión, fingiendo revisar los neumáticos.

Mientras tanto, hacía números mentalmente muy rápidamente. 1000 kilos de pólvora era mucho dinero. Ya fuera cocaína o heroína, la cantidad era lo suficientemente grande como para notarse en el mercado. Este cargamento provocaría un frenesí de actividad en los federales, y tarde o temprano llegarían a su estación.

Decidió no correr el riesgo.

"Lo siento. No se puede hacer. Date la vuelta y regresa. Hablaré con José más tarde".

El conductor no parecía preocupado. Los lentes de espejo se volvieron hacia

"Esta es una mierda diferente, hombre. El jefe dijo que esto es un regalo para los otros hombres".

"¿Qué hombres?"

"Los de la selva" dijo el conductor y Mario entendió de repente. Estas no eran drogas. Había armas para la guerrilla.

Eso explicaba el peso. Pero no explicaba por qué lo llevaba Pancho, uno de los correos de los hermanos Martínez, quienes eran los Reyes de la Cocaína en esta región. Los traficantes de drogas y los guerrilleros despreciaban sus respectivas actividades. Normalmente se disparaban entre sí.

"¿Ah sí?"

"Si hombre. Entonces, ¿qué, estoy pasando por lo que estoy pasando o qué?"

Mario pensó rápido. Si lo devolvía, los hermanos Martínez le llamarían por teléfono y le pedirían explicaciones. Podría ser desagradable. Si detenía el envío como se suponía que debía hacer en su puesto de Aduana, los hermanos vendrían a buscarlo. Podría ser mortal. Y si lo dejaba pasar, su jefe vendría a buscar su parte de las ganancias, que tendría que pagar de su propio bolsillo. Podría resultar caro.

No le gustó.

"No me gusta". él dijo.

"Se supone que no te debe gustar, hombre. Se supone que tu tienes que déjame pasar".

"Te dejaré seguir adelante, esta vez. Pero dile a José que necesito hablar con él. Esto no es parte del trato".

Después de decir esto, puso un sello de papel alrededor de una de las pizarras de la caja, lo pegó en los extremos y lo firmó. Este precinto de papel significaba que el contenido había sido inspeccionado, por lo que si otro agente de aduanas detuviera el camión en la carretera no rompería el precinto.

Cuando el camión arrancó, Mario llamó a su asistente y corrió hacia su propio auto.

Siguió el camión hasta un lugar a dos horas de Chetumal, que tenía un largo muro de piedra en la entrada y estaba fuertemente vigilado. Tenía un gran cartel que decía: Centro de Investigación. Mario asumió que era un cartel falso.

Anotó el nombre y se aseguró de Recordalo más adelante, cuando hablara con su contacto guerrillero. Si el cargamento no era para la guerrilla, entonces Mario esperaba cobrar mucho dinero a los hermanos Martínez, porque mil kilos

de cocaína eran muchos dólares en efectivo.

El anuncio fue realmente espectacular.

La sala de conferencias de la Procuraduría General de la República estaba llena de periodistas, reporteros de radio y cámaras de televisión. En el escenario había una mesa larga cubierta con un tradicional mantel de fieltro verde. La mesa estaba repleta de micrófonos con cubos de colores con los nombres de los medios de comunicación a los que pertenecían. Los reporteros se adelantaban unos a otros tratando de colocar sus grabadoras junto a los micrófonos y los mejores ángulos para las cámaras de televisión.

En la pared detrás de la mesa había dos enormes sellos: el de la PGR y el de la República de México, que estaba representado por un águila comiéndose una serpiente.

Los ruidosos reporteros se callaron inmediatamente cuando los altos funcionarios de la PGR salieron al escenario uno por uno. Cuando estuvieron sentados a la mesa, el titular de la PGR

—que era el equivalente al Procurador General de la República en Estados Unidos— habló por la batería de micrófonos.

"Buenas tardes amigos de los medios. te pedimos que vinieras hoy porque tenemos un anuncio importante que hacer".

Se aclaró la garganta antes de continuar. Estaba visiblemente nervioso. Era de mediana edad y lucía un bigote agresivo al estilo Pancho Villa. Su comportamiento estaba atenuado por gafas de alambre que le hacían parecer un profesor de buen corazón.

"Como saben, la próxima semana México tendrá el honor de ser sede de la Segunda Cumbre de las Américas. El Presidente de los Estados Unidos y otros veintitrés Presidentes y Primeros Ministros comenzarán a llegar a nuestro país en unas horas. Es por eso que creemos que ustedes deben tener la siguiente información".

Una mujer bonita con traje ejecutivo que estaba parada detrás de él le entregó una carpeta. Lo abrió y lo volvió a cerrar sin mirar el contenido.

"Tenemos pruebas de que existe un plan para matar al presidente de Estados Unidos mientras esté en suelo mexicano. El plan fue diseñado por el

Ejército Popular de Liberación Nacional. Quieren producir un incidente internacional entre México y Estados Unidos, destinado a perturbar las próximas elecciones presidenciales y paralizar a todo el país".

Hubo un ooh colectivo, seguido rápidamente por un silencio sepulcral en la sala de conferencias.

"Aún no sabemos cuándo ni cómo se producirá este intento de asesinato, pero estamos aquí para decirle a las personas involucradas, a través de ustedes, que conocemos sus planes y que a partir de ahora triplicaremos las medidas de seguridad en todo el lugar. Jefes de Estado visitan México para garantizar su seguridad. Por este medio también pedimos a todos los ciudadanos mexicanos que perdonen las medidas extremas que pondremos en vigor a partir de hoy".

"Normalmente no haríamos público este tipo de información, pero después de mucho debate el Presidente y el Gabinete consideraron que la mejor manera de preservar el interés público sería siendo totalmente abierta. Estamos seguros que los ciudadanos mexicanos apoyarán nuestras acciones. También hemos avisado a las embajadas de los países involucrados".

"Gracias por su atención y comprensión".

El Procurador General de Justicia de México recogió sus papeles y, en medio de los gritos de todos los reporteros, salió de la sala sin responder ninguna de sus preguntas.

En la Embajada de Estados Unidos estaban recibiendo una señal directa que provenía de una de las cámaras de televisión colocadas por Televisa al interior de la PGR. Televisa era la empresa de medios más grande de México. Durante muchos años, un virtual monopolio, Televisa poseía no sólo la mayoría de los canales de televisión, sino también varios de los satélites mexicanos, miles de estaciones de radio, cientos de revistas y docenas de otras corporaciones.

Cuando la señal de la cámara fue enviada a uno de los grandes camiones amarillos estacionados afuera de la PGR, fue captada por una camioneta más pequeña estacionada cerca. La furgoneta era vieja y destartada, pero en su interior llevaba el sistema de comunicaciones más avanzado del mundo. Uno de los principales equipos era una antena guiada por láser; recogía vibraciones electromagnéticas de cristales de ventanas y cables, las transformaba en entradas positivas que a su vez eran devueltas a su forma original

mediante un software especializado que funcionaba con una fila de computadoras ocultas dentro de las cubiertas laterales.

Con esta máquina los técnicos de la CIA pudieron "escuchar" y "ver" lo que la gente dentro de una oficina del último piso de un edificio de cuarenta pisos de altura escribía en sus computadoras. Al dirigir el rayo láser al cristal de la ventana desde el interior de su camioneta, podían captar las vibraciones del interior de una habitación y el software hacía una descripción de la habitación y su contenido.

Recoger la señal de un sistema de retransmisión de televisión fue un juego de niños. La Embajada de Estados Unidos en México encontró muy útil esta tecnología porque Televisa, al ser propiedad de los hijos e hijas del sistema político mexicano, era totalmente parcial al régimen.

Televisa no necesitaba censores del gobierno para verificar el contenido de su material, como hacían los periódicos: la autocensura de Televisa era más dura que la del propio gobierno. Por eso, cuando uno de los principales accionistas de Televisa, Emilio Azcárraga, y su mano derecha, Jacobo Zabludowsky, intentaron establecer una corporación de noticias en Estados Unidos en los

años ochenta, los medios estadounidenses los boicotearon con tanta fuerza que había tenido que abandonar el país. Rápido.

A menudo los reporteros de campo de Televisa filmaban información importante que la empresa mantenía fuera del aire. Cuando la nueva tecnología apareció en la embajada, Televisa ya no pudo mantener la información en secreto. Muchas veces desde entonces, la CIA había filtrado parte de esa información a México a través de otros canales.

"¿Qué están haciendo?" preguntó el agente McDuffy.

"No tengo idea", dijo el embajador. Bill Casper parecía pálido. Esto estaba muy por encima de su nivel. Aunque había demostrado ser un embajador muy hábil —lo cual fue una sorpresa para todos porque México siempre había sido difícil— no podía estar preparado para manejar la situación que enfrentaban. A menudo había dicho que su éxito como embajador se había logrado siguiendo el consejo de su madre: sé un hombre decente, le había dicho ella. Siempre. Había sido un hombre decente con los mexicanos y ellos lo apreciaban. Pero esta vez no sabía cómo manejar la situación. Esto no era algo que pudiera resolverse mediante

pura decencia y sentido común.

"Salir con esta información en este momento no sirve más que para avisar a los asesinos de que los estamos persiguiendo", dijo Bob Allen. "O el Fiscal General sabe algo que nosotros no sabemos, o esto puede ser una jugada política. Ya sabes, más o menos te lo digo, Peter, para que tú también escuches, Paul".

Melissa McDuffy tuvo una idea.

"¿Cree que podrían estar intentando asustar al Presidente para que cancele la Cumbre?"

Hubo silencio en la habitación por un momento, mientras los tres consideraban la idea.

"No me parece. Los mexicanos saben que es demasiado tarde para cancelar algo tan grande como una Cumbre. También saben que ningún Presidente de los Estados Unidos se negaría a asistir a una cita por miedo. ¿Puedes visualizar el daño que eso le haría al presidente? 'Mami, mami, no quiero ir a México porque allá hay chicos malos'", dijo Bob.

"Bob tiene razón. No creo que los mexicanos siquiera consideraran eso como una opción".

"Entonces hay algo que no estamos entendiendo".

"¿Ya terminaron de interrogar al prisionero?"

"No que yo sepa. Pero seguiré revisando toda la noche. Tan pronto como encuentre algo, por supuesto, se lo diré a ambos".

"Está bien, entonces, ¿por qué hicieron pública esta información?" preguntó Bob de nuevo.

"Sabes, podría ser justo lo que dijo el Procurador General: quieren que los ciudadanos mexicanos sepan y entiendan lo que está pasando".

Bob se rió. Su risa sonó hueca. La piel de su rostro era fina y los huesos debajo eran claramente visibles. Ciertamente necesitaba un descanso.

"Ningún político da un paso sin desear un efecto de doble banda, como en el billar. En México siempre disparan para tres bandas.

Llevan muchos años haciéndolo y se les da bien. Muy bien. ¿Recuerdas lo que te dije antes? México ha sido un premio muy deseado por todos los bandos ideológicos. Si no cayeron en el fascismo o el comunismo es por sus habilidades políticas, no porque les preocupen las opiniones de sus ciudadanos. No, hay algo más que nos falta".

"Pero tal vez..."

"Estoy de acuerdo con Bob, Melissa. Nunca

antes has tratado con los mexicanos y no tienes idea del talento político que tienen. Pueden marearte con su juego de pies. Sólo permítanme Recuerdales que este es un grupo político que ha logrado mantenerse en el poder durante la mayor parte del siglo políticamente más complicado de la historia del mundo. Revoluciones sociales, guerras mundiales, confrontaciones ideológicas... lo que sea, los mexicanos lo han manejado con éxito.

Eso requiere talento político. Así que estoy totalmente de acuerdo; este anuncio fue o un mensaje para alguien o una preparación para algo más".

"No podemos esperar a adivinar lo que tienen en mente. Tenemos que encontrar al asesino..."

"Si hay uno...", murmuró Bob.

"¿Qué? ¿Qué quieres decir?" dijo el embajador. Incluso el se sobresaltó.

"No querrás decir que este anuncio fue falso, ¿verdad?"

Bob se quedó callado por un largo momento antes de levantarse.

"Fue una idea que se me pasó por la cabeza. Pero tienes razón: fue una idea estúpida. Pongámonos a trabajar. Tengo la lista que pediste,

Melissa. ¿Te gustaría verla ahora? aquí".

"Por supuesto"

"Estaremos abajo, señor embajador. Si necesitas algo, silba", dijo Bob.

"Por supuesto que lo haré, Bob. Lo mismo tú. Creo que pasaré la noche en paz"

"Buenas noches señor."

"Buenas noches, agente McDuffy. Gracias por venir".

"Al contrario, señor. Gracias por llamarme."

Caminaron en silencio hasta la oficina de Bob.

Iba a ser una semana muy larga.

Y ella ya estaba cansada.

Fue como una explosión.

Periódicos, televisión, radio, Internet, correo electrónico, gente en la calle, todo el mundo hablando de ello. Columnas de opinión, editoriales, artículos de antecedentes sobre la historia de los intentos de asesinato, imágenes visuales de asesinatos pasados desde Kennedy en Dallas hasta Colosio en Tijuana, análisis crítico de las guerrillas que luchan dentro de México y perspectivas históricas de las actividades terroristas, abundantes entrevistas, charlas y más. Todo para hablar del posible origen de los asesinos. Al menos por un tiempo, la gente en México olvidó los problemas derivados de vivir bajo un sistema político que se estaba desmoronando.

Pero esto también ocurrió fuera de México. Las repercusiones se sintieron inmediatamente en todo el mundo.

El hecho de que hubiera alguien que quisiera

matar al presidente de los Estados Unidos y al resto de los presidentes estadounidenses en suelo mexicano capturó la imaginación de la gente en Francia, China, Australia y Rusia. Hasta ese momento, la Segunda Cumbre de las Américas había sido un asunto diplomático de rutina, como hay decenas cada año en un país determinado. Los pueblos de la Unión Europea habían expresado un leve interés en seguir los intentos del Presidente estadounidense de crear una comunidad económica muy parecida a la que ya había hecho Europa en su parte del mundo. La principal preocupación de los gobiernos europeos con la Cumbre fue principalmente económica, porque los gobiernos de España y Francia no querían quedarse fuera de aquellos países en los que alguna vez habían tenido tan alta influencia.

Pero de repente todo cambió. De repente el interés de los ciudadanos europeos exigió cada vez más información y literalmente de la noche a la mañana había miles de reporteros de todo el mundo vagando por las calles de la Ciudad de México. Dado que la PGR guardó silencio después de su anuncio, diciendo sólo que no había nada nuevo por el momento, los corresponsales se sintieron obligados a justificar su presencia en México informando sobre todo lo que se les

ocurrió, desde la estructura política hasta el sistema ecológico de México..

Y por supuesto sobre la búsqueda del asesino.

Durante la semana siguiente, la búsqueda del asesino fue lo único de lo que la gente habló. Se convirtió en una especie de obsesión nacional y la tensión aumentó a medida que se acercaba el momento de la ceremonia de bienvenida.

Carmen no tenía pensado escribir sobre el asunto en absoluto debido a la cantidad de tinta que ya estaban gastando todos los demás, pero dos días después del anuncio recibió una visita que la obligó a cambiar de opinión.

Cuando la mujer llamó a la puerta de Carmen, la reportera estaba pensando que tal vez usaría el dinero que había debajo de su colchón para abrirle un negocio a su hermano.

Sabía que el joven estaba desesperado porque llevaba más de cinco años sin trabajo permanente. Había trabajado anteriormente en una imprenta y sus referencias indicaban que era un excelente impresor. Pero después de la crisis económica de 1995 la imprenta tuvo que cerrar y desde entonces se quedó sin trabajo fijo.

Él, su esposa y sus dos hijas habían venido a

vivir con Carmen y su madre después de un año de estar sin trabajo.

Carmen había regresado muchas veces a casa durante ese año para escucharlo llorar por la impotencia y la humillación diaria que sufría. Todas las mañanas salía a comprar el periódico y escaneaba las columnas de ayuda solicitada, buscando una vacante a la que pudiera postularse. Todas las noches regresaba a casa derrotado y desanimado.

Carmen había visto la terrible degradación que sufre un hombre sin trabajo. Ya lo había visto dos veces, primero con su padre y ahora con su hermano. Estaba ansiosa por ayudar, pero abrir un negocio, después de todo, tal vez no fuera tan buena idea, se dio cuenta, porque entonces tendrían que lidiar con los recaudadores de impuestos y los inspectores públicos que deambulaban por las calles de la Ciudad de México en busca de nuevas tiendas. Carmen recordó que había escrito un artículo sobre las tribulaciones de los pequeños empresarios en la Ciudad de México. Sacó el ejemplar de su colección privada y leyó sus propias palabras describiendo que sólo para abrir un nuevo pequeño negocio había setenta y cinco pasos diferentes y

requisitos legales que cumplir en la Ciudad de México. Debido a que había tantos permisos y regulaciones, los inspectores pudieron obligar a los propietarios a realizar un intercambio: las empresas les dieron algo de dinero y los inspectores fingieron que todos los permisos estaban en orden.

No era nada atractivo.

Además, su hermano Roberto no sabía mucho de negocios.

Tal vez podría comprarle un taxi, pensó de repente. Era un buen conductor y, si cuidaba bien el coche, conducir un taxi podría proporcionarle los ingresos que tanto necesitaba. Podría conducirlo todo el día, o medio día y alquilarlo a otro conductor el resto del día. Y tendría la ventaja añadida de tener un chófer privado a su entera disposición. Como una reina.

Se estaba riendo de sí misma durante la última parte de esta idea cuando alguien llamó a su puerta.

Cuando la abrió vio una pequeña figura apoyada contra la pared como si estuviera tratando de recuperar el aliento. La anciana actuó como si estuviera enferma. Llevaba un chal negro sobre la

cabeza y los hombros, y su diminuto cuerpo la hacía parecer una representación fantasmal de la Virgen de Guadalupe.

"¿Qué te pasa, abuelita?" Dijo Carmen, hablándole a la anciana con el tono de voz afectivo que usan los mexicanos para transmitir misericordia. La había reconocido como la mujer que atendía el pequeño puesto de quesadillas de la esquina. Carmen abrazó a la anciana por los hombros y se disponía a llevarla al interior de su casa, cuando el rostro de la anciana se asomó por debajo de su mantón.

Su mano se levantó y sujetó a Carmen con mucha fuerza por su brazo. Carmen quedó paralizada por la sorpresa que sintió ante la fuerza de la mujer.

"Tú eres Carmen Núñez, ¿verdad?"

"Sí, abuelita. Esa soy yo. ¿Qué ocurre?"

"Tengo esto para ti" dijo la mujer, y muy rápidamente Sacó un sobre marrón que puso en manos de Carmen.

Entonces la mujer se alejó tan rápido que Carmen se quedó sin palabras por un momento. Cuando reaccionó, la mujer estaba doblando en la esquina.

Carmen llevó el sobre al interior de su casa y lo abrió de inmediato. Lo que leyó le hirió la sangre.

Manny mantuvo su horario en la universidad al día siguiente.

Después de esperar en vano el resto de la noche a que Melissa McDuffy le devolviera la llamada, Manny decidió seguir con sus actividades diarias. Así que a las cinco de la mañana se dio una larga ducha caliente, luego se preparó tostadas y café, y a las siete en punto, como de costumbre, estaba leyendo los periódicos mexicanos a través de Internet.

Manny había seguido los periódicos mexicanos durante los últimos quince años, desde mediados de los ochenta. En aquel entonces había tenido que hacerlo a través de los impresos físicos que eran entregados con quince días de retraso en la Biblioteca de la Universidad.

A mediados de los noventa, cuando Internet le permitió leerlos el mismo día, Manny pensó que estaba soñando. Las ediciones electrónicas eran diferentes a las impresas, por supuesto, pero lo que

perdió en extensión lo ganó en conveniencia y conveniencia.

Después de analizar los periódicos mexicanos durante tantos años, Manny sabía exactamente cuál era cuál. Sabía muy bien que el Excelsior era el escenario favorito de los políticos de la vieja guardia. Excelsior había sido convertido en cooperativa por el presidente Luis Echeverría allá por 1975, en medio de un gran escándalo, y desde entonces el periódico había sido el lugar donde los políticos del PRI peleaban y ventilaban sus quejas.

Estaba el Universal, que era propiedad de un hombre astuto que había conseguido su posición al casarse con la hija del propietario original y luego tomó el control del periódico adquiriendo la mayoría de las acciones. Se sabía que durante muchos años había tenido problemas con el gobierno, que lo acusaba de evadir una enorme suma de impuestos.

La Jornada era el refugio de la *Intelligenza* mexicana, aquellos que se consideraban progresistas y del ala izquierda política. Reflejaba las debilidades derivadas de su posición. A uno de sus directores se le había oído decir una vez que lo único que quedaba por hacer con México era quemar todo el país y empezar de cero.

Ese periódico había nacido de una escisión del unomásuno, otro diario cuyas acciones del dueño y director original -Manuel Becerra Acosta- habían sido compradas con un millón de dólares en efectivo. El dueño luego expulsado del país a finales de los años ochenta por el presidente Carlos Salinas.

Novedades y Heraldos eran básicamente los portavoces de sus dueños, en la tradición de los periódicos Hearst en Estados Unidos. Los únicos dos periódicos que habían logrado mantener una reputación limpia de integridad y estándares periodísticos en la Ciudad de México eran Reforma y El Financiero, ambos periódicos relativamente jóvenes.

Manny había aprendido que en México una información rara vez estaba completa. Un periódico daba una pieza del rompecabezas y otro la siguiente, hasta que surgía el panorama completo con una apariencia de verdad. Así que se había disciplinado y leía todos los periódicos muy rápido todas las mañanas. En quince minutos descargaba los artículos que quería leer de cada uno de los periódicos y luego los comparaba por las tardes. Así logró obtener una imagen muy precisa de las luchas políticas internas mexicanas.

Esta vez, sin embargo, todos los titulares eran sobre el asesino, lo que sorprendió a Manny porque pensó que la información era secreta. Todos los diarios —Excélsior, Universal, Jornada, Reforma, etc.— lo llevaron en su portada de ocho columnas. Pero aún más sorprendente fue el hecho de que, cuando Manny revisó las páginas de opinión y columnas, encontró muchos artículos que ya trataban el tema. Las noticias principales tardaron en filtrarse en los artículos de opinión de todas partes, pero especialmente en México, ya que el gobierno tenía mucho control sobre el contenido de los periódicos.

Encontrar esas opiniones escritas y publicadas tan rápido fue muy inusual, por decir lo menos.

Esa mañana descargó casi doscientas piezas, el doble de lo habitual, y luego se apresuró a ir a clase.

Durante su primera clase decidió muy rápidamente que no era bueno guardando secretos, porque aunque intentaba actuar con normalidad, el hecho de que lo intentara hacía que sus acciones parecieran rígidas y su conferencia forzada.

Sus alumnos fueron los primeros en darse cuenta, porque eran los que lo veían por primera vez en su clase de historia latinoamericana de las

ocho de la mañana. Uno de ellos incluso le preguntó si se sentía bien, ya que Manny estuvo distraído durante todo el período.

Las noticias de México fueron la charla del día, por supuesto, y los primeros diez minutos de la clase se dedicaron a hablar sobre los posibles motivos detrás de la existencia del asesino.

Manny no participó mucho en la discusión. Normalmente la dirigiría haciendo preguntas puntuales y dejando que los estudiantes llegaran a sus propias conclusiones. Pero esta vez el simple hecho de saber que estaba sujeto a un acuerdo de confidencialidad con el Servicio Secreto enfrió su entusiasmo normal.

La segunda clase mejoró un poco, pero sólo porque les dio un cuestionario que había incluido en el programa de estudios a principios de semestre.

Al mediodía, cuando fue a su pequeña oficina en el Centro de Estudios Latinoamericanos en Grinter Hall de la universidad, no tenía ganas de enfrentarse a sus compañeros, por lo que creó un dolor de cabeza como excusa y abandonó la Universidad por ese día. Evaluó si debería estar enfermo por el resto de la semana. Sería la primera vez en diez años que faltaría a sus deberes, pero no

podía evitar la sensación de que estaba engañando a sus alumnos al no compartir con ellos lo que sabía.

Cuando regresó a casa se dio una larga ducha antes de arreglarse él mismo un sándwich.

Manny vivía solo en una casa de dos dormitorios a cinco minutos de la Universidad de Florida. Le gustaba la casa porque estaba lo suficientemente cerca de la escuela como para poder caminar la distancia si así lo deseaba. En otoño y en invierno tenía muchas ganas de hacerlo. El resto del año en Gainesville hacía demasiado calor para caminar por las calles cargando cuadernos y papeles escolares, por lo que se compró un pequeño Buick que solía conducir durante los fines de semana. Conducía con sus dátiles a Cedar Key en el Golf de México para almorzar, o a Jacksonville o St. Augustine en la costa atlántica durante los fines de semana.

Tuvo varias novias, dos de las cuales eran sus parejas sexuales, pero a nadie a quien realmente amara. Nunca en su vida había amado a ninguna mujer como otras personas dicen que se ama. Solía bromear con su mejor amigo Tim diciendo que su corazón era demasiado generoso para dedicarlo sólo a una mujer. Tim lo llamó el último Don Juan,

aunque Manny nunca había intentado ser un mujeriego.

Claro, le gustaban las mujeres. Y a las mujeres también les agradaba. Pero fue un hecho natural en su vida más que una búsqueda activa. No toleraba a los hombres (ni las mujeres) que se jactaban de sus aventuras sexuales y siempre se había negado a contarle a Tim nada sobre su vida sexual. A Tim, por el contrario, le encantaba contarle hasta el más mínimo detalle suyo.

Como en la conversación que habían tenido ese día.

"Hola, compadre", dijo Tim por teléfono.
"¿Quieres almorzar?"

"Me gustaría, pero hoy no puedo".

"¿Quién es?"

"Nadie."

"¿Una chica nueva?"

"Nadie."

"Sí claro. ¿Adivina quién vino a casa conmigo anoche?"

"No quiero saber".

"Susan, tu secretaria".

"Estás bromeando", dijo Manny aunque Susan era la secretaria del Departamento, no la suya. Era una rubia muy bonita que también era bailarina. Delgada y alta, era muy linda. Tenía las piernas más largas que Manny había visto jamás.

"Lo juro por Dios, hombre. Y, oh, hombre, ella tiene las mejores tetas del universo.

"Tim, no quiero que me digas esas cosas".

"Deberías verlas, hombre. Tetas perfectas. Sus piernas también fueron una sorpresa para mí, porque esperaba que fueran muy musculosas, ¿Sabes? ¿Con eso de sus lecciones de baile todos los días y todo eso? Pero estaba equivocado. Estaban suaves como la mantequilla. Y mucho... oh, hombre. ¡Qué noche!"

"Tim, cállate".

"¿Por qué? ¿Se te está poniendo dura?"

"Eres un idiota".

"Hablando de culos-"

"Adiós, Tim".

Manny colgó.

Tim volvió a llamar.

"¿Para qué hiciste eso?"

"Te dije. No quiero saber esos detalles de tus actividades sexuales".

"Manny, no seas mojigato. Eres mi amigo, ¿verdad? Si no comparto esto con mi mejor amigo, ¿con quién?"

"Me molesta."

"Sí. ¡Porque te pones cachondo!"

Manny tuvo que reír.

"Es cierto... Pero eso no cambia el hecho que tienes basura por cerebro".

"De todos modos, ¿quién es tu cita?"

"Nadie. Me quedo en casa. Creo que estoy cogiendo gripe".

"Bueno. Entonces deberías quedarte en casa. Nos vemos..."

"Más tarde."

Tan pronto como colgó, el teléfono volvió a sonar. Era Susana. Inmediatamente, Manny tuvo un fugaz pensamiento de sus pechos y la imaginó desnuda...

"¡Hijo de puta!" murmuró.

"Lo siento doctor Pérez, ¿es un mal momento?" preguntó Susana.

"No, Suzy. Lo siento. ¿Qué es?"

"Bueno, la Dra. Leslie me pidió que repasara el cronograma para el semestre de otoño contigo. ¿Estás seguro de que es un buen momento para ti?"

"Seguro. Déjame usar mi computadora y estaré contigo en un minuto".

"Gracias, Dr. Pérez".

"Ningún problema."

Cuando el agente McDuffy lo llamó una hora más tarde, todavía estaba furioso con Tim porque no podría volver a ver a Susan de la misma manera.

Don Federico soñaba frente a su enorme televisor. Estaba recordando lo que una vez fue.

En 1952, México estaba en auge. El partido gobernante había encontrado un marco político estable del que el país podía beneficiarse. Los grupos políticos trabajaron juntos por una porción del pastel y trajeron la paz a toda la nación. La economía se benefició de la riqueza de los pozos petroleros después de que Lázaro Cárdenas los nacionalizara en 1938. En 1941, las compañías petroleras internacionales habían resuelto todos sus reclamos y el gobierno mexicano utilizó el dinero extra para construir carreteras y escuelas. Los ingresos del petróleo también dieron al gobierno cierta independencia de la necesidad de recaudar impuestos, por lo que los industriales se encontraron en un paraíso de un entorno casi libre de impuestos; el único impuesto que había que pagar era el dinero periódico que se entregaba a los inspectores y a los funcionarios del partido. Los pequeños empresarios pagaban una tasa fija anual

en concepto de licencias.

Los sindicatos fueron organizados por un ex lechero llamado Fidel Velázquez en un sindicato único y poderoso conocido como la CTM (Confederación de Trabajadores de México), que prometió su alianza al partido y mantuvo un estricto control sobre los trabajadores. Cada día se creaban más y más puestos de trabajo. El PRI estaba cumpliendo sus promesas, aunque se guardó parte de ellas, y la gente estaba contenta. Una pequeña cantidad de corrupción realmente no importaba; fue la grasa que mantuvo al país en movimiento.

La posguerra trajo también una mayor industrialización, lo que aumentó la necesidad de plata y minerales de todo tipo, lo que a su vez había puesto más exigencia y más responsabilidad en la operación dirigida por Karl Schmidt.

El Ingeniero, como lo conocían ahora sus amigos y familiares, también se había hecho popular entre la gente del pueblo por su disposición a mostrarles cómo arreglar la bomba de agua que sacaba agua de los pozos de la ciudad, o la forma fácil arreglar generadores eléctricos o poleas manejadas por tractores. Se salía con la suya con cualquier máquina, y en una ciudad que

todavía vivía como en el siglo XVIII, este conocimiento de la tecnología era muy apreciado. Gracias a su segunda esposa mexicana había aprendido a beber tequila, a festejar en fiestas como los mejores y más duros mexicanos, y se había convertido en padrino de quince niños y niñas como un mexicano común y corriente. Sus padres lo habían convertido en su compadre. Ése es un honor que los mexicanos otorgan sólo a sus mejores amigos. Un compadre se convierte en padrino del niño y se convierte en padre sustituto en caso de que le pase algo al verdadero.

Cuando Karl murió repentinamente de un ataque al corazón, hubo verdadera tristeza en San Pablo Ostotepec, el pequeño pueblo de San Luis Potosí donde estaba la mina. Todo el pueblo acudió a su funeral y caminó detrás del ataúd hasta el cementerio. Su viuda, aún joven, todos sus ahijados, sus familias y su único hijo estaban allí para llorarlo por última vez. Había sido un buen hombre.

Federico Schmidt Sánchez, ahora conocido por su nombre mexicanizado de Federico Schmidt Sánchez, estaba enseñando a niños pequeños en el pueblo en lo profundo del bosque donde vivía. Tres años antes había comenzado a enseñarles a

leer y escribir en español como una forma de recuperar su propia capacidad de leer y escribir en el idioma. Cuando murió su padre, regresó a la ciudad.

Su hijo había heredado parte del carisma del viejo ingeniero, y cuando falleció, la gente tendía a ver al joven con los mismos ojos entrañables. El maestro Don Federico, como se hizo conocido muy rápidamente, descubrió también que tenía un enorme atractivo para las mujeres. Tan pronto como sonreía, sus ojos verdes los hacían languidecer como si fuera uno de esos cantantes románticos tan de moda en ese momento.

Otras personas también notaron su atractivo popular.

Uno de ellos era el general que había sido el jefe de su padre en la mina. El general Fernando Bracho era ahora el gobernador del estado.

Como el ingeniero Schmidt había sido bueno por su posición política en el partido, porque la mina bajo su mando había sido una de las mayores y más eficientes productoras de plata del país, el general había convertido a Karl en su compadre. El General se enorgullecía de estar siempre pendiente de sus ahijados o ahijadas. Y aunque Federico no era realmente su ahijado ya que el General Bracho

no había asistido a su bautizo, el General pensó que era buena idea llamarlo así porque le gustaba rodearse sólo de los mejores hombres y mujeres. El general pensó que tal vez el hijo del ingeniero podría ser un buen activo para su personal.

Él estaba en lo correcto.

Un día, le invitó al joven a almorzar con él en su casa de la capital del estado.

Cuando llegó el joven Federico, el General se sorprendió primero por su estatura —Federico medía 1,85 metros— y luego por su buena apariencia. Tenía el aspecto de una de esas malditas estrellas de cine que había visto el general. Sus hijas también se fijaron en el visitante, pues interrumpían la reunión por una razón u otra, y durante el almuerzo reían nerviosamente mientras servían la comida a los hombres que, como era costumbre, comían solos.

"¿Sabes qué vas a hacer ahora que tu padre se ha ido?"

"No señor. Estoy feliz ahora mismo con mis clases."

"Bueno, tal vez eso sea noble y todo eso. Pero un hombre como usted puede tener un futuro mejor que ser maestro de indiecitos tontos", dijo el

general Fernando Bracho, aunque él mismo era indio.

Federico no parpadeó. Estaba acostumbrado a que algunos indios, en cuanto adquirían dinero o prestigio, degradaban a su propia gente y empezaban a tratarla peor que a los animales. Eran llamados ladinos. El apelativo nació después del bautizo del país por parte de los sacerdotes católicos de habla latina. Los ladinos eran indios que hablaban latín. Luego, el nombre pasó a aplicarse a cualquier indio que demostrara ser inteligente y hablara español.

El general Bracho era un ladino astuto que sabía muy bien cómo usar el poder puro, y en muchos aspectos Federico estaba de acuerdo con él, por lo que se convirtieron en verdaderos amigos. El joven amigo del Gobernador pronto se convirtió en una estrella en ascenso en el mundo político del estado, y un año más tarde al profesor se le ofreció el cargo electo de alcalde de su pequeña ciudad natal.

Federico se tomó un tiempo para pensarlo.

Esto estaba en el apogeo de la estructura de poder del PRI, por lo que no se trataba de si la gente votaría por él. No. Su victoria estaba garantizada por el hecho de que nadie más se presentaría a las elecciones. E incluso si alguien

más intentara competir contra el candidato oficial, los sindicatos, controlados por el partido, bloquearían la candidatura y la sabotearían de mil maneras; la policía no permitiría que ningún otro político organizara mítines; los burócratas de las oficinas estatales perderían los permisos y los registros legales, y las papeletas desaparecerían... En ese momento y lugar, ser candidato del PRI para cualquier cargo era tener ese puesto garantizado, como un cheque en blanco firmado.

Lo que hizo que Federico se detuviera a pensar fue que su vida en Alemania se estaba convirtiendo rápidamente en un asunto olvidado. Aquí en México nadie hablaba mucho de la guerra, nadie sabía siquiera que había estado en la guerra, y se encontró frente a un futuro que su pasado podría cancelar si no lo enterraba. Pero enterrar su pasado significaba olvidarlo.

Aunque le hubiera gustado hacerlo, al mismo tiempo no podía olvidar a su amada Ute, ni lo haría nunca.

Además, estaba el asunto de Quetzalcoatl.

Un quetzal es un ave magnífica de hermosos colores verde iridiscente y carmesí que es un ave nativa de la selva tropical de México y Centroamérica.

Coátl proviene de la lengua náhuatl y significa serpiente.

Juntas, las dos palabras componen Quetzalcoatl y el nombre significa serpiente emplumada o, como mucha gente prefiere, serpiente voladora. Quetzalcoatl es el nombre que recibe el dios-hombre cuya presencia se sintió en toda Centroamérica, desde México hasta Perú. Todas las culturas en un área tan vasta lo conocían con diferentes nombres de significado similar.

Los mayas lo conocían como Kukulcán, por ejemplo.

No descifré exactamente quién vino primero, el hombre o el dios, pero de cualquier manera el folclore dice que Quetzalcoatl era un hombre blanco, alto y barbudo, que vino del este. Apareció en Mesoamérica alrededor del año mil y mostró a los antiguos mesquitas cómo cultivar y cocinar maíz, que luego se convirtió en el alimento básico favorito de toda la nación.

Los mexicanos elaboran de todo, desde tortillas hasta cerveza —tesguino— con él. Les enseñó también las artes de la pintura, de la música, de la poesía, de la escultura; demostró el principio de las ciencias y reveló cómo estudiar las estrellas mediante el uso de un calendario. En resumen, era

un hombre superior. Una figura divina que llegó para traer la civilización a los antiguos mexicanos.

Si bien Federico nunca había escuchado ni le habrían importado los desvaríos raciales de Hitler durante la guerra y el odio patológico del Führer hacia razas distintas a la que él creía propia, Federico sí leyó sobre Quetzalcoatl y se sintió un poco como él, cuando enseñaba a los niños en la escuela. Se sentía muy superior a estos niños pobres cuyas vidas estaban destinadas a resolverse en un atolladero de pobreza, desilusión y frustración; tan rico por saber también sobre la música que nunca escucharían, y sobre la literatura que nunca leerían; se sentía tan invencible porque sabía resolver problemas a través de las matemáticas y el mundo de la ciencia; tan sabio porque había leído a los filósofos de la antigüedad y de hoy. Y, sin embargo, tan miserable porque también sabía de las matanzas y el odio que ese mundo había producido. Esto lo sabía gracias a los estadounidenses. Realmente había concentrado tanto su odio intelectual como emocional en un solo enemigo: Estados Unidos. Despreciaba todo acerca de ese país. Lo malo y lo bueno de ello.

Llegó a comprender que las reflexiones lunáticas de Hitler sobre las razas superiores eran

políticas. Malas políticas. También llegó a creer que el error que había cometido Hitler era precisamente ese; un error político.

Federico no sabía de política. Pero podía aprender con la misma seguridad que frente a una clase llena de niños, cuyos enormes ojos marrones y negros se abrían de par en par con asombro, se sentía como un dios. Algo así como una segunda edición de Quetzalcoatl.

Al final, hizo un trato consigo mismo: saldría y adquiriría todo el poder que pudiera y esperaría que el futuro lo colocara en el lugar y el momento adecuados para vengar a su Ute.

Aceptó el trabajo.

Un año después, ya como alcalde de San Pedro Ostotepec, en una medida fríamente calculada se casó con Graciela Bracho, la hija menor del gobernador, general Bracho.

No amaba a la mujer. Tampoco la despreciaba. Simplemente pensaba que ella era fea para él. Pero con su matrimonio su futuro político estaba garantizado. Aprovechó un viejo dicho que tenía su ahora suegro. El general Bracho decía "Pobre hombre, es un pobre político" cuando quería menospreciar las capacidades de alguien. Federico

le dio la vuelta. Dijo que un político sin dinero es un pobre político, y con ese argumento convenció a su suegro para que le diera la concesión de distribución de gasolina y petróleo en todo el estado.

"Pero se necesita una enorme cantidad de capital de trabajo para construir la infraestructura. Necesitas camiones, almacenes y estaciones de entrega. ¿De dónde vas a sacar esa cantidad de dinero en efectivo?"

"No te preocupes. Mi familia en Europa me dejó algo de dinero. Además, traeré a otras personas como socios".

"¿Como quién?"

Le dijo Federico. Todos ellos eran miembros más jóvenes de las familias de los políticos. Federico no le dijo al General que los jóvenes no aportaban ni un centavo del dinero. Estaba proporcionando todos los fondos necesarios de la cuenta secreta en Suiza. Los otros socios eran sólo nombres de calidad, socios que Federico sentía que podía utilizar.

El general Bracho comprendió de inmediato las ventajas que produciría una asociación económica como esa. Tanto en el frente político como en el

económico. No en vano era un ladino astuto.

"Aún me harás sentir orgulloso, Federico".

"Lo haré, general. Lo haré."

Casi cincuenta años después don Federico sonrió para sí. Lo había hecho sentir orgulloso.

Ahora había llegado el momento de hacer que Ute también se sintiera orgulloso de él.

La carta que Carmen encontró dentro del sobre decía;

Señorita Carmen Nuñez, hemos leído sus artículos y creemos que es una mujer honesta. Te confiamos esta información porque estamos seguros de que sabrás qué hacer con ella.

Ayer, las fuerzas represivas del gobierno nos acusaron de planear un ataque contra los dignatarios que visitarán nuestro querido país la próxima semana.

Denunciamos esta acción como una muestra más de las mentiras y engaños con que la oligarquía corrupta ha controlado a México durante tantos años.

No contentos con desatar una guerra genocida de desgaste contra los pueblos indígenas de México, han secuestrado y desaparecido a muchos de nuestros camaradas y simpatizantes. Esta matanza

tiene que parar.

Ahora han creado a este asesino imaginario para que el ejército represor y asesino tenga una excusa para declarar una guerra de aniquilamiento contra las fuerzas revolucionarias. Todos sabemos que han estado tratando de exterminar al pueblo verdaderamente nacionalista que lucha por liberar a nuestro país de la tiranía del régimen actual. Ahora planean exterminar a la gente que nos brinda su apoyo. Han utilizado todos los medios, incluso una campaña de desprestigio como aquella en la que nos acusan de ser delincuentes comunes. Están tratando de involucrarnos en delitos como el narcotráfico, algo que las fuerzas revolucionarias rechazan por completo.

Prueba de ello es la introducción de aproximadamente mil kilos de cocaína introducidos como contrabando en un contenedor de aluminio por la frontera con Belice. Este contrabando fue detectado por nuestra rama de inteligencia el mes pasado. Tenemos razones para creer que tales drogas se entregarán a los pobres que viven

en las montañas, para mantenerlos esclavizados por sus terratenientes.

Acusamos a las fuerzas gubernamentales de ser quienes protegen a los narcotraficantes en México.

Denunciamos las acciones del gobierno como una violación de la Convención de Ginebra sobre actos de guerra.

Acusamos al gobierno de romper todos los acuerdos internacionales en la materia y lo responsabilizamos ante el mundo entero de cualquier agresión contra nuestro pueblo.

*Viva México Libre! Viva La Revolución!
Comando General Ejército Popular de
Liberación Nacional*

Quintana Roo, México

Carmen Núñez sintió un dedo frío de miedo deslizarse por su espalda al leer la carta. No fue tanto la información que recibió sino la forma en que la había recibido lo que de repente la hizo sentir mucho miedo por su vida y la de las personas que amaba.

La forma en que la anciana le había dado el mensaje, en la puerta de su propia casa, la hizo

sentir como si en ese momento estuviera siendo observada por unos ojos invisibles que estaban por todas partes.

Se sintió enferma.

Aún así, sabía que la información que recibió era válida porque la carta incluía un documento oficial: una factura de la aduana de Quintana Roo.

Carmen se apresuró a escribir su artículo para el día siguiente.

Pospuso para un día más la entrevista con el Senador Garduño sobre el uso de drogas entre trabajadores gubernamentales.

Esto era mucho más importante.

El agente McDuffy se concentró en el rostro del doctor Manny Pérez.

Parecía bastante tímido hoy: cuando ella lo miró directamente en la pantalla, él vaciló y miró hacia otro lado. Por un momento allí podría jurar que lo vio sonrojarse. Su rostro estaba lleno de bordes duros, como cortados con un machete, y le daban un atractivo distintivo.

"Entonces, ¿qué crees que deberíamos hacer ahora?" dijo, de repente mirándola directamente a los ojos.

"Manny, dada la información que tienes ahora, ¿por dónde empezarías a buscar? ¿Dónde están los sectores más probables en México de donde vendría un intento de asesinato de esa magnitud?"

Manny se frotó los ojos por un momento con las manos.

"No he estado pensando en nada más durante toda la noche, Melissa, pero necesito más información.

"Sabes lo que yo sé".

"No exactamente. Recuerda; soy historiador, no antiterrorista ni criminólogo".

"¿Qué necesitas saber?"

"Ayúdame por un momento. Analicemos esto. ¿Está bien?"

"Seguro."

"Dime, ¿qué tipo de ataque esperas?"

"No tengo ni idea. ¿Qué quieres decir?"

"Pónganse en el lugar de los terroristas. ¿Crees que se usaría una pistola?"

Ella entendió de inmediato lo que él estaba tratando de hacer.

"Dudoso. Él (o ellos, lo que sea) tendría que acercarse demasiado al presidente para utilizar una pistola con éxito. Y nos aseguramos de que nadie se acerque tanto".

"¿Quizás un rifle, como en Dallas en 1963?"

"Nuevamente, no es probable. Aprendimos de eso. No habrá un edificio en un radio de una milla que no tendrá a nuestros agentes allí".

"Una bomba, entonces."

"Sí... Esa sería mi inclinación, sí..."

"Está bien, eso reduce enormemente la búsqueda. Como no creo que esta amenaza provenga de la guerrilla, entonces estamos buscando un FMB".

"¿FMB?"

"Sí. A Fucking Mad Bomber", dijo, imitando el tono de voz de Barnett.

Ella sonrió a su pesar.

"Está bien, entiendo lo que quieres decir".

"Bien, ahora tenemos que pensar en qué tipo de bomba probablemente usaría".

"Eso es más difícil de adivinar, porque hay literalmente miles de elementos explosivos. Podría ser cualquier cosa".

"Bien, veamos. ¿Tendría que ser una bomba pequeña o una bomba grande?"

"Por pequeña bomba te refieres a algo así como una granada de mano, ¿verdad? ¿Algo que pudiera arrojarle al presidente?"

"Bien."

"Dudoso. Una vez más, necesitaría acercarse al Presidente, y hoy podemos detectar explosivos

desde lejos. Cualquier persona con explosivos sería detectada inmediatamente por las máquinas o los perros. Además, una pequeña bomba probablemente no serviría para nada.

"Entonces tiene que ser una bomba grande".

"Sí. Colocando explosivos en un lugar donde estará o pasará el presidente, y luego... Una bomba grande que pueda detonarse a distancia. Una bomba de algún tipo lo suficientemente potente como para garantizar la muerte del presidente. Una bomba que derriba un edificio, como en Oklahoma. Una bomba que mate a cientos de personas en un solo destello de destrucción. Una bomba que sirva como catalizador de toda la ira y el odio terrorista. Sí, estamos buscando una bomba grande, muy grande".

"Esas bombas son caras de construir y ocultar, ¿verdad?"

"Así es."

"Quiero decir que un trabajador de una fábrica no podría permitírselo, ¿verdad?"

"Normalmente no, no", volvió a sonreír. Luego ella se sonrojó. Ella se molestó porque descubrió en ese momento que el Dr. Pérez era guapo.

"Está bien, eso ciertamente reduce la búsqueda."

Estás buscando a alguien con suficiente dinero para construir una bomba muy grande. Pero esto crea otro problema".

"¿Cual es?"

"En México todas las armas están prohibidas por ley. Todos los explosivos son controlados con mucho cuidado por el ejército. Los únicos que tienen acceso a cualquier tipo de explosivos son los guerrilleros. Obtienen sus armas de Estados Unidos y Europa a través de mercenarios que trabajan en Centro y Sudamérica. Hace unos años, un contenedor lleno de rifles automáticos chinos fue detenido en California".

"Así que volvemos al Agente Motivado Ideológicamente, como "Sugirió Benett".

"No, no necesariamente. Hay algo aquí que no encaja del todo".

"Estoy de acuerdo. Nosotros mismos nos lo preguntábamos. Me imagino que hoy habrás oído la noticia.

"Por supuesto. Y me sorprendió mucho ver en los titulares este gran secreto que me iba a llevar a la tumba".

"Bueno, no fuimos nosotros, te lo aseguro. El gobierno mexicano decidió hacer pública la

amenaza y no podemos entender por qué. Más tarde hoy mismo el Embajador se reunirá con el Presidente de México para saber más sobre todo esto".

"Me interesaría saber qué sucede en esa reunión. Quiero decir, si se me permite saberlo, por supuesto".

"Por supuesto. Pero ahora mismo ¿tiene alguna idea de por qué se hicieron públicos?"

"Ninguno. Es muy sorprendente. El gobierno mexicano no es el gobierno más abierto del mundo, ¿sabes? Incluso los salarios de los ejecutivos del gobierno son un secreto de Estado, por el amor de Dios".

"¿En realidad? ¿Los mexicanos no saben cuánto les pagan a sus burócratas?"

"No. Ésa es una de las ventajas de haber tenido el poder durante casi un siglo, ¿sabes?"

"He oído que eso está a punto de cambiar".

"Con un poco de suerte."

"Tú mismo lo llamas en tu libro un sistema moribundo".

"Y tengo razón, por supuesto. Pero el problema es que ha sido una agonía muy larga".

"Está bien, puedes contármelo en otro momento. Ahora deberíamos..."

"¿Cuándo?"

"¿Cuándo que?"

"¿Cuándo puedo contártelo?" Melisa no lo podía creer.

"Manny, ¿estás coqueteando conmigo?"

"¿Es eso un no-no en el Servicio Secreto?"

"Soy madre de dos niñas". dijo Melissa.

"Oh, no sabía que estabas casada. Lo siento."

"No estoy casada."

"Pensé que habías dicho..."

"Estoy divorciada. Recientemente."

"Bueno, entonces tal vez pueda invitarte a salir".

"Mira, sigamos con nuestro trabajo que es muy importante. Si no te importa.

"Bueno. Lo dejaremos para después".

"Entonces, resumamos lo que tenemos: tú opinas que el ataque podría provenir de, eh, ¿cómo lo llamó?"

"...Un maldito bombardero loco. Bien."

"Bien. No estoy segura todavía, pero tiendo a estar de acuerdo contigo. También coincidimos en que el ataque probablemente se habría realizado mediante un artefacto explosivo. Uno grande para tener alguna posibilidad de éxito".

"Bien."

"Un dispositivo así sería caro de conseguir, difícil de ocultar e imposible de pasar por alto".

"Si tú lo dices."

"He revisado las listas de posibles sospechosos y ninguno parece coincidir con un loco solitario con toneladas de dinero para quemar en un explosivo que no podrá detonar cerca del presidente. Lo único que encuentro es gente con agravios ideológicos contra Estados Unidos. Estos, según usted, no intentarían llevar a cabo este tipo de ataque".

"Bien."

"Entonces, ¿qué me estoy perdiendo? Parece que vamos en círculos".

"Como dije, algo no encaja en todo esto".

"Necesito más información tuya, Manny".

Ambos guardaron silencio por un momento.

Manny estaba asombrado por sus propias reacciones ante esta mujer desconocida. Cada vez que veía sus ojos verdes, deseaba perderse en ellos. Luchó contra el impulso de coquetear de nuevo con ella.

"¿Cómo podría acercar la bomba al presidente?", dijo.

"No puede. Nos aseguramos de eso".

"Tú lo sabes."

"Por supuesto que lo sé".

"Pero puede que él no lo sepa. Es posible que no conozca sus barreras tecnológicas. Podría creer que puede acercarse lo suficiente con la bomba".

"Puede que tengas razón en eso".

"Creo que deberías regresar y revisar a todas las personas que estarán cerca del presidente, incluso en las cercanías del presidente.

Ya sabes, como en una cena de estado o una recepción de bienvenida. Siempre hay cientos de personas en eventos como esos".

"Te llamaré más tarde", dijo. Él tenía razón, por supuesto.

Lo que él no sabía es que ella y su equipo ya

habían revisado a todos. Pero solo habían comprobado la legitimidad de sus identidades e invitaciones.

Ahora irían más profundo.

Inmediatamente convocó a su grupo de coordinadores.

Mientras llegaban a su oficina, ella hacía su llamada diaria a sus hijas.

Los extrañaba terriblemente.

Respondió su madre, y después de decirle a Melissa que todo estaba bien, le pasó el auricular a la hija mayor.

"Hola mami." dijo Ruthie. Tenía cuatro años y siempre estaba chocando contra las paredes.

"Hola preciosa. ¿Qué estás haciendo?"

"Lucy está durmiendo".

"¿Y qué estás haciendo tú?"

"Hoy recibí una muñeca de la abuela".

"¿La recibiste hoy? Eso es asombroso, cariño. Escucha, tengo que correr pero quiero que sepas que te extraño muchísimo y que te quiero mucho. ¿Me entiendes?"

"Te quiero mami."

"También te quiero, cariño. Voy a verte pronto."
Ella colgó.

Melissa colocó el auricular en el soporte. Pensó en sus hijas. Eran demasiado jóvenes todavía para entender por qué ella tenía que estar lejos. Sólo podía rezar para que no la culparan más adelante por dejarles tanto tiempo.

Le preocupaba que les sucediera algún daño y oraba a Dios todas las noches para que los mantuviera a salvo.

Llegó el primer coordinador.

Tenía trabajo que hacer.

El miércoles, Manny decidió aprovechar la atención que generó la amenaza del asesino en México y vincularla con sus sermones. Pensó que esta vez realmente despertaría a todos sus alumnos. Descartó la lección planeada, sobre la Doctrina Monroe, y la reestructuró en torno a la Ley de Chapultepec.

"¿Quién puede decirme por qué se eligió Chapultepec como sede para esta cumbre?", preguntó.

"Porque es un lugar lindo", dijo Crissy. Todos rieron. "Bueno, esa es una buena razón. Dame otro".

Los rostros jóvenes miraron a su alrededor, desconcertados.

"Pensé que la clase de hoy iba a ser en la Doctrina Monroe", se quejó Ken. Siempre estaba quejándose.

"Esta Cumbre está ligada a eso".

Silencio.

"¿Nadie lo sabe?" Silencio.

"Vamos muchachos. Se supone que son estudiantes de posgrado. ¿Ha cometido un error la universidad?"

Eso dolió. Inmediatamente se levantaron dos manos. "Cuéntanos, Charlie".

"Fue el lugar donde se firmó el Acta de Chapultepec en 1945".

"Muy bien", dijo Manny, y señaló a Amanda, que ya había bajado la mano.

"Amanda, ¿cuál fue el origen de tal acto?"

"Surgió de la Conferencia Interamericana sobre Problemas de Guerra y paz."

"Bien. Keith, ¿cuál fue la declaración principal del Acta de Chapultepec?"

"¿Oh? Ah, sí, que ningún país americano podría ser atacado por un ejército no americano".

"Sin...?"

"Sin represalias inmediatas por parte de todos los demás países americanos. Básicamente significa que si un país americano es invadido por otro, todos intervendrían para defender ese país."

Como los tres mosqueteros. Uno para todos y todos para uno."

"Muy bien. ¿Alguien sabe qué concepto dio origen a tal conferencia y tal acuerdo?"

Silencio.

"Les doy una pista: la conferencia de Chapultepec fue con más de cien años de retraso. Las ideas detrás de esto son muy antiguas".

Silencio.

"Bueno. La conferencia de 1945 nació del concepto de panamericanismo. El propio panamericanismo nació de las guerras de independencia libradas por los países americanos contra las potencias europeas. Estas guerras dieron a los países americanos una sensación de un propósito compartido.

"Originalmente, el panamericanismo fue concebido por Simón Bolívar y su noción de Patria Grande. En aquella época, Bolívar era el hombre más poderoso de todo el continente. Fue presidente de la Gran Colombia, que como saben estaba formada por los países que hoy reconocemos como Colombia, Venezuela, Ecuador y Panamá.

"Bolívar también controló Perú y creó Bolivia.

"Aunque intentó unir fuerzas con el otro gran libertador, el argentino José de San Martín, su encuentro fracasó. Nadie sabe por qué.

"Tal vez no se caían bien", dijo Crissy.

"Tal vez. Es uno de esos misterios por los que los historiadores de América Latina se han peleado durante los últimos ciento cincuenta años. Sea como fuere, Simón Bolívar persiguió su sueño por su cuenta hasta que celebró la primera Conferencia Panamericana en 1826. Pero la conferencia no logró ningún resultado. Sin embargo, tuvo uno de los primeros partidarios en Henry Clay, el Secretario de Estado de los Estados Unidos. Escribió los principios prácticos de una comunidad panamericana y pudo conseguir la aprobación del Congreso para la participación de Estados Unidos en ella".

Manny hizo una pausa para aquellos de sus estudiantes que no tenían grabadoras encendidas. Cada día eran menos, pero aún así tenía que dejar tiempo para aquellos que realmente escribían sus notas.

"Mientras Bolívar imaginó una especie de gran país único compuesto por todos los países de habla hispana del hemisferio occidental, Henry Clay concibió el panamericanismo como un movimiento

hacia la cooperación comercial, social, económica, militar y política entre todas las repúblicas del norte, centro y sur. America. Lo que ahora llamamos Acuerdos de Zona Franca. Fue un movimiento lógico de cooperación entre aquellos países que compartían un terreno común. El terreno común, principalmente, está en este lado del Atlántico".

Hubo algunas risas dispersas.

"La primera cumbre panamericana bajo el auspicio del gobierno de Estados Unidos se celebró en Washington en 1889. La segunda en la Ciudad de México en 1901. Durante muchos años había sido descarrilada por otro concepto muy relacionado con ella, conocido como Doctrina Monroe."

"Ahora lo entiendo", dijo Ken.

"Ya que lo haces, cuéntanos cuándo nació la Doctrina Monroe".

"En 1823. El dos de diciembre, para ser precisos".

"¿Le pusieron el nombre de quién?"

"Después del presidente James Monroe".

"Karen, ¿cuál fue el principio fundamental de la

Doctrina Monroe?"

"Bueno, básicamente describía al resto de los países del hemisferio como protectorados de Estados Unidos".

'No exactamente, pero ese fue el resultado práctico. lo que me queda por decir es qué principios tenía".

'Decía que los países americanos no debían ser considerados como presa para ser colonizada por los europeos".

"Ken, ¿cuál era el temor del gobierno de Estados Unidos en ese momento?"

'Que la Santa Alianza buscara conquistar nuevamente todos los países latinoamericanos".

'¿Qué era la Santa Alianza?"

"Un grupo de países europeos".

'¿Quién estaba en ese grupo?"

Silencio.

'Está bien, quiero que busques eso para la próxima clase. Ahora bien, la reacción a la Doctrina Monroe en los países latinoamericanos fue favorable al principio. Pero luego empezaron a

verlo como una excusa para las tendencias imperialistas en Estados Unidos. ¿Quién puede darme algunos ejemplos de estas tendencias?"

"Yo puedo", dijo Larry, "las intervenciones militares de Estados Unidos en Colombia, Panamá, Cuba, Haití, República Dominicana, Nicaragua y México".

"Eso es correcto. La Doctrina Monroe se volvió abiertamente imperialista bajo Theodore Roosevelt, quien añadió sus propias ideas a la Doctrina. En el Corolario de Roosevelt afirmó que Estados Unidos tenía derecho a sofocar cualquier revolución en América Latina, porque de lo contrario los disturbios invitarían a las invasiones europeas. Ésta fue la excusa para muchas intervenciones militares de Estados Unidos".

"Así que a principios del siglo XX, la Doctrina Monroe prácticamente había acabado con el panamericanismo. Entonces, de repente, las cosas cambiaron cuando otro Roosevelt llegó a la presidencia.

"Franklin D. Roosevelt mató la Doctrina Monroe y la cambió por la política del 'Buen Vecino', que en realidad fue un nuevo enfoque del panamericanismo".

'Desde entonces el concepto de panamericanismo —ahora transformado en los acuerdos de zonas francas— ha sido abanderado por todos los presidentes estadounidenses de la última parte del siglo XX. En 1948 el panamericanismo finalmente dio origen a la Organización de Estados Americanos".

Manny se detuvo allí mismo para tener suficiente tiempo antes de que terminara la clase para resolver todas las preguntas que sus alumnos seguramente tendrían. Y tenía razón, porque diez segundos después se levantó la primera mano al fondo de la sala.

Carmen había tomado una decisión trascendental. Fue una decisión que cambiaría su vida para siempre.

Cuando terminó de escribir su artículo con la información que recibió de los guerrilleros, tuvo claro que no podía esperar hasta el fin de semana en que se imprimiría la revista.

Así que esa misma noche tomó su bolso, le pidió a su hermano que la acompañara y llevó el artículo al escritorio del editor nocturno de Reforma.

Ella se identificó, le habló de su premio de periodismo y de la información que había recibido. Luego le ofreció el artículo. Lo leyó rápidamente y él mismo tomó otra gran decisión. No sólo tomó el artículo; decidió convertirlo en el titular del periódico al día siguiente. Literalmente detuvo las imprentas, algo que siempre había soñado hacer, e hizo los cambios.

Carmen no esperaba que su artículo tuviera el efecto que tuvo. Todavía dormía cuando empezó a

recibir llamadas. Había pasado sólo una hora desde que salió el periódico.

Corrió a la avenida más cercana a comprar la Reforma. Debido a que el periódico se había negado a ceder a las demandas del sindicato que controlaba los quioscos, el periódico fue distribuido por vendedores a medio tiempo que deambulaban por las calles de la Ciudad de México. Tuvo problemas para encontrar uno, pero cuando vio su nombre en la portada casi lloró. Los compró todos y se los llevó a casa.

Fue una sensación increíble ver su trabajo expuesto así.

GUERRILLA NIEGA ACUSACIÓN

por Carmen Nuñez

En un hecho sorprendente, el Comando General del EPLN (Ejército Popular de Liberación Nacional), negó hoy la acusación hecha por el Fiscal General sobre su participación en un complot de magnicidio dirigido a asesinar al Presidente de los Estados Unidos durante su visita a México.

Anoche una mujer entregó la siguiente carta a esta periodista: (aquí el periódico incluía el texto de la carta, menos las referencias personales que hacía sobre Carmen)

El EPLN siempre ha sido el más misterioso de todos los grupos guerrilleros que luchan en México.

Hasta hoy, siempre han rechazado cualquier solicitud de entrevista, y se han negado a aceptar o participar en cualquier tipo de publicidad, en un sorprendente contraste con los otros grupos guerrilleros que desde hace mucho tiempo luchan entre sí para ver quién puede acaparar más titulares, o atención pública.

Se sabe que el EPLN apareció por primera vez en el sureste de México justo después de Julio Luna.

Gutiérrez, entonces gobernador de Quintana Roo, fue acusado de haber robado cientos de millones de pesos a los ciudadanos de su estado mediante una operación financiera que controlaba a través de un primo tercero lejano. La operación fue descrita como una sofisticada estafa piramidal. También fue acusado de haber distribuido a niños en las escuelas leche contaminada que una empresa de su hermano compraba por centavos y vendía al gobierno por pesos. Después de que el gobierno federal se negó a actuar legalmente contra el gobernador, a pesar de que ciudadanos enfurecidos entregaron las facturas y los documentos que parecían probar la participación del gobernador en esos crímenes, el EPLN tomó las armas y voló la residencia del gobernador después de evacuarla. Hasta ahora, sus acciones se han dirigido únicamente a la destrucción de objetivos. Ni siquiera esto se sabe con certeza, porque el EPLN nunca ha publicado un comunicado o un manifiesto hasta hoy.

El Presidente Conover llegará mañana a México,

para participar en la Segunda Cumbre de las Américas, Cumbre celebrada por primera vez hace siete años en Miami, Florida. El lunes, el Fiscal General anunció que existe un plan para matar al presidente Conover y que el asesino era miembro del EPLN.

Este anuncio parece haber sacado a la luz pública al EPLN por primera vez.

Eso fue todo. ¡El editor sólo había cambiado dos o tres palabras! Fue increíble la sensación de satisfacción por el deber cumplido.

La madre de Carmen sí lloró de orgullo y alegría.

Carmen fue a contestar el teléfono.

La embajada había reservado los cinco pisos superiores del Hotel Chapultepec. Melissa McDuffy envió equipos de sus hombres, a los que se unieron agentes de la CIA, para hacer radiografías en paredes y suelos. La embajada había elegido ese hotel porque estaba justo enfrente de Chapultepec, el enorme parque que proporcionaba la mayor parte del oxígeno a la ciudad. El parque era casi un bosque: cubría miles de kilómetros cuadrados dentro de la ciudad. Era como un océano verde golpeado en medio del cemento gris.

A Melissa le dijeron que se estaba representando una leyenda oscura. Básicamente, la leyenda decía que Chapultepec tenía una larga historia de ser malo para los jefes de estado nacionales y mortal para los extranjeros.

Chapultepec significaba, en náhuatl, "cerro del saltamontes". Originariamente se refería a una colina de cuarenta y cinco metros de altura que se elevaba en medio del parque. En la cima de esa

colina de piedra un emperador azteca, Itzcoátl, construyó en 1435 su casa de verano. Murió en 1440. Muchos años después, en 1785, el virrey español Bernardo de Gálvez construyó sobre las ruinas una casa de campo para él. El virrey había tenido una historia distinguida: había luchado contra los ingleses en Texas, Luisiana y Florida, y había conseguido la compra de Florida por parte de España después de la guerra. La ciudad de Galveston en Texas lleva su nombre. Aun así, la construcción del que luego se llamó Castillo de Chapultepec le trajo tantas críticas y disgustos por parte de la corona española, que murió de pena al año siguiente, en 1786. Posteriormente el parque se convirtió en jardín botánico y el propio Castillo en el Colegio Militar. Fue allí donde, en 1847, el ejército mexicano resistió hasta el final el avance de las fuerzas estadounidenses.

Los últimos jóvenes cadetes habían elegido morir luchando antes de entregar la bandera, eligiendo la muerte antes que la capitulación. Eran conocidos como los Niños Héroe y eran una de las imágenes más perdurables y queridas de México.

El Castillo revivió cuando otro emperador, el austriaco Maximiliano von Habsburgo, lo hizo

reconstruir en 1865 como su hogar durante su corto reinado de unos tres años en México. Dijo que le recordaba a su casa en Miramar. Fue fusilado por el ejército independentista de Benito Juárez en 1867.

El propio Benito Juárez había muerto cinco años después, en 1872.

Luego, el Castillo de Chapultepec se convirtió en la casa de verano del presidente Porfirio Díaz, quien fue expulsado de México en 1910 por el ejército revolucionario por las fuerzas encabezadas por Francisco I. Madero. Después de la revolución, el castillo fue el hogar de los presidentes del país, y uno tras otro tuvo que lidiar con revueltas, asesinatos y problemas incalculables.

Madero mismo había sido asesinado en 1913, Obregón en 1929. La mala suerte había cesado cuando el castillo dejó de ser residencia presidencial en 1937 tras un decreto del entonces presidente Lázaro Cárdenas que lo convirtió en museo.

Melissa no sólo esperaba que la oscura leyenda no se aplicara esta vez. Quería asegurarse de ello.

Cada hora del día recibía más información, y la Cuanta más información recibía, más segura se

sentía.

Con el apoyo incondicional de la policía mexicana y del general Roberto Gutiérrez, del Estado Mayor Presidencial, que era la rama del ejército encargada de cuidar al presidente mexicano —su propio equivalente—, siguió todas las pistas posibles.

Revisó y revisó todos y cada uno de los expedientes biográficos de las personas que fueron invitadas a las ceremonias a las que asistiría el presidente Conover.

Acompañó al general Gutiérrez y sus hombres en varias redadas contra posibles sospechosos, y fue testigo de la detención temporal de quienes, según la lista que le entregó el jefe de la Estación de la CIA en México, habían manifestado algún tipo de amenaza contra Estados Unidos.. Ella vio de primera mano el poder que tenía el ejército mexicano, pero no le sorprendió su mano dura porque había visto al FBI hacer lo mismo con sospechosos en Estados Unidos.

Los sospechosos eran detenidos durante uno o dos días y luego liberados.

Los mexicanos estaban haciendo lo mismo ahora. Los servicios de protección de todo el

mundo habían aprendido que en materia de seguridad presidencial es mejor pedir perdón que llegar tarde.

Sus equipos, mientras tanto, ensayaron el recorrido que seguiría la caravana presidencial por las calles de la Ciudad de México. Los agentes del servicio secreto querían tener un conocimiento directo de cada centímetro del camino que recorrería el convoy.

Aunque la limusina presidencial blindada había sido traída desde Washington —dos de ellas, de hecho—, para el ensayo los agentes utilizaron los coches estándar entregados a la Embajada. Su única marca distintiva eran las placas diplomáticas. Los agentes del servicio secreto no querían llamar la atención, por lo que no pidieron escolta policial. Todo el viaje fue filmado con dos cámaras con lentes gran angular y cronometrado. También iban a bordo cuatro analistas, cada uno de los cuales describía verbalmente las calles, los edificios y todas las posibles trampas.

Practicaron en cinco rutas diferentes, siendo la final y verdadera un secreto que sólo dos personas conocerían; el embajador y, en el último momento, el jefe del convoy.

Durante el ensayo, algunos de los agentes se

habían hecho pasar por los ejecutivos del gobierno estadounidense que vendrían a México con el presidente Conover, pero la lista iba cambiando y parecía crecer minuto a minuto. Esto a Melissa le pareció inquietante. Además del Presidente, la Primera Dama, el Secretario de Comercio, el Fiscal General y el Secretario de Estado se habían sumado al viaje.

Eran los miembros más importantes del contingente y Melissa había asignado a cada uno un escuadrón personal de ocho agentes del servicio secreto.

Ocho era el número necesario para crear un escudo protector en forma de diamante alrededor de la persona en cuestión: un agente adelante y otro detrás, luego dos más en el medio entre ellos y el objetivo, y uno a la izquierda y otro a la derecha. Esta había demostrado ser la formación más efectiva para manejar a cualquiera que intentara acercarse demasiado al objetivo.

Estos eran los escuadrones personales . Luego estaban los equipos que manejaban a los perros detectores de bombas que se movían entre la multitud. Luego estaban los francotiradores que cubrían los puntos altos. También había equipos que se aseguraban de que hubiera hospitales

cercanos capaces de atender cualquier emergencia. Estaban los equipos a cargo de los automóviles...

En total, más de mil agentes del servicio secreto trabajaban en el evento de México. Esa cifra era más de la mitad del número total que el Departamento del Tesoro contrató para el Servicio Secreto. Y, si Melissa los solicitaba, todos llegarían volando. Al menos, eso es lo que le había dicho su jefe.

Las calles aledañas al hotel donde el Presidente iba a dormir las dos noches de su estancia en México, estaban siendo patrulladas las veinticuatro horas del día por la policía mexicana y los Guardias Presidenciales. El gobierno mexicano había cumplido su promesa y en lugar de dos mil hombres había desplegado seis mil. No había un centímetro en un radio de tres millas alrededor del hotel que no fuera inspeccionado por alguien, a menudo cada hora. No hubo coche extraño que no fuera detenido e inspeccionado. No había un solo papel en el hotel sin ser revisado o sin abrir un paquete.

El hotel daba al parque y era el edificio más alto de la zona, por lo que era un frente menos del que preocuparse. La CIA instaló lectores de infrarrojos en satélites que, por la noche, les permitirían ver

todos los seres vivos del bosque. Así que no había ninguna posibilidad de que alguien se escondiera entre los árboles. Y si alguien lograba esquivar los detectores de infrarrojos, los perros manejados por la policía mexicana, las patrullas del ejército mexicano, y aun así lograba esconderse en el bosque, nadie podía dispararle a la suite presidencial: estaba a veinticinco pisos de altura.

Todos los trabajadores del hotel habían sido sometidos a una profunda verificación de antecedentes, al igual que todos los habitantes de las residencias alrededor del hotel. Cuando las barreras empezaron a levantarse, la gente expresó su enfado. Esto era de esperarse porque la zona detrás del hotel era una zona cara de la ciudad, donde vivía mucha gente muy importante. No apreciaban el hecho de que tenían que identificarse como cualquier hijo de vecindario para entrar o salir de sus casas u oficinas, y no les gustaban las barreras metálicas que tenían que atravesar, ni los perros husmeando alrededor de sus coches.

En ese sentido, la visita fue un desastre de relaciones públicas, pero Melissa no pudo hacer nada más que sentir pena y esperar que el inconveniente no fuera demasiado grande.

Todos y cada uno de los agentes portaban

microcámaras de vídeo.

Eran del tamaño de una tarjeta de crédito y contaban con la tecnología más avanzada del mundo. Saldrían al mercado en uno o dos años, pero la comunidad de inteligencia ya los había estado utilizando durante los últimos dos años. Las cámaras electrónicas no utilizan película: en su lugar convierten las imágenes capturadas en un flujo interminable de información binaria, que se transmite continuamente a un sistema de retransmisión de recopilación.

Las imágenes todavía eran un poco entrecortadas, pero Melissa podía ver su vista en cualquiera de la docena de monitores que tenía a su alrededor y ver instantáneamente lo que estaba pasando. Los agentes llevaban sus cámaras como etiquetas de identificación en sus trajes.

Todas las mañanas a las nueve y media, se reunía con su jefe en Washington en una videoconferencia que le permitía revisar el trabajo de Melissa. El jueves por la mañana, un día antes de la llegada del presidente, hubo una excepción.

Esa mañana, Manny había cumplido con su ritual diario de hojear los periódicos mexicanos, cuando algo llamó su atención.

Era un artículo escrito por Carmen Núñez. Era una escritora nueva que Manny había empezado a leer y la encontraba refrescante. No le sorprendió mucho encontrar su artículo publicado en el periódico Reforma . Su talento era tan obvio que era sólo cuestión de tiempo que alguien se fijara en ella. Normalmente, Manny encontraba entretenidos sus artículos.

Hoy encontró su información crucial.

Inmediatamente llamó a la agente Melissa McDuffy. "¿Leíste el periódico hoy?", le preguntó muy emocionado.

"¿Sobre el negacionista de la guerrilla? Sí, pero no creo que merezca la pena, Manny. A menos que hayas llamado para regodearte y frotar tu análisis", dijo, bastante desanimada por la vitalidad de su voz.

"No, no, no entiendes el punto. ¿Tienes el artículo a mano? Puedo enviártelo por correo electrónico ahora mismo si no lo haces".

"No hay necesidad. Lo tengo y puedo recuperarlo en un segundo".

"Tráelo y léelo de nuevo. Con cuidado."

"¿Es esto importante? Porque estoy muy ocupada. El presidente llegará aquí mañana, ¿sabes?"

"Por supuesto que es. No te habría llamado de otra manera", dijo Manny, ofendido. Ahora se estaba irritando.

"Bueno. Espera un momento."

Ella decidió echar un vistazo. Congeló la imagen de Manny en su pantalla y abrió un nuevo cuadrado. Tres clics del ratón y estaba leyendo el artículo de Carmen Núñez de esa mañana.

Lo leyó dos veces antes de volver con Manny.

"No entiendo su punto de vista."

"¿Lo estás leyendo?"

"Sí, y si divides la pantalla también podrás verlo".

"No importa. Lee la parte sobre la frontera".

"Contrabando, droga, mil kilos de cocaína en un bote de aluminio contenedor, guerra de exterminio...bla, bla...

"Si no lo ves, entonces me equivoco y te pido perdón por molestarte", dijo con sarcasmo.

"Será mejor que empieces a disculparte... ¡espera! El contenedor de aluminio... ¿Quién escondería mil kilos de cocaína en un contenedor de aluminio?"

"¡Exacto!"

"Manny, ¿estás pensando que esto podría ser...?"

"Sí. Ahí está. Tiene que serlo. Probablemente tu bomba esta dentro de ese contenedor".

Federico no perdió el tiempo. Después de obtener la concesión para encargarse de la distribución de gasolina en su estado, descubrió que la mejor manera de ganar dinero en México era repartirlo. El sistema político era como un club gigante donde los amigos se reunían para intercambiar favores y poder. Como en cualquier grupo, todo lo que se necesitaba era una recomendación de alguien de dentro.

Su suegro.

El general no sólo le explicó el mecanismo del partido, sino que le mostró cómo utilizarlo mejor. El General solía decir, cuando correspondía: "Tú me rascas la espalda, yo te rasco la tuya". De esos comentarios, dichos e interminables conversaciones que Federico mantuvo con su suegro, aprendió que todo el sistema se basaba en la convencionalidad de los favores personales. Tener un amigo en el gobierno significaba cualquier cosa, desde tener cierta influencia hasta corrupción absoluta.

Federico sabía que tenía el dinero necesario para hacer cualquier cantidad de favores. De hecho, tenía tanto dinero que estaba seguro de que muy pocos hombres en México podrían competir contra él. La cuenta en Suiza había seguido creciendo durante los 15 años que permaneció intacta, y cuando Federico empezó a utilizarla para sus propios objetivos, ya había cerca de mil millones de dólares.

Federico aprendió que el dinero genera dinero. En pocos años había podido multiplicar esa cantidad por diez, porque se convirtió en un maestro del juego en el sistema político mexicano. Sus mañanas las dedicaba a recorrer los restaurantes donde se encontraban los políticos que se reunían para intercambiar información. Siempre era el más rápido para sacar la cartera cuando llegaba la cuenta. Nadie recordaba haberlo visto nunca sin pagar la cuenta, por lo que muy pronto su nombre fue pronunciado con alegría y cariño. Solía salir de una reunión sólo después de preguntar muy cortésmente si podía hacer algo por los políticos más poderosos.

Para aumentar el efecto de su generosidad, Federico comenzó a formar su propio ejército de periodistas. Reconoció la importancia de obtener

buenos textos, por lo que se propuso ser extremadamente generoso con los periodistas. En la más célebre de sus acciones, se enteró de que la madre de un reportero necesitaba una operación de emergencia y corrió en su ayuda; no sólo pagó los gastos del hospital, sino que también le dio un automóvil al periodista para que pudiera llevar a su madre al hospital cómodamente. Insistió en la confidencialidad de sus acciones, pero confidencialidad y periodismo son una contradicción en los términos, por lo que pronto todo México murmuraba sobre este nuevo político de tan gran corazón.

Después de eso, las cosas empezaron a suceder rápidamente.

Primero lo nominaron diputado, pero él no lo vio con buenos ojos y le ofrecieron el senado. En ese momento, ser nominado para un cargo en México significaba automáticamente recibirlo. La votación fue una mera formalidad ya que todos los candidatos pertenecían al mismo partido. Aunque de vez en cuando había un candidato de la oposición, fueron aplastados por el número y el poder del partido principal. Así, en unos pocos años, Federico se abrió camino por el Senado, el Ministerio de Minas y la gobernación de su estado,

mientras alimentaba sus ambiciones para la presidencia. Su grupo de amigos crecía, o eso parecía, exponencialmente día tras día.

Lo más cerca que estuvo de convertirse en Presidente de México fue cuando, durante el gobierno del Presidente López Portillo como Ministro de Agricultura, el presidente le dijo en el más absoluto secreto —un susurro al oído después de una reunión de gabinete— que estaba considerando cambiar la ley que prohibía a los hijos de extranjeros aspirar al cargo más alto. Eso, y la mirada que recibió Federico del presidente, significaban sólo una cosa: él era el Elegido.

Luego, los rumores de los columnistas en periódicos y revistas celebraban de antemano la elección del presidente López Portillo. La reacción fue tan favorable, que efectivamente la Presidencia habría sido suya. Excepto que fue entonces cuando Federico cometió el error más grave de su vida.

Todo empezó de forma bastante inocente. Como es habitual en las reuniones celebradas en los lujosos restaurantes durante el desayuno, un amigo suyo le preguntó su opinión sobre el tipo de cambio.

"¿Qué opinas del peso?", preguntó su amigo mientras tomaba un café.

Históricamente, el tipo de cambio del peso frente al dólar había sido fijado por el gobierno mexicano como una forma de controlar la inflación interna del país. Aunque las corridas del peso cada pocos años demostraron lo inalcanzable que era esta política, el gobierno insistió en hacer cumplir una tasa oficial de paridad. Cuando su amigo le pidió consejo sobre el cambio, lo que quiso decir fue "¿Debo mantener mi dinero en pesos o debo convertirlo en dólares?", que realmente era la pregunta que se hacía la mayoría de las personas con dinero en México. En ese momento, en lugar de responder como el político astuto en el que se había convertido, Federico dijo sin vigilancia:

"No creo que vaya a aguantar", dijo. Eso fue todo.

Esas siete palabras pronunciadas por el hombre que los rumores consideraban el Ungido, El Sucesor Elegido, el Tapado , como llamaban al candidato oficial en México, terminaron provocando una corrida sobre el peso tan furiosa y llena de pánico que el presidente López Portillo terminó siendo obligado a nacionalizar los bancos como medida desesperada para detener la

hemorragia.

Como el propio Federico no había sacado su dinero en ese momento aunque sus empresas habían estado comprando dólares todo el tiempo— el presidente no podía acusarlo de nada. Pero se hizo bien conocido quién era la fuente del pánico cambista, y para todos los efectos prácticos su sueño de convertirse en Presidente de México se había acabado.

Las dos cosas que realmente había deseado en la vida le habían sido arrebatadas por el mismo país. Una vez a causa de la guerra.

Esta vez por el poder del dólar.

Esto reactivó su odio hacia los Estados Unidos y lo consumió tanto, que a partir de ese momento Federico vivió sólo con un propósito. Para crearle dolor a su enemigo.

La Ciudad de México ya tenía 200 años cuando llegó desde Veracruz el grupo español de 500 forajidos al mando de Hernán Cortés, liderados por tribus descontentas con el imperio azteca.

La historia anterior de la ciudad proviene de una tradición muy antigua que decía que Tenochtitlán, la ciudad azteca más antigua construida en el mismo lugar que ahora ocupaba la ciudad de México, había sido fundada en 1325 por guerreros errantes que, siguiendo el consejo de los videntes, comenzaron a construir la ciudad en el lugar donde vieran un águila devorando una serpiente. El hecho de que habían encontrado un águila así parada sobre un cactus en medio de un lago no los desconcertó. El hecho de que ya hubiera otras personas viviendo allí tampoco les molestaba.

Los guerreros errantes eran los aztecas.

El lago era uno de los varios que regaban la tierra en un valle de extraordinaria belleza rodeado por un cordón de montañas de origen volcánico en

forma de corona de reina. En el centro de este valle, rodeado por las ricas tierras forestales de Chapultepec, Tacuba, Toluca, Puebla y Tlalpan, se construyó Tenochtitlán.

Los tenochca-meshicas construyeron canales para moverse dentro y fuera de la ciudad, con pequeños descansos hasta las casas. La mayoría de las calles eran así, con algunas calles de tierra en las ensenadas. Aun así, cuando llegó Cortés, Tenochtitlán ya contaba con unos quinientos mil habitantes.

Cuando terminó la conquista, la ciudad había quedado totalmente destruida. El asedio duró de mayo a agosto de 1521, y Cortés estuvo muchas veces a punto de perder su vida y la de sus hombres. Sin embargo, los historiadores de todo el mundo nunca pudieron entender realmente cómo había sido posible que menos de quinientos españoles y sus miles de aliados indígenas, que habían echado a perder sus medios de escape, hubieran logrado ganar una guerra contra un vasto imperio guerrero azteca que se extendía desde la parte norte de México, hasta llegar a Guatemala. Cuando Cortés decidió construir lo que hoy es la Ciudad de México sobre las ruinas de Tenochtitlán, no tenía forma de saber que quinientos años

después, en el año dos mil, la misma ciudad sería la metrópoli más poblada del mundo con casi veinticinco millones de personas abandonan y respiran el antiguo y magnífico valle. Sus lagos se secaron hace mucho tiempo, por lo que la ciudad era un lugar difícil para vivir.

A principios del siglo XXI, una cuarta parte de la población de México vivía solamente en la Ciudad de México. La antigua Tenochtitlán, fundada setecientos años antes, se había convertido en un monstruo de terribles proporciones.

Melissa agradeció a Dios que tenía que lidiar con ese enorme monstruo sólo por unos días más. Para establecer los parámetros de seguridad para el presidente Conover, ella y sus colegas de Guardias Presidenciales, el Servicio Secreto mexicano, acordaron restringir todos los actos políticos a una zona de la ciudad.

Esta zona básica era alrededor del Parque Chapultepec. El área tenía muchas ventajas; primero, la casa presidencial estaba cerca del hotel donde dormiría Conover. Los Pinos, el hermoso enclave del presidente mexicano en el lado occidental del Parque Chapultepec, estaba a tres minutos de distancia. Entonces, el enorme Auditorio con capacidad para diez mil personas,

remodelado para la Cumbre de las Américas donde los mexicanos celebrarían las sesiones con sus vecinos continentales, estaba básicamente enfrente de la Avenida Reforma. En la misma avenida, a diez minutos hacia el centro, estaba la Embajada de Estados Unidos, donde el presidente Conover realizaría una pequeña fiesta para la gente de la Embajada. La gente de la representación diplomática de Estados Unidos no lo perdonaría fácilmente si no se presentara para agradecerles personalmente. Al presidente Conover no le gustaba olvidar ese tipo de detalles.

Por segundo día, luego de los discursos y firmas de acuerdos en el Auditorio, —discursos y acuerdos redactados y aprobados con meses de anticipación—, los presidentes y primeros ministros visitarían dos de los tantos museos convenientemente ubicados, nuevamente, en el Parque Chapultepec: el Museo de Antropología, que Melissa sabía que era maravilloso pero aún no lo había visto, y el Museo del Castillo de Chapultepec, que contaba la historia del pueblo mexicano.

Aún así, no había problema.

El único problema real que Melissa vio, desde el

punto de vista de seguridad, fue el acto que se realizaría la última noche en el Palacio de Bellas Artes. Este edificio era el lugar más lejano al que tendría que viajar el presidente en sus limusinas blindadas.

El Palacio de Bellas Artes estaba situado en la esquina de la Avenida Juárez y la Avenida Lázaro Cárdenas, frente al Banco de México y a media milla del Zócalo, la enorme explanada que era el centro literal desde el cual se medían todas las carreteras de México. La construcción del Palacio de Bellas Artes había llevado más de treinta años, desde marzo de 1904, hasta septiembre de 1934. Y aunque era una impresionante obra de arte, su construcción tomó tanto tiempo debido a un problema externo: la revolución de 1910 que interrumpió las obras durante muchos años.

El Palacio de Bellas Artes, como todo en la Ciudad de México, había sido construido encima de otra cosa. En este caso, el antiguo Gran Teatro Nacional. El arquitecto italiano Adamo Boari presentó sus planes para derribar el antiguo y reconstruir el nuevo teatro, con un presupuesto de 4.200.000 pesos. El gobierno estuvo de acuerdo y se eligió a Milliken Bros., una empresa de fundaciones de Nueva York, para iniciar las obras.

La misma empresa construyó el esqueleto metálico hasta 1906. Más artistas italianos y españoles trabajaron en la fachada y los monumentos, y se contrató a la Compañía Tiffany para construir una espectacular cortina de cristal, armada como un rompecabezas con más de un millón de cristales de colores opalescentes que representan el Valle de México y los dos más famosos de sus volcanes: el Popocatépetl y el Ixtlazihuátl. Después de la revolución, el teatro fue modificado y completado por el arquitecto mexicano Federico Mariscal. En la inauguración del Palacio, en 1934, la obra de Ruíz de Alarcón *La Verdad Sospechosa* fue representada.

La última noche de la Cumbre, en una actuación especial para los gobiernos de las Américas, el famoso tenor Plácido Domingo cantaría un repertorio especial; había elegido esa noche para anunciar su retiro como uno de los mejores cantantes del bell canto. Aunque había nacido en España y tenía ciudadanía española, Plácido Domingo creció en México, había descubierto su virtuosismo en el canto en el Palacio de las Bellas Artes y muchas veces había dicho que quería ser reconocido como un cantante mexicano. Consideró apropiado retirarse en el mismo lugar donde había iniciado su brillante carrera profesional.

Melissa estuvo de acuerdo en que era apropiado y sabía que iba a ser una noche gloriosa para todos los que tuvieron la suerte de estar allí.

Ella estaría allí, seguro. Trabajando, pero ahí.

Aunque esperaba con ansias el espectáculo (se había reconciliado con el hecho de que, como buena estadounidense, era una fanática de los buenos espectáculos), la logística de trasladar al presidente Conover y su grupo de VIP hasta el teatro no era lo suficientemente apetecible en absoluto.

El Palacio de Bellas Artes se encontraba en la esquina de una de las calles más transitadas de toda la ciudad. Esto dificultaba el control de personas y automóviles alrededor del teatro. Estaba frente a la Torre Latinoamericana, que era uno de los edificios más altos de toda la ciudad, y tenía sesenta pisos con cientos de oficinas y miles de ventanas desde las cuales un francotirador podía disparar. Y ese era sólo uno de los edificios. El teatro en sí no tenía entrada subterránea; todos tenían que pasar por la misma hermosa fachada hecha con mármol de Carrara. El acceso al interior y al exterior era demasiado abierto y ancho, e incluso la forma en que las escaleras al segundo piso se curvaban dentro del pasillo ponía nerviosa

a Melissa.

Esa fue la única parte de todo el viaje en la que Melissa McDuffy estaba preocupada. Realmente preocupada.

"¡Maldita perra! ¿Quién te crees que eres?", dijo la voz.

"¿Qué?! ¿Quién es?"

"Eres una perra estúpida y si no lo ves te arrepentirás. Esta es la primera advertencia", siseó la voz al otro lado de la línea. Carmen se sobresaltó tanto que se quedó helada. La voz en línea y las palabras que decía tenían una innegable cualidad maligna.

"¿Por qué me dices esto?", Dijo antes de escuchar el clic al otro lado de la Carmen sintió que sus piernas se debilitaban.

Colgó el inalámbrico y miró a su madre en silencio.

Ella decidió no mencionarlo. No quería que su madre se preocupara. Especialmente en un día como este.

"¿Quién fue?"

"No sé. Creo que era un número equivocado",

dijo Carmen aun cuando sentía escuchar un corazón latiendo rápidamente dentro de su pecho. Su madre, embelesada por su orgullo y alegría, no notó la preocupación en los ojos de Carmen.

"Tu tío Jorge llamó esta mañana. Quería felicitarte. Fue gracioso, porque primero preguntó tu nombre completo, y luego dijo que había una mujer escribiendo con ese nombre en el periódico. Cuando le dije que eras tú, no lo podía creer".

"A mi tío le gusta hacerse el tonto, porque sabe muy bien que Soy un periodista."

"Bueno, sí, pero lo conoces. Se enferma incluso con alimentos que aún no ha comido".

Carmen se rió de la expresión de su madre. Ella siempre hablaba así, usando viejos dichos mexicanos, fueran aplicables o no.

El teléfono volvió a sonar.

Carmen dudó un segundo antes de responder. Si era la misma persona, se dijo a sí misma, ella iba a responder claramente esta vez.

"¿Quién es?"

"¡Felicidades, preciosa! Ya vi el artículo hoy en Reforma", dijo Rubén, uno de sus novios. Era un joven abogado que recién terminaba su doctorado

en derecho. Era el joven socio más brillante de un pequeño bufete de abogados a quien había conocido cuando lo entrevistó para la revista sobre la historia que escribió sobre el estancamiento judicial. Habían empezado a salir poco después de que él la llamara para agradecerle su objetividad al escribir la historia.

"Gracias, corazón. Te gustó?"

"¿Qué no te puede gustar? Creo que está claro que esa gente, sea quien sea, está tratando de taparse el pellejo", dijo Rubén, que era un joven extremadamente conservador. Su pasión por el derecho como forma abstracta lo llevó a defender el *establishment* jurídico incluso en los casos en los que había demostrado estar muy equivocado.

"Tal vez. Pero el punto que están planteando sobre la amenaza es interesante, ¿no crees? ¿Que el gobierno está creando una falsa amenaza como excusa para sacar los tanques a las calles?"

"Creo que en esto estoy de acuerdo con lo que dijo mi hombre Fidel Velázquez hace unos años, antes de morir. ¿Recuerdas? Deberíamos fusilarlos a todos.", dijo Rubén, e imitó el discurso arrastrado del viejo dirigente sindical fallecido en 1997.

"Lo sé, lo sé, te gustaría tener el poder en manos

de los soldados".

"Absolutamente. Al menos traerían paz y orden a este país. Sin el estado de derecho y el orden, México nunca se convertirá en un país del primer mundo".

"Traerían el gobierno de la muerte".

"Mejor que el desorden de anarquía en el que estamos cayendo".

"¿Dice quién?"

"Digo yo. De todos modos, tengo que irme. Tengo una cita en la corte en cinco minutos. ¿Qué tal una cenita esta noche? Entonces podríamos terminar esta conversación y te demostraré lo equivocada que estás".

"Suena bien. Llámame después."

"Está bien", dijo y se fue.

A Carmen le encantaba discutir con él porque tenía una posición política tan extrema que le resultaba divertido. Su gracia salvadora era, por supuesto, que no se tomaba a sí mismo en serio. De lo contrario sería insoportable.

Regresó a su habitación y abrió su armario, tratando de decidir qué ponerse. Esta mañana era especial y quería lucir especial. Pero cinco minutos

después estaba deprimida. Toda su ropa se estaba volviendo demasiado vieja y gastada. Con el ridículo salario que le pagaban en la revista, no había podido comprarse más que alguna que otra blusa y zapatos.

Recordó el dinero debajo de su colchón y se sintió tentada de agarrar los billetes y salir a comprarse un guardarropa completo.

Soñó despierta con todas las combinaciones y blusas y zapatos y faldas y pantalones y shorts a juego y trajes Channel y vestidos y abrigos y más vestidos y faldas y blusas y trajes Channel... los vio desbordar su armario y se vio probándolos todos, uno por uno, hasta que su cabeza dio vueltas.

El teléfono la despertó y la devolvió a la realidad.

"¿Bueno?", dijo.

"¿Quién es?"

"¿Con quién quieres hablar?", preguntó ella a cambio, aunque abía reconocido la voz inmediatamente.

"¿Esta es Carmen?"

"¿Quién es?", preguntó, prolongando el juego.

"Este es el señor Jacinto Mateos, su jefe en la revista", dijo con tanta importancia que a ella le dieron ganas de reír. Pero no lo hizo, por supuesto.

"Don Jacinto, ¿cómo está? Habla Carmen".

"Bien, Carmencita, bien. Sólo quería que supieras que leí tu artículo en el periódico".

"Sí, señor."

"No estoy enojado contigo, pero deberías haberme dicho que también escribías para ellos".

No lo hago, casi gritó Carmen, pero sólo dijo "Sí, señor".

"¿Cuándo empezó esto?"

"Esta vez."

"¿Quieres decir que es el primer artículo tuyo que han publicado?"

"Sí, señor."

"¿Por qué no me lo trajiste?"

Porque me pagas una miseria, quiso decir. En cambio, ella dijo;

"Porque el EPLN me envió la información con la indicación expresa de que tenía que ser publicada por un periódico".

"Veo. Bueno esta bien. ¿A qué hora traerás tu artículo para la revista?"

"Antes de las cinco, como siempre".

"Recuérdamelo, por favor. ¿Cuál fue tu tarea?"

"La entrevista al Senador González sobre los diálogos de paz en Chiapas. ¿Recuerda?"

"¿Lo tienes listo?"

"Casi", dijo. La entrevista estaba prevista a las doce.

"¿Por qué no escribes mejor una continuación de tu artículo en Reforma?" dijo su editor.

Carmen no había pensado en eso. Pero ahora que lo mencionó, parecía una sugerencia perfectamente razonable.

"¿Puedo?"

"Por supuesto que puedes. Deberías."

"Quizás lo haga."

"Nos vemos luego", dijo colgando.

"Gracias", dijo al espacio vacío.

A ella no le agradaba el hombre.

Su jefe, Jacinto Mateos, era el propietario, editor, redactor jefe y experto en todos los oficios

de la revista para la que trabajaba. Como tenía treinta años de experiencia en el negocio, podía manejar todo y cualquier cosa en el terreno periodístico. El problema fue que lo hacía de una manera tan chapucera. Pagaba salarios bajos porque sabía que la mayoría de los reporteros que trabajaban para la revista recibían dinero de una o varias fuentes, y no sólo no le importaba; esperaba su parte. Decía que era justo, ya que funcionaba en ambos sentidos. En publicidad, por ejemplo, cada periodista que contratara a un cliente que pagara por un anuncio a todo color recibiría una comisión del 15%. De la misma manera, si el mismo reportero traía un artículo atacando a algún político en particular, Don Jacinto sabía que ese reportero había sido pagado por los enemigos de ese político por lo que esperaba su comisión del 15%. Si el mismo reportero quisiera ser asignado a la Presidencia, por ejemplo, donde los viajes nacionales e internacionales acompañando al Presidente de México eran abundantes, gratuitos y siempre había un sobre con dinero entregado al final de cada viaje —práctica llamada chayote— el reportero luego compraría el encargo a don Jacinto y compartiría con él el chayote. Si otro periodista tuviera grandes contactos en la PGR, por ejemplo, podría hacer una fortuna bastante cómoda

intercambiando información entre traficantes de drogas y policías.

Y si eras una persona rica o importante y querías que tu nombre apareciera en una columna de sociedad, la mera mención de tu nombre tenía un precio. Si querías cumplidos tenía un precio mayor, claro.

Había periodistas en México que incluso tenían yates y aviones privados. Dos o tres de los más famosos ganaron tanto dinero que incluso compraron su puesto como miembros de las juntas directivas de muchas corporaciones. Uno había sido expuesto como cómplice de los negocios criminales de los hermanos del expresidente Carlos Salinas de Gortari.

Hasta el momento don Jacinto no le había pedido dinero porque él no sabía que ella había recibido ninguno.

Ella planeaba mantenerlo así. Regresó a su guardarropa.

Después de mucha insatisfacción, se decidió por una cálida falda azul oscuro, una blusa blanca y un suéter amarillo abierto. La combinación de colores fue espectacular y la hizo parecer aún más joven. Parecía una chica universitaria. A ella le gustó eso.

Mientras se vestía, recibió tres llamadas telefónicas más de novios y aspirantes a novio. Quedaron más impresionados por su artículo publicado en un periódico tan importante, que por el premio que había recibido. Pensó que era extraño que un artículo en un periódico tuviera tanta resonancia entre las personas que normalmente despreciaban sus escritos. A muchos le faltaba algo. De todos modos, con tantas llamadas entrando a su casa, decidió escribir la continuación en la revista. De lo contrario, no podría concentrarse.

Luego ella salió.

Acudió a la entrevista de las doce con el senador, quien la trató de manera muy diferente. Ahora su deferencia era abrumadora y, en lugar de respuestas bruscas y mocosas, se mostraba paciente y amable con ella. Pudo terminar su entrevista en una hora y se fue con buena información sólida. Desde allí viajó en autobús hasta el antiguo edificio donde se editaba y publicaba la revista. Cuando llegó allí, descubrió que había dos mensajes urgentes esperándola. Los mensajes eran de Fernando del Campo, secretario de Prensa del Ministro del Interior.

Ella lo llamó a su línea directa.

"Hola Carmen, ¿cómo estás?", le dijo apenas ella se identificó. Su voz también cambió, de fría y aburrida a cálida e interesada. Ella pensó que él era muy bueno proyectando cuánto se preocupaba por ella. Si era mentira, no era importante. Lo que importaba era el detalle.

"Bien, gracias. ¿Qué hay de ti?"

"Oh, ocupado, como siempre. Pero feliz por ti".

"¿Para mí? ¿Por qué?"

"Leí tu artículo en Reforma. Esa fue una buena primicia".

"Gracias."

"No me dijiste que tenías tan buena relación con el EPLN".

"No la tengo. Me enviaron la carta, tal como dice en el artículo".

"¿En realidad?"

"En realidad."

"Inesperadamente."

"Inesperadamente."

"Así."

"Así."

"Interesante. Sabes que la mayoría de los periodistas en México se mueren por tener una entrevista con ellos".

"Lo sé."

"Y te enviaron el comunicado. De gratis".

"Eso es correcto."

"Interesante."

Hubo un largo silencio que Carmen no se molestó en romper.

"Carmen, ¿puedo pedirte un favor?", preguntó finalmente Fernando.

"¿Qué es?"

"La próxima vez que recibas algo de ellos, ¿me lo harías saber?"

"¡Por supuesto que no!"

"No me malinterpretes. Quiero ayudarte, ya ves. Si sigues recibiendo comunicaciones de ellos, mis jefes podrían pensar que estás en contacto permanente con la guerrilla. Incluso podrían pensar que eres su portavoz. La policía podría empezar a investigarte. Tú sabes cómo son."

¿Lo son?, pensó. Fue genial la forma en que Fernando siempre logró presentar el caso de tal

manera que, incluso cuando trabajaba para las personas que manejaban los servicios de inteligencia en México, parecía estar en contra de sus métodos. A ella no le gustó eso. Ella lo vio como un intento muy claro de manipularla. Y asustarla. La amenaza oculta en la advertencia era fuerte y clara.

Por otra parte, el tono suave de su voz y su convincente preocupación la hicieron dudar. Quizás estaba siendo honesto. Si realmente existía un peligro, ¿de qué otra manera podría advertirle? ¿Había alguna forma de gritar ¡Cuidado! sin asustaros hasta la muerte?

"Mira Fernando, gracias por preocuparte, pero no creo que el EPLN se vuelva a comunicarme conmigo. Estoy segura de que la próxima vez elegirán a alguien más importante".

"Pero si lo hacen, si te envían más información, ¿tendrías la cortesía de consultarme antes de publicarlo?", dijo, y lo hizo sonar como un favor personal.

A ella no le gustó, pero como realmente no creía que la guerrilla volvería a ponerse en contacto con ella, aceptó.

"Seguro."

Después de esa conversación, ya había tenido suficiente.

Apagó el busca y en la revista le dijo al operador telefónico que suspendiera sus llamadas, que tomara mensajes, que mintiera y dijera que no estaba y que no la esperaban en el resto del día.

Debido a esto, no fue hasta que regresó a casa muy tarde esa misma noche que se enteró de los dos detectives vestidos de civil que habían visitado su casa.

Y sobre la llamada de un tal Profesor de Historia, un tal Doctor Manny Pérez, de la Universidad de Florida, llamándola de larga distancia desde Gainesville, en Estados Unidos.

A pesar de sí misma, Carmen empezó a asustarse.

¿Qué había hecho ella además de escribir un artículo?

El primer día transcurrió sin problemas.

El Presidente Conover y su comitiva aterrizaron en el Aeropuerto Benito Juárez de la Ciudad de México a las 10:45 am, hora local, y el Air Force One fue estacionado en el Hangar Presidencial, donde el Presidente Zedillo dio la bienvenida personalmente a todos los asistentes a la Cumbre. Después de las ceremonias protocolarias, el presidente Conover y su esposa fueron trasladados en helicóptero al hotel de Chapultepec. Las limusinas blindadas fueron enviadas por dos rutas diferentes.

El resto del día transcurrió exactamente según una agenda que había llevado meses preparar y perfeccionar.

12:00 pm- Suite del hotel para descanso.

12:30 pm- Información del Embajador en México.

1:00 pm- Almuerzo con el Embajador y su esposa.

2:00 pm- Visita al Museo del Castillo de Chapultepec, con el Presidente Zedillo. Aquí, como su primer acto público en suelo mexicano, el propio presidente Conover había solicitado colocar una corona de flores a los pies del monumento dedicado a los Niños Héroes que el 13 de septiembre de 1847 habían muerto defendiendo ese mismo castillo de la invasión de Estados Unidos. efectivo. El monumento estaba formado por un semicírculo de seis columnas de granito, de 28 metros de altura, que rodeaban la figura de una mujer con un niño en brazos.

Esta decisión del presidente Conover había causado mucho malestar en ambos lados de la frontera porque nadie podía predecir cuál sería la interpretación de tal acto por parte de los mexicanos, pero se sorprendieron cuando todos estuvieron contentos. Incluso los periódicos más izquierdistas lo calificaron al día siguiente de "acto elegante" del presidente Conover.

4:00 pm- Encuentro con industriales de Estados Unidos y miembros de la colonia americana en México.

16:20- Receso

16:30- Encuentro con el Presidente de Brasil.

4:50 pm- Receso

5:00 pm- Reunión con el Presidente de Panamá

5:20 pm- Receso

5:30 pm- Reunión con el Presidente de Chile

5:50 pm- Receso

6:00 pm- Reunión con el Presidente de Argentina

6:20 pm Receso

7:30 pm- Cena con el Presidente Zedillo y su esposa en Los Pinos.

9:30 Regreso al hotel.

BUENAS NOCHES.

Cuando Melissa vio la última línea, sonrió. Estando escrito todo en Mayúsculas significaban un grito de cansancio.

A la mañana siguiente todo fue muy similar durante la mañana.

7:00 am.- Llamada de atención.

7:15 am.- Corre dos millas en el Parque Chapultepec.

Los médicos le habían desaconsejado correr la distancia habitual debido a la altura de la Ciudad

de México.

7:45 am.- Ducha

8:00 am.- Desayuno en el salón principal del Hotel con industriales mexicanos.

9:00 am.- Descanso

10:00 am.- Discurso de Inauguración de la Cumbre en el Auditorio.

12:00 horas.- Pausa para almorzar en el Auditorio con todos los Presidentes sentados alrededor de una enorme mesa redonda.

13:00 horas- Sesiones fotográficas y fotográficas con la prensa.

2:00 pm- Regreso a la Cumbre para más discursos. El resto del calendario se veía así.

16:00- Descanso

16:30- Suite del hotel.

5:00 pm- Reunión con los jefes de los partidos de oposición en México.

7:00 pm- Encuentro con gente de la Embajada.

9:00 pm- Regreso a la suite del hotel.

BUENAS NOCHES

Sin embargo, algo aterrador logró alterar la

agenda cuidadosamente controlada del presidente de Estados Unidos.

Cada vez que Melissa tenía ocasión de aventurarse fuera de la embajada, se maravillaba ante esta enorme ciudad que parecía tener una capacidad infinita para sorprenderla. Melissa estaba fascinada por la mezcla de lo antiguo y lo nuevo, por la sensación de estar en un pueblo pequeño y en el centro de la ciudad más grande del mundo al mismo tiempo.

Cuando comprobó las medidas de seguridad en el Auditorio, quedó impresionada por la ligereza del edificio a pesar del tamaño de su enorme construcción. A pesar de ser una gran estructura de concreto, el Auditorio parecía poder alejarse flotando, como si fuera un barco a punto de zarpar. Tenía un perfil bajo, plano y ancho, la entrada era gigantesca, las escaleras infinitamente anchas y fáciles de subir. Y desde el punto de vista de la seguridad, era un sueño. No había espacios escondidos, no había accesos traicioneros...

Por eso se sorprendió tanto de lo que ocurrió cuando el presidente Conover estuvo allí esa tarde.

Los invitados eran los primeros en llegar y cada uno debía tener una invitación personal en la mano. Esto les permitió pasar la primera barrera de soldados mexicanos. Luego todos tuvieron que pasar por uno de los 10 detectores de metales instalados en fila en la segunda barrera, siendo ésta una combinación de policía y ejército. Luego tuvieron que atravesar la tercera barrera, ésta compuesta por Guardias Presidenciales mexicanos y agentes del Servicio Secreto de Estados Unidos, cada uno de los cuales portaba un detector de metales portátil atento a la más mínima carga metálica; para evitar cosas como la Gluck y otras armas de plástico, todos tuvieron que soportar un breve registro corporal; y cada vez que veían un bulto sospechoso en alguien le hacían uno más específico y completo. Entre las personas importantes que fueron registradas de esta manera se encontraban dos senadores, muchos funcionarios del gobierno mexicano y decenas de industriales que se quejaron amargamente de ser tratados de esa manera. La prensa aulló por el trato que recibieron. También había un segundo equipo de agentes de ambos países que realizaban controles aleatorios como mejor les parecía.

El Auditorio estaba lleno a las 9:30 am. A las 9:55, el Presidente Conover llegó desde el Hotel de

enfrente en su limusina blindada, y rodeado por un capullo protector de doble diamante, con los francotiradores listos en el techo plano del Auditorio y entre los árboles, trepó plácidamente a la amplia escalones en la entrada.

En dos minutos estaba dentro del edificio, sin estar nunca directamente expuesto.

Una vez allí, procedió a charlar amablemente con todos los VIP's que encontraba a su paso, hasta llegar al podio. Rápidamente fue presentado con un cálido aplauso general y pronunció uno de los mejores discursos de su vida. El punto central de su exposición llegó al final.

"Durante los últimos 200 años los países de nuestro hemisferio han estado tratando de construir caminos de entendimiento y cooperación. Aunque a veces parezca que las Américas han convivido en una ola interminable de incomprendiones, la verdad es otra: todos siempre hemos tratado de encontrar formas de borrar la desconfianza entre nosotros porque siempre hemos sabido instintivamente lo que el tiempo ha reforzado: que todos los países en nuestras queridas Américas están entrelazados por algo más que un interés pasajero. Por razones geográficas e históricas, nuestros países dependen verdaderamente unos de

otros para sobrevivir en un mundo que la economía global ha hecho más pequeño. En unos años la minoría más grande de Estados Unidos será de origen hispano. México y Canadá son el primer y segundo socio comercial más importante de Estados Unidos. Todos compartimos la maravilla de estar en una tierra que se extiende desde Alaska hasta Argentina, llena de riquezas y promesas. Como ha sido cierto a lo largo de la historia, nuestro pueblo se ha movido más rápido que nosotros; nosotros, que fuimos elegidos para conducirlos hacia el futuro. Ya nos han mostrado el camino del futuro. Yo digo que es hora de que todos los sigamos en ese camino ya tomado y encaminar nuestro futuro a una zona comercial que encierre a todos nuestros países. Esto creará una nueva frontera para casi mil millones de personas que viven hoy en las Américas y nos llevará a todos al nuevo milenio y más allá sabiendo que estamos seguros en nuestro vecindario, rodeados de buenas personas que son nuestros buenos amigos y también socios que respetarse mutuamente."

Al día siguiente, casi olvidados en las columnas inferiores por lo que pasó después, los analistas de todos los periódicos del mundo concluyeron que el discurso había sido una obra maestra. Fue un

discurso en el que Conover se hizo eco de la visión panamericana de Simón Bolívar y Henry Clay, y de la política del Buen Vecino de F.D. Roosevelt; al mismo tiempo, había añadido su propia visión de un futuro compartido y había sido firme en su defensa y sensible hacia sus pares en el resto del hemisferio.

Cuando tomó asiento en la larga mesa del escenario, escuchó atentamente los discursos de todos los demás presidentes, cada uno retomando la posición de Estados Unidos y modificándola ligeramente añadiendo sus propias partes a la imagen hasta obtener un cuadro colectivo que agradó a todos.

A las doce hubo un descanso y todos salieron a los jardines a almorzar. De dos a cuatro continuaron los discursos, y a las cuatro de la tarde cerró la jornada el discurso del presidente argentino.

Todos los presidentes posaron para una foto colectiva y comenzaron a moverse hacia fuera del edificio.

Mientras salían del Auditorio rodeados por sus respectivos guardaespaldas, se escuchó un grito, una pelea repentina, un hombre pequeño corriendo hacia Conover siendo perseguido por un segundo

hombre más alto que lo atrapó y lo arrojó al suelo.

Melissa estuvo orgullosa de informar que todos reaccionaron ante el incidente como se suponía que debían hacerlo. Los agentes del servicio secreto se movieron rápidamente inmediatamente después de notar los movimientos inesperados y el grito, y cerraron su escudo protector alrededor de Conover. Los Guardias Presidenciales hicieron lo mismo en torno al Presidente Zedillo, y en menos de veinte segundos ambos jefes del Ejecutivo estaban en camino en sus limusinas. Todo sucedió en un instante de menos de treinta segundos.

No fue hasta que ambos presidentes llegaron sanos y salvos a sus bases que descubrieron lo que había sucedido.

El hombre alto que había atrapado al más pequeño resultó ser nada menos que el candidato presidencial Armando Molina, quien afirmó que el hombre al que había atacado era el terrorista que todos buscaban. El propio Molina resultó gravemente herido en una mano durante la pelea. La policía había confirmado que Emilio Ronquillo era el hombre que buscaban.

La noticia corrió como la pólvora.

Candidato mexicano salva al presidente de Estados Unidos.

El presidente Conover pidió hoy un continente de vecinos y socios que

se protejan mutuamente.

Lo consiguió antes de lo que esperaba. Esta noche, los estadounidenses tienen una razón adicional para apreciar a sus vecinos del sur.

El candidato presidencial mexicano, Armando Molina, lo persiguió y atrapó sin dificultad a un hombre que estaba a punto de atentar contra la vida del presidente Conover. Armando Molina, de 43 años, es el candidato presidencial del desacreditado PRI, el partido oficial que ha controlado México durante los últimos setenta años.

La Policía mexicana ha confirmado que el hombre capturado hoy era el terrorista que había amenazado la vida del presidente de Estados Unidos en días pasados.

Su asalto y su captura se produjeron en el patio exterior del Auditorio donde el Presidente Conover acababa de recibir un gran aplauso por uno de los mejores discursos de su vida política. Eran las 4:07 de la tarde de un día nublado en la Ciudad de México cuando el Presidente Conover y el Presidente Zedillo salieron del edificio principal hacia el patio hacia una larga fila de VIP que esperaban estrechar la mano del Presidente Conover al salir.

El candidato mexicano Armando Molina dice que mientras hacía fila, notó que un hombre a su derecha, que claramente no pertenecía a los invitados importantes de ese grupo, intentaba mimetizarse con el resto de la gente.

El hecho de que al presidente Conover le guste charlar con el presidente mexicano Zedillo puede haberlo salvado, porque los dos salieron lentamente del edificio intercambiando historias divertidas. Esto le dio tiempo a Armando Molina para estudiar de cerca al hombre del traje azul hasta que recordó dónde había visto su rostro antes. Armando Molina solía ser el Ministro del Interior de México y como tal era responsable de la seguridad interior de este país. Se cree que Molina tiene un amplio conocimiento de los terroristas y grupos guerrilleros peleando en México. Evidentemente, también tiene memoria fotográfica.

Cuando Molina se acercó a él, el hombre del traje azul supo que lo habían reconocido e hizo una carrera desesperada contra el presidente Conover, tratando de acercarse lo suficiente para arrojarle un ácido muy potente. Armando Molina persiguió al hombre y pidió a las fuerzas de seguridad fuertemente armadas que lo detuvieran. Cinco segundos después el propio Molina saltó sobre el hombre y lo

derribó al suelo. Inmediatamente, ambos fueron rodeados por decenas de guardias, soldados y policías, mientras el Presidente Conover y el Presidente Zedillo eran llevados por sus guardaespaldas.

Ninguno de los 23 Presidentes y Primeros Ministros que asistieron a la Cumbre resultó herido. Conover y Zedillo nunca corrieron peligro gracias a la reacción del candidato Molina. Ambos podrían habersido quemados gravemente con el frasco de ácido que el terrorista llevaba en la mano.

Molina se lastimó cuando derribó al hombre. El frasco con el ácido se rompió y parte del líquido corrosivo cayó sobre la mano de Molina, quemando un agujero hasta el hueso en segundos. Si Conover, Zedillo o si cualquiera de los otros presidentes hubiera sido rociado con ese ácido, podrían haber quedado mutilados de por vida o incluso asesinados.

El hombre capturado hoy por Armando Molina ha sido identificado como Emilio Ronquillo, un importante miembro del grupo guerrillero que se autodenomina EPLN (Ejército Popular de Liberación Nacional). Emilio Ronquillo tiene fama de ocupar el puesto número dos dentro de la guerrilla secreta que lucha en el sur de México. Se le acusa de matar a diez soldados el año pasado.

Una investigación preliminar sobre cómo fue posible que Emilio Ronquillo hubiera traspasado tres barreras de controles de seguridad alrededor del Auditorio en una de las Cumbres más fuertemente custodiadas de la historia, con cerca de diez mil soldados, escoltas y policías de servicio, revela que Emilio mató a un congresista mexicano que tenía parecido físico con él, utilizó su invitación y su identificación para acceder al Auditorio. Emilio llevaba en el recto el frasco con el ácido

Una vez dentro del auditorio se lo quitó en el baño y esperó su oportunidad.

Una oportunidad que nunca llegó gracias a la oportuna intervención de Armando Molina.

Emilio Ronquillo ya está siendo interrogado. La PGR realizará una conferencia de prensa mañana a las 10 am, hora central, para anunciar el procesamiento del terrorista. El presidente Conover no canceló las reuniones ya programadas con los candidatos de la oposición en México, como fueron programadas meses atrás.

"No me importa lo que digan, no creo que este sea el hombre que buscabas", insistió Manny en la pantalla.

La videoconferencia se estaba llevando a cabo ahora de cuatro maneras: entre Melissa McDuffy en México, Manny en Gainesville, Jon Campbell, el director del Servicio Secreto en Washington y el subdirector del FBI en Langley.

"Profesor, este es el hombre que hizo las amenazas; éste es el hombre que llevaba el ácido; Este es el hombre que fue capturado intentando cumplir sus amenazas. Si suena como un pato y parece un pato, es un pato. No veo cómo se puede negar su culpabilidad".

"Señor Campbell, por favor no ponga palabras en mi boca. No niego su culpabilidad en esta acción específica. Lo que digo es que este señor no encaja en el perfil histórico del tipo de mexicano que realizaría este tipo de atentados. Ni siquiera encaja en el perfil histórico de un guerrillero en

México".

"Eres historiador, ¿verdad?"

"Así es. Tengo un doctorado en Historia de México".

"No tienes títulos ni conocimientos en criminología, nunca has trabajado en una agencia de seguridad, entonces no tienes idea de lo que hacemos ni cómo lo hacemos. ¿Estoy en lo cierto?"

"Sí usted lo está. Pero..."

"Entonces, ¿cómo puedes atreverte a decirnos cómo hacer nuestro trabajo?", dijo Jon Campbell, conocido por despreciar mucho a las personas que no trabajaban en la comunidad de inteligencia. Una vez le había dicho a un congresista que, si quería saber más sobre las funciones del Servicio Secreto del Departamento del Tesoro, debería convertirse en guardaespaldas profesional por un tiempo. Sólo entonces podrían hablar el mismo idioma.

"Señor, disculpe, pero no creo que el profesor Pérez estuviera intentando hacer eso. Creo que tiene una preocupación válida y es por eso que solicité esta conferencia. La responsabilidad es mía, pero como les dije antes, quería que escucharan lo que el profesor Manny Pérez tiene que decir".

"Melissa tiene razón. Deberíamos escuchar. No duele", dijo el director del FBI. Era un hombre mayor, lo cual era extraño porque el presidente Conover siempre había preferido que los jóvenes ocuparan puestos importantes. Manny no recordaba su nombre, pero agradeció su intervención.

"Muy bien, entonces él no encaja en tu perfil histórico. ¿Y qué?", preguntó Jon. "Se ajusta a nuestro perfil criminal y al perfil trazado por la policía mexicana".

"Señor Campbell, creo que podría haber otra amenaza aún mayor pendiente y ahora todo el mundo se encoge de hombros como si el peligro hubiera pasado. De hecho, creo que el peligro real acaba de llegar a la etapa crítica".

"Por qué...?"

"Porque mañana por la noche es la última noche de la visita del presidente Conover a México. Dentro de las próximas veinticuatro horas alguien intentará matarlo.

"¿Quién va a intentarlo?"

"No sé quién. No estaríamos sentados aquí si lo supiera".

"¿Qué armas usará?"

"No lo sé todavía, pero creo que es una bomba muy grande, y si ustedes no se mueven rápido...

"¿Avanzar rápido contra quién señor Pérez?", dijo exasperado, pero el tono de su voz permaneció frío y desinteresado.

"Señor, todavía no lo sé. Pero le sugiero que mantengas a tu gente buscando a un asesino. Él está ahí afuera, en alguna parte. Creo que introdujo una bomba en México por la frontera con Belice, el mes pasado. También creo que se trata de un asesino solitario, sin afiliaciones en México a ningún grupo guerrillero. Un hombre cuya propia vida ya no le importa, porque está dispuesto a cambiar su propia vida por la del presidente Conover. Un hombre con recursos, y posiblemente de influencia, que guarda un rencor personal contra Estados Unidos".

"¿Por qué dices que puede ser rico?"

"Debido al costo de armar un sofisticado artefacto explosivo lo suficientemente grande como para volar un edificio entero; por la logística de moverlo, colocarlo, lo que sea".

"Melissa, ¿tenemos algo que respalde esta teoría?"

"Nada firme, señor. Pero tengo dudas sobre el

presunto asesino. Hay cosas que simplemente no encajan".

"Nombra uno."

"El hecho de que este señor Emilio Ronquillo esté siendo presentado como el número dos de una organización guerrillera que no lo reconoce en absoluto. El EPLN es un grupo muy reservado, cuyos únicos ataques conocidos han sido contra objetivos militares. Siempre han permanecido en silencio, y anteayer lo rompieron para negar su implicación. Además, nunca han expresado ningún odio particular hacia Estados Unidos".

"Hay varias guerrillas en México, tanto de extrema izquierda como de extrema derecha. Podría ser otro".

"Tal vez. Pero si este fuera un ataque planeado por otro grupo similar, creo que aprovecharían la oportunidad para reclamarlo y exponer su punto político. Nadie lo ha hecho."

"Y recuerden que no tienen una razón histórica para realizar tal ataque", dijo Manny.

"Eso también."

"¿Algo más?"

"También está el hecho de que el gobierno

mexicano lo hizo público. Eso me pareció inquietante", dijo Melissa.

"Haces que parezca que fue un ataque preparado". Nadie dijo una palabra por un momento.

"¿Podría haber sido un montaje?", preguntó el director del FBI.

"La respuesta es que sí, podría ser. Todo es posible. Pero la pregunta importante es por qué y quién. ¿Quién montaría esto y por qué?", dijo Manny.

"Melissa, ¿entiendes que no tenemos ninguna forma posible de continuar con la investigación por nuestra cuenta?"

"Sí, señor."

"Necesitamos la cooperación del gobierno mexicano. No sería inteligente tener agentes corriendo por México, sin el conocimiento del gobierno mexicano. Iría en contra de los principios de la Cumbre y ciertamente crearía un enorme incidente diplomático.

"Encima, si acusamos al gobierno mexicano de realizar un ataque falso, pues..."

"Entiendo, señor".

"Lo que me están diciendo no alcanza para contárselo a mi esposa y mucho menos al gobierno mexicano. O encuentras alguna evidencia contundente de que hay otro asesino suelto, o simplemente tienes que aferrarte fuerte y rezar por lo mejor".

"Sí, señor."

"Son las siete de la tarde. Estaré aquí hasta medianoche. Si tienes algo mejor para entonces, llámame".

"Sí, señor."

"Adiós, profesor".

"Hasta la vista."

"Jon, ¿podrías llamarme más tarde?" dijo el director del FBI. "Tengo otras cosas de qué hablar contigo".

"Seguro."

Sus imágenes desaparecieron.

Melissa y Manny se contemplaron el rostro en silencio durante unos quince segundos.

"Será mejor que empecemos a movernos", dijo.

"Estoy de acuerdo."

"¿Puede encontrar más información sobre la

carta publicada en el periódico?"

"Llamaré a la periodista ahora mismo".

"Gracias."

Melissa llamó a Bob Allen, el jefe de la estación de la CIA. Ella explicó la situación de la manera más rápida y sucinta posible. El aceptó.

"He tenido un mal presentimiento sobre esto todo el tiempo. Por eso he estado utilizando a todos mis agentes para descubrir dónde y cuándo se originó el rumor sobre el asesino".

"¿Tienes una respuesta?"

"Todo parece apuntar en la misma dirección".

"¿Cual es?"

"Roberto Peña. Es el jefe interino del Ministerio del Interior".

"Eso tiene sentido. Ellos son los encargados de manejar esa información."

"Sí, pero escucha esto. Roberto Peña fue elegido personalmente por Antonio Molina para ser su reemplazo".

"Antonio Molina. El héroe del día".

"Bien. Roberto Peña ha sido su mano derecha durante los últimos quince años. Siempre han

trabajado juntos".

"Así que todo podría haber sido falso".

"Sí."

"¿Pero por qué?" dijo y pensó que sonaba igual que Manny.

"Tengo varias ideas, pero nada que pueda compartir con ustedes todavía. Estoy esperando recibir una confirmación sobre algo. Si eso resulta, te lo haré saber".

"Tengo hasta medianoche".

"Lo haré lo mejor que pueda."

Colgó y empezó a repasar la lista de personas que asistirían al último recital de Plácido Domingo.

La llamada de Manny pilló a Carmen Núñez en la ducha. Esperó diez minutos y volvió a llamar. "¿Quién es?", preguntó. Ella estaba molesta.

"Soy el profesor Manny Pérez, de la Universidad de Florida, en los Estados Unidos."

"¿Es esta la misma persona que llamó antes?"
"Sí. Te llamé ayer y hoy más temprano".

"Si. Me dijo mamá. ¿En qué puedo ayudarte?"

"Lamento molestarte tan tarde..."

Ella se rió sarcásticamente.

"No te preocupes. Esto es temprano para mí. Si sueno enfadada es porque últimamente he recibido algunas llamadas extrañas. Pero no me hagas caso. Sólo dime qué puedo hacer por ti".

"Se trata de tu artículo en Reforma el martes por la mañana".

"¿Tú también?"

"¿Qué quieres decir?"

"No creerías la cantidad de problemas que ese artículo me ha causado."

"¿Que tipo de problema?"

"Amenazas, advertencias, cosas así. ¿Qué pasa contigo? ¿Estás molesto por eso también?" dijo y se rió. Tenía una risa agradable, cálida y sexy. A Manny le gustó al instante.

"Para nada. Me he vuelto fan de tus escritos. Los encuentro muy honestos y atractivos".

"Bueno, eso es muy amable de tu parte. Gracias. ¿Y para qué soy buena?"

"Bien. Como te dije, soy profesor de historia en la Universidad de Florida y estoy escribiendo un

análisis sobre la actividad histórica de los grupos rebeldes en México", dijo.

"Ya veo", dijo ella sin comprometerse.

"Tu artículo es el primero que proporciona información sobre el EPLN. Lo que me gustaría saber es si puedes ponerte en contacto con ellos".

Inmediatamente ella se puso a la defensiva. "¿Dime quién eres otra vez?"

"Profesor Manny Pérez. Universidad de Florida. Centro de Estudios Latinoamericanos. Si tienes acceso al internet, puedes consultar mis referencias. Mi último trabajo se publicó la semana pasada y se llama "El Partido Político Perfecto". Si no tienes acceso a una computadora, puedes llamar al profesor Jorge Guzmán, de la Universidad Nacional Autónoma de México, y preguntarle por mí".

"¿Tienes su número?"

"Seguro." Le dio el número, y también otros dos o tres nombres y números de teléfono de profesores que conocía por su trabajo. Él también le dio su número privado en Florida.

"Señorita Núñez, es fundamental que ratifique algunos datos de su artículo. Es extremadamente urgente. No me interesan sus contactos con la

guerrilla, si es que los tienes. Sólo necesito saber tres cosas".

"¿Cuáles son?"

"Su carta decía que la droga fue introducida de contrabando dentro de un contenedor de aluminio. Necesito saber si son positivos al respecto. Lo segundo que me gustaría saber es si saben cómo fue envuelto. La tercera es si tienen alguna idea de adónde se fue el envío".

"Esto no me parece historia". Ella dijo.

Manny debatió por un momento consigo mismo. Por supuesto, no podía decirle por qué necesitaba la información. Pero ella obviamente estaba viendo más allá de su mentira.

"Si te digo que podrías sacar una gran historia exclusiva de esto, ¿me ayudarías?"

"Tal vez. Aunque necesito más información. ¿Qué clase de historia exclusiva?"

"¿Me prometerías no usar nada de lo que te diga hasta que te dé luz verde?"

"Te prometo qué?"

"Tiene que ver con el reciente intento de asesinato anunciado por la PGR".

Ella guardó silencio, esperando más.

"Mire, creo que el contenedor mencionado por el EPLN no llevaba droga, sino un artefacto explosivo de algún tipo. Necesito más información para poder ir a la policía".

"Si ayudo, me darás todos los detalles, ¿verdad?"

"Absolutamente."

"No puedo prometerles nada porque no estoy seguro de poder enviarles un mensaje. Pero déjame descubrir lo que pueda. Te llamaré más tarde."

"Si no contesto el teléfono inmediatamente, quédate en línea. A veces el traslado tarda unos instantes", dijo. Tenía un servicio telefónico que, si no descolgaba el teléfono en su casa, desviaba la llamada a su móvil, y luego al localizador de minutos que llevaba consigo dondequiera que estuviera. "Si no contesto al décimo timbre, deja tu nombre y un número donde pueda comunicarme contigo".

"Bueno."

"Antes de colgar, déjame enfatizar lo importante que es esto".

"Entiendo. No te preocupes."

Después de hacer algunas llamadas telefónicas para asegurarse de que él era quien decía, Carmen caminó hasta el puesto de quesadillas en la esquina a dos cuadras de su casa. El stand era improvisado con una mesa metálica cubierta con un papel rojo y verde, un par de sillas de plástico baratas y una estufa metálica que funcionaba con un pequeño tanque de gas. Desde la ventana de la casa de atrás corría un cable hasta el poste más cercano, y desde ese cable colgaban las bombillas desnudas que iluminaban el soporte. Había varias personas sentadas en las sillas o junto a un coche estacionado, comiendo y hablando en voz alta. Cuando Carmen se acercó a ellos, varias personas la saludaron con unas respetuosas buenas noches y luego reanudaron las bromas entre ellos.

La anciana que buscaba Carmen estaba sentada en un taburete bajo junto a la estufa, detrás de una niña más joven que hacía quesadillas en una sartén grande con aceite hirviendo. La anciana preparó la masa, hizo con ella bolitas que colocó en un plato sobre la mesa.

"Hola, marchanta, ¿ qué vas a tomar esta noche?"

"Me gustaría una quesadilla de queso".

"¿Con salsa?"

"Yo la pongo. Gracias"

Carmen se apoyó contra la pared mientras la joven tomaba una bolita de masa, la hacía una tortilla en una pequeña máquina, la llenaba con queso, la doblaba y la colocaba en el aceite hirviendo.

"¿Y cómo estás, abuelita?", preguntó Carmen, casualmente, a la anciana.

"No preguntes, porque si te lo empezara a contar estaríamos hablando toda la noche", respondió la mujer mientras seguía trabajando en la masa de las tortillas. Ambos sonrieron. El rostro de la anciana estaba arrugado y desgastado por el tiempo.

"Suenas igual que mi abuela", dijo Carmen.

"¿Está viva?"

"No. Murió hace cinco años".

"O sea que sueño a muerta???" dijo la anciana riendose.

La joven sacó la quesadilla del aceite y la colocó en un plato de plástico cubierto con una servilleta de papel. Cortó la quesadilla y se la dio a la anciana.

La anciana miró a Carmen.

"¿Dijiste que querías salsa, o no?"

"Sí, por favor."

"¿Roja o verde?"

Verde."

La mujer vertió una pequeña cantidad de salsa encima de la quesadilla.

"Te doy poco porque esta noche hace mucho calor".

"Está bien. Gracias."

Dijo Carmen, le puso cebolla y cilantro y le dio un mordisco a la quesadilla. El queso derretido del interior era un queso mexicano especial elaborado en las afueras de la ciudad. Se llamaba Los Volcanes y sabía un poco a una mezcla de queso mozzarella y Monterey jack, pero su textura era más suave y el sabor más suave y profundo. La salsa verde añadió otra dimensión al sabor.

"Mmmm" dijo Carmen

"¿Esta bien?"

"Delicioso."

No dijo una palabra más hasta que terminó de comer. Con los ojos y las manos, sin embargo, mantenía un intercambio furtivo con la anciana.

Comenzando cuando Carmen fijó sus ojos en la anciana para luego alzar las cejas en mirada inquisitiva, señalando a la joven. La anciana indicó que no, que no era seguro.

Carmen luego señaló su boca y luego a la anciana. Ella asintió e hizo una señal circular con la mano, indicando que Carmen debía volver más tarde. Carmen sacudió la cabeza y señaló su reloj de pulsera.

Las dos mujeres intercambiaban miradas y señales como si se conocieran desde hacía años. Pero para cualquiera de las otras personas que estaban en el puesto comprando quesadillas, el intercambio fue invisible.

Entonces la anciana hizo una señal con dos dedos que indicaba que Carmen debía esperar un poco.

"¿Puedo tener otra?", le dijo Carmen a la joven.

"¿Lo mismo?"

"Sí, por favor."

Quince minutos y dos quesadillas de queso más tarde, hubo un lapso en el que el puesto no tenía clientes. La anciana se levantó.

"Voy al baño, Sonia. ¿Necesitas algo?"

"No, mamá, pero no tardes porque quiero cerrar temprano esta noche".

"Ya vuelvo", dijo la anciana y se fue.

"¿Podrías decirme cuánto daño produjo?", dijo Carmen. La joven se lo contó y Carmen pagó la cuenta. Caminó con indiferencia detrás de la anciana. Cuando doblaron la esquina, Carmen corrió hacia ella.

"Necesito hablar con tu gente".

"Sonia no sabe nada. Está enojada porque su hermano está en la montaña y me echaría de la casa si supiera que lo ayudo", explicó la anciana en voz baja.

"No te preocupes. No diré una palabra delante de ella. Pero esto es realmente urgente. Necesito hablar con quien me envió esa carta".

"No sé dónde está mi hijo", dijo ferozmente la mujer con absoluta determinación.

Carmen se sintió derrotada.

"Bueno, si por casualidad tienes los medios para enviarle un mensaje, dile que me llame a casa. Aquí tienes mi número", Carmen le entregó una de sus tarjetas.

"Es muy urgente".

La mujer se envolvió la cabeza con el chal y vaciló.

"Te lo dije, no sé dónde está", dijo, pero ya no sonaba tan inflexible.

"Tómalo. Por si acaso. Es extremadamente urgente". —repitió Carmen esperando que su insistencia surtiera algún efecto. Aparentemente así fue.

Dos horas más tarde estaba en la pequeña cocina de su casa, anotando números sobre cuánto costaría comprar un Volkswagen sedán pequeño, de dos o tres años de antigüedad. Tenía suficiente para eso, pero las placas del taxi también eran necesarias y eran muy caras. Cuando su madre contestó el teléfono, Carmen estaba renunciando a la idea de conseguir un taxi para su hermano.

"Carmen, es para ti".

"¿Quién es?" dijo Carmen, repentinamente preocupada.

"¿Quién es?" preguntó su madre.

"Dice que es un viejo amigo tuyo".

Carmen cogió el auricular.

"Bueno?"

"Hola, mamacita."

"¿Quién es?"

"Pablo Castaño", dijo la voz, y ella recordó de inmediato la cara alargada y triste de un chico con el que fue a la secundaria.

"¡Pablo! Dios mío, ¿dónde has estado todos estos años?", dijo complacida. A ella le gustaba mucho el chico porque siempre estaba leyendo libros y revistas interesantes. Pablo había sido el niño más inteligente que jamás había conocido. Y, sin embargo, siempre estaba muy triste...

Mientras intercambiaban bromas ella recordó lo frustrada que se sentía con él porque hiciera lo que hiciera no podía sacarlo del todo de ese dolor permanente en el que vivía. Era como si Pablo hubiera cargado sobre sus jóvenes hombros todas las preocupaciones y problemas del mundo.

"¿Y tal milagro? ¿Cómo es que me llamas después de tantos años?", preguntó.

"Bueno, me enteré de que te morías por hablar conmigo", dijo él en broma.

"¿Oh sí? ¿Qué te dio esa impresión?"

"No sé. Me lo dijo mi madre", dijo con el mismo tono juguetón, y de repente Carmen se dio cuenta.

"¿Tu madre?"

"Sí, ella me dijo que querías hablar conmigo. Que era urgente".

"Eres-?"

"Antes de que me rechaces —dijo— ¿y si nos encontramos cara a cara? Podemos salir a tomar un café. Realmente no me gustan los teléfonos, ¿sabes?", dijo y ella entendió perfectamente que no quería que ella dijera nada por teléfono.

"Por supuesto. ¿Cuándo?"

"Podría recogerte ahora mismo, porque luego salgo de viaje".

"¿Ahora?"

"Sí, estoy muy cerca de tu casa".

"Bueno."

"Simplemente sal afuera".

"Bueno."

Carmen colgó, agarró su bolso y le dijo a su madre que saldría por un rato y se fue corriendo.

Pablo ya estaba allí, entre las sombras de los coches estacionados en la calle. La había llamado desde un celular que tenía en la mano.

"Carmen" la llamó suavemente. Al principio ella no lo reconoció.

El joven flaco de cara triste había sido reemplazado por un hombre muy musculoso con una mirada decidida en sus rasgos endurecidos.

"¿Pablo?"

"¿ He cambiado tanto?"

"Sí. Mucho."

"¿Para bien o para mal?" dijo con un guiño y una radiante sonrisa. ¿Estaba coqueteando con ella? ¿Podría haber cambiado tanto?

"No sé. Te lo diré en la cafetería".

"Puedo decirte ahora mismo que te ves extremadamente hermosa. Por supuesto que siempre fuiste hermosa, así que eso no es nada nuevo".

"¿Qué pasó con el tremendamente tímido Pablo que solía conocer?"

Dudó por un momento antes de responder.

"Murió hace mucho tiempo".

Conducía un automóvil de tamaño mediano, de color gris e interiores grises. Nada lujoso y nada

demasiado dañado. No había nada en el salpicadero ni en el techo. Nada que pudiera quedar grabado fácilmente en la mente. Era un coche anodino y eminentemente olvidable.

Lo cual le sentaba bien.

Comenzó a conducir sin rumbo, pero ella notó que se aseguraba de permanecer en avenidas amplias y bien iluminadas. Con el tiempo, respondió todas sus preguntas.

Se enteró que él había terminado la secundaria y se había mudado fuera del barrio porque su padre había muerto y no podían pagar el alquiler del departamento donde vivían. Su madre y su hermana se habían mudado con sus abuelos, mientras que él se había ido al sur a vivir con uno de sus tíos en el estado de Quintana Roo.

Quintana Roo está en la península de Yucatán y es el estado más alejado del sureste de México. Tiene casi veinte mil kilómetros cuadrados de selva profunda y húmeda que ha sido poco explorada debido al calor y las lluvias interminables que producen un selva casi sólida. Sin ninguna industria importante salvo la de maderas preciosas, el estado es más conocido internacionalmente por sus playas; Cancún, Tulum e Isla Cozumel, todos ellos en el Mar Caribe.

Chetumal, la capital del estado, se encuentra en el punto donde terminan las playas y comienza Belice, la antigua Honduras Británica.

Desde las playas parece el paraíso.

Mientras asistía a las escuelas públicas de Chetumal, Pablo se había involucrado con un grupo de estudiantes radicales que abogaban por el derrocamiento del sistema político mexicano porque pensaban que era injusto y corrupto. Al mismo tiempo, comenzó a trabajar con los mayas dispersos, tratando de enseñarles cómo mejorar sus escasas cosechas. Pero la miseria de los campesinos era tan grande y tan extendida, que cualquier esperanza de modificar individualmente su situación era inexistente. Vio de primera mano lo rápido y rico que se volvían los trabajadores del gobierno robando los fondos federales enviados para aliviar la crisis.

Cuando su grupo hizo peticiones y las envió al gobierno estatal, en lugar de respuestas fueron acosados por la policía local.

Cuando intentaron quejarse a nivel federal, ante el gobierno de la Ciudad de México, simplemente fueron ignorados. Fue entonces cuando Pablo empezó a contemplar la revolución armada como la única posibilidad de cambiar el sistema por otro

mejor y más justo.

"Entonces mis amigos y yo hablamos de ello y decidimos que necesitábamos poner en práctica lo que estábamos predicando. Nos mudamos a la selva y comenzamos a vivir con los campesinos. Comemos y dormimos como ellos. Y empezamos a entrenarnos en combate cuerpo a cuerpo, manejo de armas, guerra táctica y todas esas cosas".

"¿De dónde sacas tu dinero?"

"Aprendimos a atacar a los bancos", dijo con total naturalidad.

"¿Has matado gente?"

Él la miró por un momento antes de responder.

"No lo sé", dijo. "Intentamos no hacerlo, pero realmente no lo sé. Mi gente y yo hicimos un trato. No cometeríamos el mismo error que otros grupos del pasado que han iniciado una lucha que pronto se les escapa de las manos y daña a personas inocentes. Creemos que la respuesta armada es la única alternativa que nos ha dado este gobierno, pero también entendemos que la gente tiene que tomar la decisión final. Así que nuestras acciones son sólo una forma de enviar un mensaje a la gente: si nos quieren, aquí estamos".

"¿Qué pasa si la gente no te quiere?"

"Estoy sacrificando mi vida por ellos", dijo a modo de respuesta a su pregunta.

Ella decidió no entrar en eso.

"Aún no me han dicho qué era tan urgente", dijo.

"Un amigo mío es profesor y necesita información sobre la carta que me enviaste".

"¿Que tipo de información?"

"Quiere saber si estás seguro de que el contenedor contenía droga".

"Bastante seguro..." dijo Pablo, pero su voz se arrastró.

"¿Tu gente vio las drogas?", preguntó.

"Por supuesto que no. ¿Pero qué más podría ser?"

"Está bien, entonces no estás seguro. A continuación quiere asegurarse de que el contenedor era de aluminio, quiere saber cómo estaba envuelto y también estaría encantado si le pudieran decir adónde fue a parar el paquete".

Él rió.

"Qué cosas más raras quiere saber. Excepto lo último, esto no tiene sentido. ¿Quién es él?"

"Te dije. Es un profesor amigo mío".

"¿Estás seguro de que no es un espía?"

"No. Pero no lo creo".

"¿Cuál es su nombre?"

"Manny Pérez. Él enseña historia".

"El nombre me suena familiar. ¿Dónde enseña?"

Realmente no quería decírselo, pero no tenía otra opción.

"En la Universidad de Florida, en Estados Unidos".

Él se giró para mirarla, pero en lugar de estar enojado como ella esperaba, estaba sonriendo.

"¡De veras! ¿Es el tu amigo?"

"Sí, ¿lo conoces?"

"Sí, bueno, no. Pero leí algunas de sus obras. El último libro acaba de salir".

"Te mantienes bastante bien al día con estas cosas".

"Con una computadora a mano es muy fácil. Y me conoces. Soy un poeta de corazón".

"Sí, lo sé."

"De todos modos, ¿por qué quiere saber todo eso?"

Ella le dijo.

De pronto Pablo se puso serio.

"Eso explicaría muchas cosas".

"¿Qué quieres decir?"

"Nada nada. Hay cosas que no deberías saber".

Acto seguido estacionó el auto en la curva cerca de una caseta pública. Bajó y durante los siguientes diez minutos habló por teléfono en animados susurros, como si estuviera hablando con una novia.

Carmen lo miró a través del parabrisas del auto. Ciertamente había cambiado desde la última vez que lo vio. Tanto es así que aún no había decidido quién le gustaba más; el niño con la cara triste que amaba años antes, o este joven descarado que quería cambiar el mundo y estaba demasiado dispuesto a morir para lograr su objetivo. Ella no le tenía miedo a él ni a la revolución armada que él predicaba y luchaba activamente. Pero en lugar de sentir algo por él (admiración, repulsión, lo que sea), la desanimó. Y permaneció alejada hasta mucho más tarde. Fue solo después de varias horas de conversación, cuando ya estaban desnudos en el motel y él besaba suavemente la parte posterior de sus muslos y toda su piel ardía y su cabeza daba

vueltas lentamente, que la imagen del niño triste se fusionó con esa del joven y comprendió finalmente que no eran dos imágenes, sino una; De alguna manera había una perfecta continuidad entre el niño y el hombre. Ella, sin embargo, fue la que había cambiado. Entonces comprendería que no quería nada más de él excepto esto; sostener y ser sostenida en un abrazo cálido y ligeramente embriagador.

Eso sería más tarde. Ahora, cuando regresó al coche, sonrió.

"Necesitamos esperar dos horas. vamos a tomar una copa en alguna parte", dijo.

"Por favor."

Tres horas después Carmen tenía las respuestas a sus preguntas. Pero en ese momento ya estaba demasiado perdida como para siquiera pensar en llamar a Manny.

Manny recibió un fax temprano a la mañana siguiente.

Se trataba de la copia de una factura realizada en la aduana de Chetumal, Quintana Roo, que había sido el punto de ingreso de la lata.

La factura indicaba el lugar donde se entregaba el bote. Era la dirección de cierto lugar llamado

CIEN (Centro de Investigaciones Ecológicas Nacionales).

En Chetumal, el contacto de Pablo vio cómo se transmitía el fax. Esperó hasta que la máquina se detuvo y la chica aburrida que la atendía colgó el teléfono. Cuando ella le devolvió su factura original, él la dobló distraídamente en cuatro y se la metió en la camisa.

Cuando se giró para abandonar la cabina de larga distancia, vio al grupo de cuatro hombres esperando en la entrada bajo la brillante y abrasadora luz del día. Sabía que eran soldados a pesar de sus ropas de civil y sus gafas oscuras por la forma en que estaban parados contra la pared, con la espalda erguida como una tabla. Por alguna razón desconocida, esa postura era algo que no podían ocultar.

Dudó por un segundo.

No tenía adónde correr.

Respiró hondo y, reuniendo todo su coraje, caminó lentamente hacia ellos.

Inmediatamente después de recibir el fax en su computadora, Manny llamó a Melissa y le envió un correo electrónico con la información adjunta.

Después de imprimir primero una copia de la

factura en su equipo, ella a su vez llamó a Bob. Ella le entregó la factura y le preguntó si podía encontrar más información al respecto.

Bob volvió a llamar al cabo de media hora.

"El Centro de Investigaciones Ecológicas Nacionales, mejor conocido como CIEN, es un instituto creado en 1994 por el entonces presidente Carlos Salinas de Gortari. Supuestamente era un centro de investigación, pero siempre hemos sospechado que es una de esas fachadas que usan los políticos mexicanos cuando necesitan lavar dinero. Tenía una plantilla de veinte personas con Salinas, y su hermano Raúl estaba a cargo de la misma. Ahora, no sé si usted sabe de Raúl Salinas..."

"No mucho", dijo Melissa con picardía. "Sólo que lo acusaron de matar a su cuñado, que su esposa fue capturada en un banco suizo tratando de retirar casi cien millones de dólares que Raúl había guardado allí para los días de lluvia, bajo nombre falso por supuesto, junto con otros doscientos millones de dólares en diferentes bancos de todo el mundo. ¿Estamos hablando del mismo Raúl Salinas?"

"El único. Todo ese dinero salió de su salario como investigador universitario, ¿puedes creerlo?"

"Seguro. ¿Y sabe que el gobierno estadounidense está vendiendo Alaska?"

"Ja-ja. De todos modos, después de que Salinas dejó el poder y su hermano fue imputado, el CIEN quedó abandonado hasta hace unos dos años, cuando pasó a manos de Federico S. Sánchez".

"`Espera un momento", dijo. Hizo clic con el mouse hasta que apareció una lista de todos los nombres de los VIP mexicanos. Allí estaba. Federico S. Sánchez. Ella abrió su expediente en la pantalla.

Luego empezó a leer en voz alta los puntos principales.

"`Federico Schmidt Sánchez. Nacido en 1923. El padre era de nacionalidad alemana. La madre era mexicana. Federico fue bautizado como Frededick, lo cambió en años posteriores. Fue a la escuela secundaria y a la universidad en California desde 1937 hasta 1947. Profesor rural, alcalde de su pueblo, gobernador de su estado, ministro de Comercio con el presidente De la Madrid, ministro de Energía y Minas con Salinas. También es el principal accionista de al menos 200 empresas que van desde camiones hasta computadoras. Su fortuna personal se estima en unos dos mil millones de dólares. Impresionante."

"Okay. Típico político mexicano con fuertes vínculos tanto en la industria como en la política, pero con una ligera diferencia".

"¿Cual es?"

"No robó dinero del presupuesto".

"Estás bromeando".

"No."

"¿Quieres decir que su dinero se lo gana de forma directa y honesta?"

"Yo no dije eso. Lo que dije fue que él no robó el dinero de los contribuyentes directamente. Sin embargo, era feliz de traficar con su influencia y era extraordinariamente generoso con todo aquel que se cruza en su camino. La gente lo quiere. Podría haber sido Presidente de México, excepto que en su época había una ley que impedía que los hijos de extranjeros pudieran llegar a ser presidente. La mayoría de las personas que lo han conocido han expresado su admiración por este hombre. Incluso sus enemigos, que no son tantos".

"Interesante. Pero ¿qué querría un hombre con su riqueza y poder de un pequeño centro de investigación perdido en la jungla?"

"Ésa es la pregunta, ¿no? Especialmente ahora

que Don Federico tiene setenta y siete años y está prácticamente retirado de la política".

"¿Qué más sabemos sobre él?"

"Que es la última persona que podría imaginar que fuera un terrorista".

"Encaja en el perfil general del que hablaba Manny. Tiene el dinero y la oportunidad".

"Sí, pero le falta motivo. Y sin un motivo un hombre no intenta matar presidentes".

"Déjame hablar con Manny por teléfono". ella dijo.

"Oh Dios. Me estoy poniendo celoso. Pero es mi culpa. En primer lugar, no debería haberte dicho que lo llamaras.

"Yo también te amo, Bob. No cuelgues".

Esperó uno o dos minutos mientras se establecía la conexión con Manny.

Manny estaba trabajando en el jardín de su casa en Gainesville en ese momento. Afuera el sol era espléndido. Durante el último año y medio había estado construyendo un camino desde el garaje hasta el patio trasero con piedras y decenas de bolsas de hormigón premezclado. Añadía una o dos piedras al sendero cada vez que estaba

demasiado tenso o cansado para leer, escribir o investigar para sus clases. Como ninguna de esas cosas ocurría muy a menudo, le llevó casi dieciocho meses hacer un trabajo que cualquier contratista podría haber terminado en unas cinco horas. Esta vez, sin embargo, estaba seguro de que completaría el camino. Sólo quedaba un metro por recorrer.

Cuando sonó el teléfono, estaba sudando profusamente después de haber mezclado y vertido unos doscientos kilos de hormigón y agua en el sendero, así que primero se detuvo en el baño para coger una toalla.

Luego contestó el teléfono.

"Hola, Manny".

"¿Melisa?"

"Sí."

"Me sorprende saber de usted tan rápido".

"¿Podrías encender tu video?"

"Si me das un minuto mientras me acerco a mi computadora".

"Seguro. Siento molestarte. Espero que no estés demasiado ocupado".

"No te preocupes. Estaba trabajando en el patio", dijo mientras encendía su computadora.

"Ahí tienes. Hola de nuevo", dijo cuando su rostro apareció a la vista.

"Hola", dijo. Y luego se sintió tonta cuando se sonrojó.

Ver el fuerte pecho de este hombre brillando por la transpiración la había excitado de inmediato. Simplemente no podía creerlo.

Así que el dijo.

"Entonces...", dijo. ¡Su mente estaba en blanco! ¿Que esta pasando? ¡Nunca en toda su vida había reaccionado físicamente ante un hombre de esta manera!

"¿Melisa...?" dijo Manny.

"Oh, lo siento. Acabo de recordar algo que tengo que hacer", dijo e hizo un esfuerzo por concentrarse en el asunto que tenía entre manos.

Deseó no haberle pedido a Manny que pusiera su vídeo. Demasiado tarde ahora.

"Manny, ¿qué sabes de Federico S. Sánchez?"

"¿El maestro?"

"Sí."

"Bueno, que es todo un político de tradición mexicana. En cierto sentido, es la representación perfecta de lo que fue la política mexicana en un momento dado. Usó el poder en beneficio de su pueblo y, de paso, en beneficio propio. Sé que ganó toneladas de dinero, pero no robando directamente del presupuesto, como se hizo más tarde entre los políticos más jóvenes. Era mucho más refinado y sofisticado para eso. Utilizó sus diferentes cargos para favorecer a sus amigos con contratos del gobierno. Luego, sus toneladas de amigos estaban encantados de concederle todo lo que quisiera cuando estuvieran en el poder. Usó este intercambio de favores de manera magistral. Aprendió del general Bracho, quien fue un héroe de la Revolución Mexicana de 1910 y quien luego se convirtió en su suegro. El general Bracho fue gobernador de San Luis Potosí y le dio al joven Federico S. Sánchez su primer cargo como alcalde de su ciudad natal".

"Muy bien", dijo ella, todavía un poco sin aliento.

"Su generosidad hacia sus amigos es una leyenda en México. Se dice que el dinero realmente no significa nada para él, pero al mismo tiempo es el creador del concepto de que "un

hombre pobre es un político pobre" que muchos políticos jóvenes han tomado como excusa para robar todo lo que puedan de las arcas del gobierno".

"Really?"

"Así es. En un momento u otro, en los años setenta fue el candidato natural a la presidencia de México, pero—

"Yo sé sobre eso."

"Bien. ¿Algo más?"

"¿Crees que podría ser el hombre que buscamos?"

"¿Qué?"

"Como saben, el contenedor fue entregado a un centro de investigación. Hemos rastreado el control del centro hasta un tal Federico S. Sánchez".

"Bueno, sí, es él, pero tiene que haber un error. ¿Quizás alguien más en el centro...?"

"Tal vez, pero usted dijo que nuestro candidato necesitaba los medios; dinero y oportunidad. Federico S. Sánchez tiene ambas cosas".

"Sí, sí, entiendo lo que quieres decir".

"Entonces, ¿podría ser posible?"

Manny no respondió. Ella lo vio mirando su computadora.

"¿Manny?"

"Dame un segundo." él dijo. "Estoy buscando en mis archivos algo que siempre me pareció extraño de Federico S. Sánchez".

"¿Qué es?"

"Aquí lo tienes. Bueno, él siempre ha afirmado que estuvo en California diez años, entre 1937 y 1947, pero nunca he podido encontrar ningún rastro de su estancia allí".

"Bob, ¿tienes eso?"

"Lo tengo. Dame media hora".

"Bueno."

"Sabes, puede que no signifique nada. Muchos mexicanos vienen a estudiar a Estados Unidos y se matriculan en cursos en escuelas privadas que luego quiebran y cosas así".

"Alguien está comprobando eso. Mientras tanto, ¿se te ocurre algo más que pueda ayudar?"

"No de improviso. Pero lo pensaré".

"Entonces te dejaré volver a tu jardín".

"Gracias, pero prefiero estar aquí hablando contigo. La vista es mucho mejor."

"Igualmente", dijo ella, y le devolvió la sonrisa.

"¿Cuándo volverás a Estados Unidos?"

"En unos días."

"Me gustaría invitarte a cenar alguna vez".

"Suena bien. Excepto que yo estoy en Washington y tú en Florida".

"Por eso Dios inventó los aviones".

"Sí, pero los hizo demasiado caros sólo para salir a cenar".

"Tal vez esté en tu ciudad para una conferencia o algo así".

"Tal vez. Pero...", se detuvo, sin saber qué decir a continuación. Quería tanto estar con él que eso la asustaba.

"¿Pero que? ¿Tienes miedo de algo?", dijo con una sonrisa seductora. Ella se sonrojó nuevamente, sintiendo que él le estaba leyendo la mente.

"En este momento le tengo miedo a mi jefe. Necesito volver a trabajar. Hablaré contigo más tarde."

"Okay."

Colgó la llamada, pero mantuvo la imagen de Manny en su pantalla. No podía creer lo escandaloso que era su comportamiento. Sentía que estaba actuando como una adolescente, pero de todos modos no quería dejar de hacerse la tonta. De todos modos, ella se encogió de hombros: su imagen era algo agradable de ver mientras trabajaba. No tiene nada de malo, ¿verdad?

No, respondió a su propia pregunta, no había nada malo en sentirse tan atraída por un completo extraño. De hecho, se dijo, ¿no era ése el sueño secreto de toda mujer? ¿Enamorarse perdidamente y tener una relación totalmente romántica con un hombre? ¿Amar y ser amada con la misma intensidad que nunca jamás terminaría?

Sí, sí, pero tenía que tener cuidado para no caer en la trampa en la que caían muchas mujeres divorciadas. Un divorcio generalmente era un momento de crisis personal y de ajuste de cuentas tan profundo que dejaba a muchas mujeres sintiéndose débiles y vulnerables, llenas de dudas sobre sí mismas y con una autoestima más baja que el sótano de un rascacielos de Nueva York. En tales condiciones, esas mujeres estaban ansiosas por demostrar que todavía eran adorables y por eso estaban expuestas a enamorarse del primer hombre

que se cruzara en su camino. Y esa era, en general, una muy mala decisión.

Pero seguramente, se dijo, tener cuidado de no cometer ese error no significaba que no pudiera salir con nadie. Sólo tenía que estar en guardia... cuando pensó esto, recordó sus deberes con un sobresalto y volvió a trabajar.

"La primera y única visita registrada de este tipo a Estados Unidos fue en 1967, para una visita rápida a través de la frontera a San Antonio, en Texas", dijo Bob con total naturalidad treinta y cinco minutos después.

"¿No hubo otra señal de él antes de eso?"

"No. Ni antes ni después. Ni licencia de conducir, ni permisos, ni nada. Ya sabes, incluso los trabajadores ilegales dejan más rastros que este tipo. Si Federico Schmidt estuvo alguna vez en California, fue el hombre invisible".

"Entonces, ¿dónde estuvo todos esos años?"

"Bueno, su padre era alemán..."

"Estaba en Alemania. ¡Por supuesto!"

"Mi gente en Alemania lo está comprobando ahora mismo. Nosotros deberemos tener más información en aproximadamente una hora".

Melissa miró su reloj.

Eran casi las diez de la mañana.

Comprobó en los monitores repartidos por la oficina las diferentes vistas desde el campo que ofrecían las cámaras que portaban sus agentes. Todo estaba en paz. La Cumbre de las Américas estaba llegando a su fin.

Aún así, sabía que no podía permitirse el lujo de esperar demasiado.

El teniente Francisco del Mar fue llamado por amigos y enemigos Paco el Marinero, por su apellido.

Desde que tenía uso de razón había querido ser policía. Cuando era niño, estaba fascinado por la ley y por quienes la infringían. Cuando cumplió dieciocho años, recién salido de la secundaria, postuló a la academia de policía en la Ciudad de México, pero fue rechazado por su altura.

Paco medía exactamente cinco pies de altura.

Al mismo tiempo que postulaba a la academia de policía, estaba cumpliendo con el servicio militar obligatorio para jóvenes de dieciocho años,

y al terminarlo descubrió que le gustaba mucho la vida militar que había imaginado durante sus deberes y prácticas de fin de semana, por lo que se alistó en el ejército.

Se formó como operador de radio y luego fue enviado a provincias. Debido a que demostró ser mucho más inteligente y diligente que la mayoría, pronto recibió sus primeros ascensos. Dos años más tarde fue trasladado a la sección de inteligencia militar, donde recibió más formación en descifrado de mensajes y en medidas de contrainsurgencia. Completó los cursos con honores. Fue enviado para ampliar su formación a Fort Bragg, en Estados Unidos, en virtud de un acuerdo que los dos gobiernos habían firmado en 1994.

Cuando regresó a México, fue enviado al puesto de mando sur en Quintana Roo. En este puesto sus funciones se concentraban en una; seguir la pista a los rebeldes pertenecientes al EPLN.

Pudo identificar al propietario de un pequeño restaurante como el mensajero de información entre los guerrilleros armados y sus partidarios en todo el país. Había descifrado su código en cuestión de días utilizando un procesador IBM capaz de realizar 200 millones de operaciones por

segundo.

Una vez que tuvo en su poder el código de los mensajes del rebelde, monitorizó todas las comunicaciones del restaurador. Pronto pudo localizar a todos los partidarios externos de la guerrilla. Sabía sus nombres, direcciones, antecedentes y todos sus datos personales. Luego asignó una sombra personal a cada uno de ellos. Todos sus teléfonos fueron intervenidos en secreto y su correo interceptado.

Después de que Carmen publicó su artículo, lo primero que hizo el teniente del Mar fue ponerla inmediatamente bajo vigilancia.

Cuando la sombra personal de Carmen informó de su encuentro con Pablo, el teniente solicitó inmediatamente la transcripción de las conversaciones telefónicas entre Carmen y Manny, y el guerrillero y el mensajero. Así conoció la participación de Manny Pérez y la información solicitada por él. Luego Paco el Marino había seguido personalmente al correo en Chetumal hasta la casa de otro hombre, quien a su vez había ido a buscar a cuatro de sus amigos. Juntos habían ido a la casa de Mario Beltrán, el oficial de Aduana.

No les llevó mucho tiempo.

Cuando salieron, sonriendo y estrechando la mano de Mario como si fueran buenos amigos, Paco entendió que la información que necesitaban estaba en sus manos.

Tenía órdenes de no capturar a ninguno de ellos. Las órdenes procedían directamente de la Defensa Nacional, el puesto de mando general del ejército en la Zona Militar Número Uno en la Ciudad de México. Paco sabía que una de las mayores ventajas de las actividades de inteligencia en México era que muy poca gente siquiera sospechaba de su existencia. Les permitía hacer muy bien su trabajo. Paco estuvo de acuerdo en que la mejor estrategia por ahora era dejarlos quedarse en el lugar y consentir las actividades de todos hasta estar seguros de que podían dismantelar toda la operación.

Entonces Paco esperó. Por suerte, el grupo de hombres condujo hasta el casa del primer hombre de la cadena; el dueño del restaurante.

Paco decidió ir tras él.

Después de que el mensajero enviara el fax a Manny, los hombres de Paco chocaron contra el hombre como si acabaran de tropezarse con él por accidente cuando salía del puesto del Servicio de Larga Distancia. Uno de ellos sacó el papel del

bolsillo de la camisa del mensajero. El hombre estaba tan asustado de los soldados y tan contento de que no lo arrestaran, que ni siquiera se dio cuenta de que había perdido el papel. Paco tenía la información que necesitaba a las nueve. El cuadro pintado por la información que tenía era mortal.

A las diez estaba en un avión militar rumbo a la Ciudad de México.

A las tres y media, Bob volvió a llamar a Melissa.

"Escuche esto: han encontrado tres referencias a un tal Federico Schmidt Sánchez en los registros de Alemania. Uno fue cuando viajó al país en 1937. El segundo fue su registro en el gobierno local de Dresden como estudiante en la universidad local y el tercero fue su licencia de matrimonio. Se casó con una mujer, Ute Kadner, el 7 de julio de 1944. Después de eso, nada".

"¿Qué hay de los registros militares?"

"Nada aún. Pero escuchen, hay algo más: en Europa corre un rumor sobre un grupo de científicos rusos trabajando en un nuevo tipo de gas mostaza en algún lugar de México. Recibí el aviso hace un momento".

"Oh, oh."

"Estoy seguro de que tenemos a nuestro hombre. Sólo tenemos que actuar rápido".

"¿Que sugieres?"

"Necesitamos llegar a la cima. Es demasiado tarde para andar con rodeos. El Embajador nos recibirá inmediatamente. Trae lo que tengas".

"Estoy listo."

Siete minutos más tarde estaban en el despacho del embajador. Ellos Le presentaron sus hallazgos al hombre y lo vieron palidecer.

"¿Qué es lo que quieres hacer?" él dijo.

Bob no dudó. Su comportamiento y su voz habían cambiado.

Era decidido y firme, y sus ojos tenían el brillo de antaño. Cualesquiera que fueran los demonios y las dudas que lo habían poseído, habían quedado en el fondo de su mente. Estaba de nuevo en forma, pensó Melissa.

"Tenemos una cantidad de tiempo limitada, señor. Necesitamos ir al presidente con esto".

"¿Qué va a hacer Conover? ¿Cancelar sus citas restantes?"

"No señor. Me refiero al presidente mexicano. Él es el único que puede ordenar el allanamiento inmediato de todas las propiedades de Federico S. Sánchez y arrestarlo".

"Ya veo. Déjame pensar un momento", dijo el Embajador.

Cerró los ojos y juntó los dedos. Parecía como si estuviera orando. William Casper III era un hombre que pertenecía a una distinguida familia política del estado de Massachusetts que siempre había estado eclipsada por los Kennedy. Ambas familias habían sido rivales en el estado desde que tenía memoria. En parte debido a este resentimiento, y en parte porque sus hermanos esperaban que siguiera los pasos de su padre y su abuelo, Bill Casper se postuló para gobernador en 1993. Hasta entonces había tenido una carrera muy exitosa como empresario de antigüedades. Luego, una vez finalizado su mandato, su amigo Bill Conover le ofreció el puesto de Embajador en México.

Su nominación había resultado en una pequeña pelea en el Congreso, porque el senador Helms de Carolina del Norte se oponía a su confirmación, pero luego de que se aplicara una gran presión por parte de la Casa Blanca y otros senadores

republicanos, Bill Casper se convirtió en el embajador de los Estados Unidos en México. Su única perspectiva para el trabajo era la que le proporcionaba su propia decencia personal. Su mejor credencial era el español impecable y casi sin acento que hablaba.

"Si piensas demasiado, perderemos un tiempo precioso".

"Supongo que no hay otra manera", dijo, levantando el teléfono. "Conecteme con el presidente Zedillo", le dijo a su secretaria.

Esperaron ansiosamente durante tres minutos. cuando el teléfono sonó y todos saltaron.

"El secretario del presidente está al teléfono".

"Gracias. - presionó un botón en su teléfono - "Hola Juan.

"¿Cómo estás?" —dijo, y luego de una pausa— "Juan, ¿puedo hablar con el presidente Zedillo?... Sí, esto es muy urgente... No te preocupes, espero", dijo.

Levantó la vista del teléfono y fijó sus ojos en Bob mientras esperaba.

"Estaba pensando que se suponía que este sería un trabajo cómodo", dijo el Embajador, tapando el

altavoz del teléfono.

"Alguien te mintió".

"Así lo tengo entendido."

Su atención volvió al teléfono.

"Señor presidente, buenas tardes. Siento molestarte, pero necesito solicitar una reunión extremadamente urgente contigo".

"No, señor, y te pido disculpas por esto, pero estoy seguro de que comprenderás nuestra preocupación cuando presentemos los hechos". Escuchó un poco más.

"Sí, señor, gracias, señor presidente".

Colgó el teléfono al mismo tiempo que se levantaba de su silla.

"Nos verá en media hora".

Melissa vio su reloj. Eran las 3:45. Esperaba que llegaran a tiempo.

A la misma hora hubo una reunión en la sede de Defensa Nacional. Temprano en la mañana, el teniente Francisco del Mar había sido recogido por un helicóptero en la base aérea militar de Atizapán de Zaragoza, en las afueras de la Ciudad de México, y trasladado a la Zona Militar Número 1,

donde entregó su información al coronel Guillermo Domingo Díaz.

El teniente Del Mar y el coronel Guillermo Domingo Díaz eran miembros de un equipo de élite de oficiales subalternos elegidos personalmente por el Ministro de Defensa para erradicar la corrupción dentro del gobierno. Su grupo se llamaba Juego Limpio. Los hombres que integraban este cuerpo, jurados en secreto, habían sido asignados por el propio Presidente Zedillo a distintas áreas bajo supuestos antecedentes. Se habían distribuido entre las fuerzas armadas, las secretarías de estado, las oficinas gubernamentales e incluso los departamentos de policía.

Su objetivo era muy específico; para localizar los lugares donde estaba la corrupción más atrincherada, identificar a los culpables y reunir pruebas suficientes para ponerlos tras las rejas.

Ahora el Ministro de Defensa estaba recibiendo información muy inquietante. La reunión que se celebró en el austero despacho del Secretario fue muy tensa. En un extremo de una mesa muy grande, hablaba un hombre con varios expedientes apilados frente a él. Era el coronel Guillermo Domingo Díaz. Era un hombre de poco más de cuarenta años que se estaba quedando calvo

rápido, lo cual era extraño en un mexicano tan joven. Tenía el vago aire de un intelectual, pero la mirada fría en sus ojos oscuros cambió esa percepción muy rápidamente. La forma en que se movía delataba la condición física suprema que mantenía gracias a un riguroso régimen de ejercicio que incluía trotar 10 kilómetros todas las mañanas a las cinco y media. En su mano sostenía el control remoto de una máquina de diapositivas. Las imágenes en la pantalla de la pared cambiaron mientras hablaba.

"Ahora sabemos que el hombre acusado de intentar asesinar al presidente Conover, Emilio Ronquillo, era un trabajador agrícola del estado de Guerrero. La última vez que alguien lo vio fue hace aproximadamente un año, cuando era un campesino pobre que simpatizaba con la guerrilla. Mucha gente en su pueblo pensó que estaba muerto. Nos llamó la atención por primera vez hace unos diez días, cuando estos hombres lo conducían por la Ciudad de México —la pantalla en la pared mostraba a un grupo de hombres subiendo a otro automóvil, y luego sus rostros en rápida sucesión— Los estábamos siguiendo porque trabajan para Roberto Peña, el Ministro de Gobierno en funciones. Corría el rumor de que estaba involucrado en el tráfico de drogas. En el

proceso de controlar a su gente, nos topamos con sus actividades".

"Ahora creemos que Emilio Ronquillo fue capturado y secuestrado en su pueblo natal por estos matones. Lo retuvieron en una casa segura que controlan aquí en la Ciudad de México".

"¿Emilio es un chivo expiatorio?", preguntó el general.

"No exactamente. Los psicólogos están haciendo ahora mismo estudios en profundidad de la mente de Emilio Ronquillo, pero el hombre parece estar convencido de que era su deber matar al presidente Conover. Realmente quería matarlo".

"¿Por qué quería matarlo?"

"Esa es una muy buena pregunta, señor. No tiene una respuesta para eso. De hecho, no tiene respuesta para muchas cosas. Su comportamiento es tan extraño que nos ha hecho creer que al hombre le lavaron el cerebro durante su cautiverio. Pero al final su intención era matar al presidente Conover. Creo que fue inducido a querer eso".

"¿Inducido por quién?"

"Por este hombre. —señaló una fotografía granulada tomada desde lejos, pero lo suficientemente clara como para distinguir al

sujeto; era el candidato presidencial Armando Molina. Esta es una fotografía del candidato entrando a la casa de seguridad donde estuvo retenido Emilio Ronquillo. Nos quedamos muy sorprendidos cuando apareció el candidato. Emilio salió de allí sólo para ser llevado al Auditorio. Por los hombres de Armando Molina, por supuesto".

"¿Molina le dijo a Ronquillo que atacara a Conover y luego lo detuvo? ¿Por qué el candidato montaría semejante farsa?"

"Creo que estaba tratando de llamar la atención sobre sí mismo, señor. Como usted sabe, en las encuestas iba muy por detrás. Ayer se recuperó instantáneamente después de tanta atención positiva. Hoy las encuestas lo muestran empatado con el candidato de la oposición".

"Bueno, ese hijo de puta tiene algo de imaginación, te lo aseguro.

"Hay más, señor".

"¿Qué más podría haber?"

"Después de tomar esa fotografía, hicimos una verificación de antecedentes de todas las personas asociadas con el candidato. También logramos infiltrar a dos de nuestros hombres en su equipo de seguridad, aunque tuve que prometerle al general

Rubén Castillo, jefe de Guardias Presidenciales, que reconsideraría su antigüedad. Sabes que quiere su segunda estrella".

"No haré tal cosa. Debiste haber consultado conmigo", regañó el secretario a su hombre. El coronel Guillermo Domingo Díaz era demasiado inteligente para su propio bien y tendía a olvidar quién estaba a cargo. ¡Prometiendo una segunda estrella a un general! ¡Hacer promesas a un hombre que lo superaba en rango! De hecho, fue demasiado. De pronto el general Abrego se irritó mucho.

"Bueno, señor, antes de que se enoje demasiado conmigo, déjeme mostrarle esto.

"Gracias a esa infiltración también tenemos fotos de Armando Molina reuniéndose en secreto con un grupo de generales de cinco sectores militares diferentes. A uno de ellos ordenamos detenerlo durante la noche, bajo la excusa de una investigación por tráfico de drogas en su sector. Lo interrogué personalmente, como era de esperar, y me confesó el plan de Molina de alcanzar la presidencia mediante un golpe de estado si pierde las elecciones en las urnas".

"¿De qué carajo estás hablando? No podía dar semejante golpe sin mi conocimiento", dijo el

Ministro de Defensa con tal soberbia, que el coronel Díaz casi sonrió.

"Señor, aquí tengo la confesión. El general Bonillas, su segundo al mando, está involucrado. Su función es matarlo directamente un día antes de las elecciones, para convertirse en Ministro de Defensa interino durante la votación e interrumpir el proceso. En la confusión de los resultados postelectorales, los demás generales planean alzarse. El general Huerta encabezará la carga contra Los Pinos desde el interior de este recinto, y será seguido por el general Chávez en Cuernavaca, el general Pimentel en Querétaro y el general Peniche en Puebla. Sacarán sus tropas y rodearán la capital".

"¡Hijo de puta!", gritó el general Abrego mientras se levantaba. Era un hombre alto y corpulento, con cara de feo bulldog. Durante la infancia, su rostro lo había vuelto tímido y retraído. Una vez en el ejército, sin embargo, había aprendido a utilizar a su favor la expresión feroz con la que nació para inculcar el temor de Dios a sus hombres.

"Y hoy he recibido esta información adicional", dijo el coronel, repentinamente asustado del general a su pesar. Observando con cautela al

hombretón que caminaba por la habitación, resumió brevemente el informe traído por el teniente Del Mar.

"En total, estoy seguro de que Molina planea actuar, probablemente esta noche, contra el presidente Zedillo".

La furia del general Abrego fue contenida por él mismo después de escuchar a su oficial subalterno. Este no era un momento para enojarse. El país estaba en peligro. El presidente estaba en peligro. Todo estaba en peligro. El coronel Díaz había hecho su trabajo magníficamente. En lugar de estar enojado, debería estar pensando en cómo detener la catástrofe que estaba a punto de desarrollarse. Necesitaba pensar rápido y actuar con inteligencia.

Después de uno o dos minutos de caminar de un lado a otro y respirar con dificultad, como un toro, recuperó el control. Regresó a su silla detrás de su enorme escritorio. Ahora su orgullo por sus cinco estrellas superaba cualquier posible vacilación. Cogió un teléfono gris que descansaba sobre su escritorio y que no tenía números para marcar. Tenía sólo un botón rojo en el centro. Era la red privada de teléfonos que interconectaba a todos los Secretarios de Estado con el propio Presidente.

"Señor presidente, necesito hablar con usted de

inmediato... No, señor. No puede esperar. Señor, la nación está en peligro... en cinco minutos llego", dijo el General Abrego.

Entonces el General colgó el teléfono, se levantó nuevamente, se arregló la corbata, se puso la sotana verde y ordenó al coronel Guillermo Domingo Díaz que lo siguiera.

Los Pinos es la casa del presidente mexicano. Fue construida originalmente en 1692 en un terreno selecto junto al Parque Chapultepec que alguna vez fue conocido como Rancho La Hormiga. El rancho fue confiscado por primera vez en 1913 por el gobierno revolucionario, que luego lo pagó en 1923 con la idea de convertirlo en una casa para el presidente.

Pero no fue hasta que el presidente Lázaro Cárdenas decidió en 1934 no vivir más en el Castillo de Chapultepec, que se convirtió en la residencia oficial de los presidentes de México. El nombre de Los Pinos proviene de los miles de pinos plantados en los terrenos de la antigua estancia La Hormiga. La construcción había sido reconstruida y reacondicionada constantemente a lo largo de los años, y se añadió un bloque de oficinas administrativas. Cuenta con cómodos accesos a través de varias avenidas principales; La

Avenida Reforma está a dos cuadras y justo afuera de Los Pinos está el Periférico, una autopista que recorre toda la ciudad.

El embajador William Casper III, Melissa McDuffy y Bob Allen no pudieron llegar desde la embajada por la avenida Reforma, que se encontraba congestionada debido a una manifestación afuera del hotel donde se hospedaba el presidente Conover. Tuvieron que tomar un desvío.

El general Abrego, en cambio, no tuvo problemas. Desde sus oficinas en la Zona Militar Número 1, que quedaba sobre la autopista Periférico, hasta Los Pinos, su chofer recorrió diez minutos planos.

Fuera de la oficina presidencial, el Ministro de Defensa se encontró con el Embajador, que había llegado apenas un minuto antes.

Intercambiaron corteses saludos en voz baja y preocupada y luego, saludándose con la cabeza, se hicieron a un lado cuando Juan Martínez, secretario personal del presidente Zedillo, salió de un pequeño pasillo que conducía a la puerta de la oficina presidencial. El embajador entró primero.

Melissa nunca había visto de cerca al presidente

Zedillo y le sorprendió su juventud. Era un hombre delgado, poco atractivo. Tenía una sonrisa juguetona que rara vez mostraba. La mayor parte del tiempo tenía la expresión tranquila de un hombre haciendo cálculos. Lo cual, como economista con un Ph.D. de Harvard, había desempeñado la mayor parte de sus años como presidente. Alguien había dicho que él era el Presidente Accidental. Un hombre que se había convertido en candidato del PRI sólo después de que el primer candidato, Donaldo Colosio, fuera asesinado durante su campaña Zedillo había ganado las elecciones, sólo para que la economía del país se derrumbara dos meses después de asumir el poder. El Crash del Tequila de 1995, como se le conoció por los efectos que tuvo en la economía mundial, quedó en el olvido gracias a los esfuerzos de este hombre que había logrado estabilizar la economía de México.

"Señor embajador, debo decirle que ésta es una sorpresa de lo más inusual", dijo Zedillo con cautela. Parecía estar molesto. A su lado estaba su secretario, Juan Martínez. Detrás de él, observando a todos como un halcón, su guardaespaldas personal de los Guardias Presidenciales. El presidente Zedillo les indicó que se dirigieran hacia un área que tenía un par de sofás grandes.

"Sí, señor. Es muy inusual. Créame, sentimos mucho molestarle", dijo el Embajador.

"El presidente Conover y yo tenemos una cita más tarde hoy, así que supongo que esta visita está relacionada con mi reunión con él", preguntó el presidente.

"No señor. Este es un asunto totalmente ajeno. Primero, permítame presentarle a la agente especial Melissa McDuffy, quien ha estado a cargo de las actividades del Servicio Secreto en México".

"Señor Presidente."

"Agente McDuffy, gusto en conocerla", dijo el presidente Zedillo, asintiendo como un maestro severo.

"Y Bob Allen..."

"Lo sé, él es su jefe de estación de la CIA", dijo Zedillo casualmente. El embajador perdió el equilibrio por un momento. "Usted no es el único que tiene servicios de inteligencia, señor embajador", dijo Zedillo y sonrió brevemente por segunda vez.

"Señor Presidente, iré al grano; Tenemos razones para creer que hay otro complot de asesinato a flote. Todas las pruebas que tenemos son circunstanciales a estas alturas, pero estamos

completamente convencidos de ello. Tanto es así que, a menos que actúe inmediatamente, estoy dispuesto a desaconsejar al Presidente Conover que se presente esta noche en Bellas Artes", dijo el Embajador sin dudarle. Había decidido exponer su caso lo más claramente y lo más rápido posible, pero su estallido sonó peor porque el embajador no estaba acostumbrado a hablar así.

El presidente Zedillo lo miró fijamente. Su mirada era fría.

"Señor Embajador, antes de que llegue al punto de jugar al duro conmigo, ¿no debería decirme qué está pasando?"

El embajador se sonrojó. El presidente Zedillo tenía razón, por supuesto. Melissa intervino.

"Con su permiso, señor presidente, quisiera darle la información que hemos encontrado", dijo en voz baja. Luego de recibir su aprobación, le explicó las inconsistencias en el intento de Emilio Ronquillo, le contó todo lo que sabían sobre el misterioso objeto que cruzó la frontera desde Belice, mencionó los rumores que flotaban en la comunidad de inteligencia internacional sobre un grupo de científicos rusos que trabajan en un nuevo tipo de gas venenoso en algún lugar de México, sobre el centro de investigación en

Quintana Roo, y sobre Federico S. Sánchez y sus años perdidos en Alemania.

"En vista de esta evidencia, señor, creemos que hubo algún tipo de arma entregada en ese centro de investigación, donde probablemente fue modificada, para luego sacarla de allí y traerla a la Ciudad de México".

"¿Y usted cree que don Federico está involucrado en esto?", dijo el presidente Zedillo. Las dudas que tenía sobre el asunto se reflejaron claramente en su rostro.

"Sí, señor."

"No creo que eso sea posible".

"Señor, si estamos en lo cierto, esta noche es su última oportunidad de lanzar un ataque contra usted, el presidente Conover y todos los demás. Por eso esto es tan urgente".

"¿Y si te equivocas?"

"Entonces no se pierde nada, señor, salvo unas horas incómodas para Federico S. Sánchez mientras descubrimos la verdad", dijo Bob.

"¿Tiene alguna idea de por qué Don Federico haría algo como esto?"

"Todavía no, señor. Pero hay un par de

posibilidades. Una es que podría haber un interés europeo en desestabilizar a Estados Unidos. Como usted sabe, durante mucho tiempo las potencias europeas han intentado utilizar a su país como trampolín contra Estados Unidos".

"Y México siempre ha refutado esos intentos".

"Lo sabemos, señor, y estamos agradecidos por ello".

"¿Cuál es la otra posibilidad que mencionaste?"

"Lo único que se me ocurre ahora es un motivo personal, pero no puedo entender por qué Federico S. Sánchez odiaría tanto a Estados Unidos".

El presidente Zedillo se levantó.

"Señor embajador, gracias por informarme sobre esto. Por supuesto, puede contar con nuestra total cooperación. Con la única condición de que nada se haga público hasta que yo lo apruebe. No quiero que Don Federico sea calumniado en los medios si esto resulta ser una sospecha infundada".

"Por supuesto, señor presidente. Y por favor perdone mi comportamiento abrupto antes".

"Ya lo olvidé, Bill", dijo amablemente el presidente Zedillo.

Luego se dio vuelta y miró a Melissa: "Agente

McDuffy, gracias por todo su buen trabajo. He escuchado de nuestro pueblo que ustedes han sido muy cooperativos y amables con todos", dijo el Presidente Zedillo mientras los acompañaba hacia la puerta.

"Gracias Señor. Solo haciendo mi trabajo."

"Algo más, señor presidente...", dijo Bob, de repente. Todos se detuvieron.

"Sí, ¿qué pasa?", dijo Zedillo, mirando su reloj y luego a Bob.

"¿Puedo sugerir que uno de nosotros vaya con su gente? De esa manera podremos ofrecer nuestra asistencia y asesoramiento, si es necesario".

El presidente Zedillo consideró esto durante uno o dos segundos.

"¿Te estás ofreciendo?"

"El agente McDuffy estaría encantado de ir, señor", ofreció Bob sin consultar con ella, lo que molestó a Melissa. ¿Que estaba haciendo?

El presidente Zedillo la miró y sonrió.

"Sólo como observador. Ella sólo puede ir a mirar. ¿Puedo informarle sobre eso, señor embajador?"

"Sí, señor. Absolutamente."

"Bueno. Por favor, Juan, cuida que la señora esté cómoda mientras hablo con el general Abrego".

"Por supuesto, señor presidente".

Una vez que salieron de la oficina, Melissa le susurró enojada a Bob: "¿Por qué hiciste eso? Tengo trabajo que hacer."

Él la miró y estaba a punto de responder, cuando lo pensó mejor.

"¿Tienes tu teléfono contigo?", susurró.

"Por supuesto."

"Llámame en diez minutos".

El Embajador y Bob se marcharon y Juan llevó a Melissa a otra habitación, al final del pasillo.

Cuando se quedó sola, sacó el celular de su bolso. Se trataba de una edición especial del teléfono Iridium que vendía Motorola, y que podía usarse para recibir llamadas a cualquier parte del mundo. La señal rebotó en una serie de satélites de baja altitud que Motorola había comenzado a instalar hace unos años. La parte de la edición especial fue que codificaba automáticamente las llamadas. Marcó el número de Bob. Respondió después del primer timbre.

"Espero que no estés enojada", dijo. Él y el embajador ya estaban en su coche.

"Claro que lo estoy. ¿Por qué hiciste eso sin consultarme? ¿Por qué me ofreciste como observador?"

"Bueno, éramos tú o yo. Y soy demasiado viejo y feo. Tú, por otro lado, eres una joven preciosa".

"¿Qué tiene eso que ver con lo otro?"

"Tiene que ver con que los mexicanos consideran que los actos de caballería valen mucho la pena. Ser un caballero con una mujer es parte de su comportamiento ético. Al enviarte, reciben el mensaje de que confiamos en ellos lo suficiente como para enviar a nuestras mujeres a una misión con ellos. A los mexicanos no les gustan los observadores extranjeros de ningún tipo. Es algo que conceden muy raramente. Pero como eres mujer, la actitud arrogante del presidente Zedillo hizo efecto y lo aprobó. Me aseguré de que tuviéramos un observador en la escena, eso es todo".

Melissa se quejó unos minutos más, pero cuando llegó un joven azafato vestido de blanco con una bandeja de café y pasteles, decidió calmarse.

"Está bien, ¿qué pasa con mi oficina?"

"Me haré cargo de ello. Mantente en contacto por teléfono y todo estará bien".

"Está bien."

"¿Cuánto tiempo te queda de batería de tu teléfono?" Miró el indicador. Estaba casi lleno.

"Unas catorce horas. Eso debería ser suficiente".

"Bien. Llámame en cuanto salgas de Los Pinos".

"Está bien."

Se sirvió una taza de café y se comió una galleta. Entonces su estómago rugió y recordó que no había comido nada en todo el día, pero no prestó atención. Lo que importaba ahora era que las cartas estaban sobre la mesa.

No había nada más que hacer que esperar y desear que consiguieran ases.

De regreso a la Presidencia, el coronel Guillermo Domingo Díaz terminó de hacer su presentación y el general Abrego le ordenó esperar afuera. Cuando el Coronel intentó recoger su computadora portátil y el equipo de diapositivas, el General le ordenó que dejara todo como estaba.

Estaba preocupado por su amigo, el presidente.

El Presidente Zedillo guardó silencio durante lo que pareció un larguísimo tiempo.

El general Abrego se mantuvo erguido y miró hacia adelante, esperando las órdenes de su Comandante en Jefe. Ambos se conocían desde hacía años, desde que Zedillo regresó de Harvard y comenzó a trabajar en el gobierno. Zedillo había elegido al general Abrego para organizar el equipo de Fair Play, y eso era algo de lo que el general Abrego estaba orgulloso. Más aún que por su nombramiento como Secretario de Defensa, porque el general Abrego consideró que el Fair Play significaría más para México a largo plazo que un simple Secretario de Defensa. Por eso para él era un honor histórico estar al frente del mismo. Estaba tan agradecido al Presidente Zedillo por haberlo elegido, que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por él. Hasta el día de hoy, el Presidente Zedillo y el General Abrego habían tenido una amistad cordial y tranquila. Ahora, el general Abrego no sabía qué decirle a su amigo y jefe. El presidente Zedillo parecía haberse desinflado.

Se sentó allí, en el sofá, y miró al suelo con una expresión vacía en sus ojos.

"Estoy dispuesto a arrestar personalmente a

Molina, señor presidente", dijo el general Abrego después de lo que pareció una eternidad.

"¿Bajo qué cargos, general?"

"Traición, señor."

"¿Te das cuenta de lo que pasaría? Tendríamos una guerra civil en menos de una semana. Los elementos ya están ahí. La única posibilidad que tenemos de evitar que estalle esta guerra civil es la esperanza que las elecciones han creado en el pueblo. Si hacemos algo para detener el proceso...", no terminó, porque la perspectiva de lo que estaba pensando era demasiado fea para imaginarla.

El general Abrego no respondió, pero sabía que el presidente Zedillo tenía razón.

"Tenemos un enorme problema en nuestras manos. ¿Se acuerdan del general Bernardo Reyes?", preguntó el Presidente. El general asintió. Por supuesto que lo recordaba.

Bernardo Reyes había sido un general y gobernador de su estado, muy distinguido y bien considerado que, en 1911, había intentado rebelarse contra el gobierno de Francisco I. Madero. Encarcelado en 1913, Reyes fue liberado por sus seguidores en una batalla que se conoció

como la Decena Trágica (Los Diez Días Trágicos) porque muchos mexicanos dignos habían muerto innecesariamente. Bernardo Reyes había muerto intentando asaltar la presidencia. El presidente Madero había muerto después de que el general Victoriano Huerta diera un golpe de Estado. Ese golpe había sido el inicio de una guerra civil en México que duró muchos años y causó la muerte de casi un millón de personas.

"Seguramente no estás diciendo que no hagamos nada".

"En absoluto, general. Lo que estoy diciendo es que debemos pensar muy detenidamente cómo vamos a abordar esto. Pero ahora tenemos que ocuparnos de un problema más acuciante. Afuera hay una mujer esperando para unirse a tus comandos".

"¿Mis comandos?"

"Sí, general. Quiero que ordene a un grupo de sus mejores hombres que busquen al profesor Federico S. Sánchez y lo arresten. Estoy seguro de que no es nada, pero los americanos creen que ha colocado una bomba en alguna parte. ¡Encuentrenlo! Dentro de media hora saldré para reunirme con el presidente Conover. Posteriormente, nos uniremos al resto de

presidentes en el concierto en Bellas Artes. Espero que vuelvas aquí esta noche después del concierto. Luego planificaremos qué vamos a hacer con Molina".

"¡Sí, señor!", dijo el General. Saludó elegantemente y se fue.

El presidente Zedillo quedó solo en su despacho. Esta fue otra prueba a su coraje. Si fracasaba, la estabilidad futura de México, Estados Unidos e incluso todo el continente estaría en peligro.

No podía fallar.

La Ciudad de México está en un valle a 2,240 metros (6, 720 pies) sobre el nivel del mar, rodeado por una cadena semicircular de montañas de origen volcánico. En la parte sur de la ciudad se encuentra la carretera a Cuernavaca, ciudad famosa internacionalmente por su maravilloso

clima durante todo el año.

Cuernavaca había sido un sitio elegido para las casas de fin de semana de los mexicanos adinerados desde que Hernán Cortés construyó allí su propia casa.

Para viajar allí tuvieron que cruzar una de las cadenas montañosas más altas de México.

Entre la Ciudad de México y Cuernavaca hay unos 70 kilómetros. A mitad de camino, por el camino antiguo, se encuentra un mirador conocido como El Mirador. Desde este mirador se puede observar toda la ciudad. El Mirador está mil metros por encima de la ciudad y no es más que una pequeña zona de descanso excavada en la montaña, un trozo arrancado de la roca que es también un precipicio traicionero del que han caído numerosos coches y personas.

Al lado del mirador hay otra colina, aunque unos 200 metros más alta que la carretera.

Ese era el lugar que don Federico había elegido para construir su casa muchos años antes, cuando en un viaje a Cuernavaca comprobó que desde lo alto de aquel cerro se podía tener una vista despejada de toda la ciudad. Pagó a varios de sus empleados para que caminaran arriba y abajo del

camino hasta encontrar a los dueños del cerro. Los terratenientes resultaron ser campesinos que intentaron cultivar la tierra rocosa para plantar maíz y ganarse la vida con ello. Cuando los extraños se ofrecieron a comprarles la tierra, estuvieron encantados de venderla.

Una vez adquiridos los derechos sobre todo el cerro, unos cincuenta mil metros cuadrados, don Francisco envió la maquinaria necesaria para abrir un camino y nivelar la cima del cerro. Una vez que hubo una superficie plana encima, envió tropas de albañiles comandados por arquitectos. En dos años había construido su casa de retiro. Su paraíso privado.

Lo llamó precisamente así. Valhalla.

El Valhalla era, en la mitología nórdica, el lugar donde descansaban los héroes asesinados en batalla.

Esta noche, su paraíso se convertiría en un santuario para el regreso de los dioses.

Desde la terraza cerrada de su paraíso personal, don Federico hizo los últimos preparativos. La ciudad se extendía hacia abajo en un océano de luces que parecía no tener fin. Líneas rojas y destellos blancos bañaron la ciudad en multitud de

olas de colores.

Parecían vibrar anticipando lo que estaba por suceder.

Millones de luces provenientes de millones de fuentes; Coches, casas, calles, que parecían combinarse en una única y magnífica obra de puntos brillantes. Él, sin embargo, buscaba sólo uno; la luz parpadeante en lo alto de la Torre Latinoamericana que allí se había colocado para advertir a los aviones de su presencia. Al igual que un faro que guiaba a los barcos perdidos hace siglos, esta noche la luz parpadeante cumpliría un propósito más elevado.

Con paso lento, pero firme, don Federico abrió electrónicamente las ventanas de su terraza. El viento frío de la noche entró y le hizo temblar. Colocó una estrecha caja metálica de aproximadamente medio metro de largo en el marco metálico de una de las ventanas y la sujetó con abrazaderas metálicas. Era una lámpara de luz láser. Lo encendió y un rayo verde fue apenas visible después de un momento. Don Federico apuntó la lámpara hacia el suelo y apareció un punto en la hierba.

Con la ayuda del visor situado en la parte superior de la carcasa metálica, fijó el rayo verde

en la luz estroboscópica a veinticinco kilómetros de distancia.

El miro su reloj; 8:05 pm

El concierto estaba por comenzar.

Todos los presidentes ya deben estar dentro de Bellas Artes.

Don Federico se sentó en una silla junto al misil.

Le dio unas palmaditas cariñosas a su Valkiria.

Sirvió un poco de líquido blanco en un vaso y luego un vino tinto especial que había encargado especialmente a Alemania para la ocasión. Giró hacia las Valkirias, de Richard Wagner.

Según el folclore alemán, las Valkirias eran las doncellas de los muertos. Eran mujeres feroces e intrépidas que cabalgaban hasta los campos de batalla, elegían a los que iban a morir y traían a los héroes de regreso al Valhalla. En la ópera de Richard Wagner la mejor de las Valkirias es una mujer llamada Brunhild. Es una poderosa guerrera que desafía al dios Wotan para ayudar a los amantes Siegmund y Sieglinde. Wotan la castiga haciéndola dormir en la cima de una montaña rodeada de fuego, de donde es rescatada por Siegfried.

A través de algunas artes mágicas él la olvida, y por esta infidelidad ella provoca su muerte, su propia muerte en su pira y la quema del Valhalla.

Federico Schmidt Sánchez estaba listo.

Abrió una pequeña puerta al costado del misil. Había un teclado numérico iluminado. Moviéndose con cuidado, debido a su enfermedad, marcó el código de disparo. Luego puso el cronómetro en quince minutos, para que el misil llegara a Bellas Artes justo después del inicio del último acto, cuando Brunhilde provoca la destrucción.

Luego subió el volumen de la música.

Se concentró en la música y en el mundo de su mente, poblado por fantasmas de personas muertas hacía mucho tiempo. Todos sus seres queridos habían muerto hacía tanto tiempo que apenas recordaba sus rostros, pero el ardor en su corazón recordaba lo mismo.

Se uniría a ellos en sólo unos minutos más. No iba a dejar que el cáncer se lo llevara. Había preparado todo meticulosamente. Cuando el misil completara su misión mortal, él bebería su vino mezclado con unas gotas de cianuro y un poderoso narcótico. Iba a compartir su muerte con la de los presidentes. Luego iba a iniciar el fuego de forma

automática. Las cargas explosivas estaban colocadas alrededor de su Valhalla. Al final de la noche no quedaría nada de esta gigantesca y magnífica pira que había construido para él y su amada Ute.

Tuvo que recrear el mito para devolverlo a la vida.

Estaba creando las condiciones para el regreso de los dioses.

Por fin.

Melissa viajó con el general Abrego en el convoy militar.

Delante había un camión pintado de verde y otros dos los seguían. El general Abrego había decidido no perder el tiempo y, en lugar de enviar solo a sus hombres, encabezó la carga. Pero, por si acaso, trajo consigo un batallón entero de soldados.

Mientras viajaban, Melissa seguía mirando nerviosamente por la ventana porque el camino parecía más estrecho a medida que subían. Y subieron a la montaña... y subieron... y subieron.

"¿A qué altura estamos, general?"

"A más de 3.000 metros sobre el nivel del mar", dijo secamente.

Vio que la ciudad a veces parecía estar detrás de ellos y luego al lado debido a las curvas. No fue hasta que los camiones se detuvieron que se dio cuenta de que la enorme ciudad estaba por todas partes.

Por un momento quedó asombrada y distraída ante la vista de la ciudad más grande del mundo. El aire en la montaña era extremadamente ligero y puro, fresco y limpio. Melissa respiró profundamente, llenando sus pulmones y saboreando la dulzura de la atmósfera que era tan diferente a la de la ciudad de abajo, sucia, calurosa y contaminada.

Entonces comenzaron los problemas.

Cuando los soldados descendieron de los camiones y se dispersaron en unidades de combate a lo largo del muro de piedra volcánica que rodeaba la entrada de la casa, desde algún lugar dentro del patio apareció una luz de búsqueda y comenzaron los disparos.

Los soldados se tiraron al suelo y respondieron al fuego.

"¡Mata la luz!" gritó el general Abrego. Empujó a Melissa al suelo mientras él se levantaba valientemente, con una automática .45 en la mano. Disparó al reflector, pero estaba demasiado lejos para su pistola. Sus hombres concentraron el fuego de sus rifles en el lugar y la luz se apagó bajo una descarga.

"¡Entren!", ordenó el general.

Los soldados comenzaron a escalar el muro. Hubo más ráfagas de rifles y pistolas, seguidas por el sonido distintivo de Uzis y escopetas. Tres soldados cayeron junto al general, que ni se inmutó.

Melissa intentó levantarse del suelo, pero el General la empujó hacia atrás.

"Quédate ahí, pequeña. Este es un trabajo de hombres", afirmó.

"Qué carajo es eso", murmuró.

Varios soldados aseguraron la puerta de entrada y la abrieron disparando las cadenas que la envolvían. El resto del batallón entró en el recinto al amparo de la oscuridad.

Cuando el general Abrego avanzó hacia el interior, Melissa se levantó y le arrebató un rifle a un soldado caído. Inclinandose, corrió hacia el

recinto detrás del General. Antes de que él pudiera atraparla, ella giró a su izquierda y corrió entre los árboles hacia la parte trasera de la casa mientras los soldados se concentraban en la resistencia encontrada en el frente.

Rodeó una estructura grande y luego entró en un segundo jardín. Era un jardín de rosas y al correr por él sus piernas fueron cortadas por las espinas, pero ni siquiera sintió los cortes. Los disparos ya estaban detrás de ella y escuchó otro sonido débil. Era el sonido de la música. Corrió entre las rosas hacia el sonido.

La casa principal era un imponente edificio que estaba dividido en dos partes. En el frente era una estructura alargada, de forma rectangular.

Luego había una arcada y al fondo había un enorme muro cubierto de enredaderas. El muro sostenía una larga terraza cerrada por ventanas.

La música venía del interior.

Se colgó el rifle en el hombro y comenzó a escalar la pared con ayuda de las enredaderas que la cubrían. También tenían espinas, por lo que cuando llegó a la terraza le sangraban las manos y la cara por pequeños cortes que le dolían. Se levantó para agarrarse al borde de la ventana y se

encontró mirando la gran punta cónica del misil.

El nivel del sonido de la música dentro de la habitación era ensordecedor.

Saltó a la habitación y fue entonces cuando vio al anciano.

Parecía estar dormido sentado en una silla junto al misil. Su mano sostenía un control remoto. Parecía cómodo, como si estuviera soñando. En la mesa a su lado había una botella de vino y un vaso vacío.

Tocó el misil con dedos temblorosos y su sangre dejó un rastro rojo en la pintura blanca. Era un arma grande, de más de dos metros de largo y uno de circunferencia. En la cola sobresalían pequeñas alas, como las aletas de un pez.

Apagó la música con el control remoto. El silencio fue pesado por un momento, roto sólo por los sonidos ahogados del fuego cruzado que parecían venir desde muy lejos. Fueron disminuyendo en intensidad y frecuencia hasta quedar sólo disparos esporádicos.

Entonces vio el cronómetro parpadeando en el arma. Ella vio, congelada en un repentino ataque de pánico, mientras los segundos cambiaban.

5:07

5:06

5:05

5:04

5:03

5:02

5:01

5:00

4:59

4:58

4:57

Luego se obligó a recuperarse.

Se dio vuelta y sacudió al anciano.

"¡Despierta! ¡Maldita sea, despierta!", gritó. Ella siguió sacudiéndolo y abofeteándolo. Tenía que despertar. ¡Tenía que apagar la maldita máquina!

4:20

4:19

4:18

El anciano abrió los ojos por un instante.

"¡Ute!", dijo alegremente, y murió. El cáncer había ganado la última batalla.

Frenéticamente, Melissa desenganchó el teléfono celular de su cinturón y marcó a la única persona que podía ayudarla ahora.

4:10

4:09

4:08

4:07

4:06

4:05

4:04

"¡Vamos, contesta el teléfono!", gritó cuando Bob no contestó al primer tono.

"¿Qué pasa?", respondió.

Ella explicó lo más rápido que pudo.

"Estoy parado frente a un hombre muerto y un misil listo para estallar. Tiene cuatro minutos antes de disparar. ¡Necesitamos evacuar a todos!

"¡No hay tiempo! ¿Qué clase de misil es?"

Ella lo describió lo mejor que pudo.

"Mide unos dos metros de largo y está montado

sobre un riel de metal. ¡Es blanco y tiene colas de aleta en la espalda!

"¿Es nuestro?"

3:49

"No lo sé... ¡espera! ¡Sí! ¡Lo es!", gritó al encontrar las marcas del ejército de los Estados Unidos.

"Busca un compartimento en el lado izquierdo".

Ella lo hizo, moviéndose tan rápido como pudo.

3:25

3:24

3:23

"Lo encontré"

"Cambia el momento del disparo".

Melissa ya estaba apretando botones.

"¡No sirve de nada! El cronómetro no funciona".

2:45

"¡Tiene un código! ¡Intenta bloquearlo!

Melissa buscó una barra de metal o algo pesado que pudiera usar para bloquear o romper el

mecanismo electrónico, y en ese momento vio la lámpara láser pegada al alféizar de la ventana.

"Hay una luz láser en la ventana. Creo que es el sistema de guía".

"¡Apágalo!"

Ella corrió hacia allí.

1:30

1:29

1:28

1:27

"¡ESTÁ APAGADO!"

"¡El objetivo ya está fijado! No muevas la lámpara y dime qué ves a través del visor".

"Yo... no veo... espera, una luz, una luz parpadeante. Está encima de un edificio muy alto. Flaco. Como un rascacielos de Nueva York".

"¡La Torre Latinoamericana! ¡Tiene que serlo! ¡Tiene que ser eso!", gritó Bob.

En ese momento se escuchó un clic y luego un ruido fuerte. Saltaron chispas de la cola del misil. Se encendió. La casa entera pareció retumbar y temblar.

"¡ESTÁ A PUNTO DE DISPARAR!", gritó justo cuando el rugido se volvió abrumador. Desesperada, impulsada por la rabia y el sentimiento de impotencia que había tensado su cuerpo como un resorte enroscado, sin pensar, dejó caer el teléfono y comenzó a golpear el misil con ambas manos mientras lo empujaba para intentar derribarlo y detenerlo, pero fue inútil.

El misil despegó.

La aleta del misil se enganchó en su chaqueta y la arrastró y luego la fuerza del empuje la hizo salir por la ventana. Cayó al suelo los tres pisos maldiciendo y gritando. Aterrizó en el lecho de rosas. Melissa se golpeó la cabeza y se quedó allí como una muñeca rota.

Los explosivos colocados alrededor de la residencia comenzaron inmediatamente después del lanzamiento del misil. El primero arrasó con toda la terraza. El resto de las detonaciones, en una rápida secuencia, destruyeron toda la casa.

Entonces comenzó el incendio.

Cuando Bob escuchó el rugido lo supo. Corrió lo más rápido que pudo a través de la calle hacia la Torre Latinoamericana, que era el rascacielos en

diagonal frente a Bellas Artes.

Sabía que sólo le quedaban unos minutos.

Un grupo de agentes del Servicio Secreto, tanto estadounidenses como mexicanos, que lo había visto despegar, corrió tras él.

"¿Qué pasa?", le gritaron. Bob no respondió.

Estaba demasiado ocupado buscando una manera de detener el misil.

Sabía que el sistema de guía del misil no estaba basado en un radar ni en un dispositivo de búsqueda de calor. Era guiado por láser. La luz láser había apuntado al objetivo. Como el sistema de guía del misil ya tenía su objetivo fijado, la única solución posible ahora era ocultar el objetivo. Para hacerlo desaparecer. Pero ya era demasiado tarde para correr hasta el tejado del edificio y apagar la luz estroboscópica. Entonces, por el rabillo del ojo, vio que en la acera de la avenida había una farola de metal, en lugar de la habitual de hormigón. Inmediatamente recordó para qué se utilizaban los postes de metal. Soportaban cables de alta tensión.

"¡El transformador! ¡Dispáren al transformador!", gritó, corriendo. por la avenida buscando un transformador arriba en los postes.

Cuando lo encontró, empezó a dispararle. Los otros guardias hicieron lo mismo, aunque no sabían por qué. Por un momento no pasó nada. Entonces saltaron chispas, hubo un destello de luz y salió algo de humo del transformador. Varios edificios y manzanas enteras de la ciudad quedaron a oscuras.

¡Las luces de la Torre quedaron encendidas!

Bob sintió un dolor terrible en el pecho. Ahora podía oír el débil silbido del misil acercándose. Los guardias corrieron en direcciones opuestas a lo largo de la avenida. Sin aliento, Bob Allen corrió detrás de uno de los guardias mexicanos, un joven que se movía rápida y fácilmente.

Inmediatamente encontraron otro transformador en un poste y ambos vaciaron sus armas en él. Una cascada de chispas cayó sobre sus cabezas.

Entonces, justo cuando el ruido en el cielo aumentaba, las luces de la Torre Latinoamericana se apagaron graciosamente de abajo hacia arriba en un fuego artificial de electricidad.

Bob se llevó las manos al pecho y oyó pasar el misil. El se dejó caer sobre el asfalto.

Tendido allí, sin poder respirar, observó la cola blanca de humo que dejaba el misil moviéndose

por el cielo oscuro. No tenía fuerzas ni para sonreír.

Pronto fue rodeado por los otros guardias.

Después de unos minutos de oscuridad, se encendieron las luces de respaldo de la Torre Latinoamericana .

Dentro de Bellas Artes, Plácido Domingo recibía la última ovación de su actuación profesional.

El misil, habiendo perdido su objetivo, siguió volando en línea recta hasta que se quedó sin gasolina a unos treinta kilómetros de la ciudad y cayó sobre un campo de maíz donde dormía una vaca. El bote con el gas venenoso se abrió y la vaca murió. El gas permaneció a nivel del suelo durante cuatro horas más, como una crema espesa flotando en el café, y mató a todo ser vivo que pasaba volando o caminaba por el campo.

Boris habría estado orgulloso.

Como la cabeza del cohete no explotó, fue recuperada a la mañana siguiente a las 5:30 am por un equipo de expertos enviado por el general

Abrego. Estaba ligeramente dañado, pero por lo demás bien. Sería devuelto a Estados Unidos con la protesta formal que exige el protocolo internacional. Ambos países lo archivaron rápidamente en el cajón de "olvídame" .

Un equipo de soldados vestidos con trajes especiales limpió el campo durante toda la semana siguiente, y después el general Abrego se sintió obligado a enviar un par de vacas como regalo al granjero.

Un día después de que el presidente Conover abandonara el país, Carmen Núñez recibió un sobre que le entregó personalmente un transportista comercial. Esta vez, nunca supo quién se lo envió.

En su interior encontró una serie de documentos, fotografías y una descripción detallada de cada uno. Hablaba de manera muy sucinta sobre la participación de Armando Molina en el "intento de asesinato" en el Auditorio. Los documentos demostraban sin lugar a dudas que él había montado todo el asunto.

Carmen respiró hondo y se sentó en la mesa de su cocina a escribir un artículo muy extenso. Cuando terminó ya era tarde. Nuevamente fue a hablar con el editor nocturno de Reforma. Ella se sorprendió cuando él la recibió con los brazos abiertos. Su rostro duro incluso intentó sonreír, pero la mueca lo hizo parecer más feo que antes.

"¿Por qué no has vuelto a verme antes?"

"Bueno, no tenía nada que traerte", dijo, señalando la carpeta que llevaba como un bebé. "Ahora tengo esto".

"Hablaemos de ello, pero déjame preguntarte esto primero. ¿Estarás dispuesta a venir a trabajar para nosotros?"

Ella se quedó sin palabras por un momento.

"Tengo una vacante ahora mismo y pensé que tal vez tú quisiera subir a bordo. El dinero no es mucho, pero sí es justo, y..."

"Acepto", lo interrumpió.

"¿No quieres saber más sobre esto?"

"Puedes contarme todo esto más tarde, jefe, pero ahora tenemos que pensar en esto", dijo. Con un gesto, abrió la carpeta y la colocó frente al hombre severo.

La información era tan rica, los documentos que la respaldaban tan concluyentes, las fotos tan claras, que el editor no dudó.

"Paren las prensas!", ordenó por teléfono.

"¿Otra vez?", dijo el jefe de la imprenta. Él estaba listo para hacerlo.

"Sí. ¿No es genial?", se rió el editor.

Como la información era tan extensa, el editor decidió dividirla en una serie completa que duraría toda la semana. Trabajaron juntos durante dos horas en la primera entrega. A las dos y media el diseño en el ordenador estaba listo para la imprenta.

Cuando apareció el periódico a la mañana siguiente, toda la población mexicana parecía contener la respiración. Durante toda una semana se apresuraron todas las mañanas a comprar el periódico, mientras el resto de los medios no podían hacer más que seguir su ejemplo.

Armando Molina lo negó todo, por supuesto, y lo calificó como una trampa de la oposición, pero la evidencia fue tan abrumadora que sus negativas sólo empeoraron las cosas. No se presentaron cargos penales contra él, pero su maniobra fue tan evidente que la gente estaba furiosa con él.

Tan fácilmente como Armando Molina se había convertido en un héroe, de la noche a la mañana se convirtió en una broma internacional.

Si hay algo que los mexicanos perdonan jamás es que se les tome por tontos.

Cuando los mexicanos finalmente exhalaban su aliento colectivo cuatro semanas después en las

urnas electorales, los resultados fueron asombrosos. Nunca en la historia de México, ni siquiera cuando no había otro candidato que el oficial, los resultados habían sido más decisivos. Por cada voto a favor de Molina, diez se emitieron en su contra.

El presidente Zedillo recibió a Armando Molina a la mañana siguiente de las elecciones. Los titulares de todo tipo de medios anunciaban la aplastante derrota de Molina y el inicio de una nueva era en México.

"No esperas que acepte esos resultados, ¿verdad?", dijo Molina. Estaba esperando que el general Bonilla partiera con su plan en cualquier momento. Habían hablado entre ellos la noche anterior y acordaron que era hora de empezar a hacer rodar los tanques.

"Por supuesto que sí. Así votaron los ciudadanos de México. Te guste o no, no es mi problema".

"Tuvo que ser un mal funcionamiento de la computadora. Quiero decir, esos resultados deben haberse debido a una avería de la computadora, como en 1988. Pero todavía hay tiempo, ¿sabes?"

podemos arreglarlo."

Zedillo se rió.

"No te detendrás ante nada, ¿verdad?"

Molina interpretó mal las señales y sonrió.

"Sabía que no entregarías la presidencia de México a esos imbéciles", dijo con aire de suficiencia.

La sonrisa del presidente Zedillo desapareció.

"Por su puesto que lo haré. Si tenía alguna duda, tú me has convencido de la importancia de tener un proceso democrático real en nuestro país.

Me has demostrado más allá de toda duda que el poder absoluto que la presidencia mexicana ha disfrutado durante tanto tiempo tiene que terminar para siempre. Este poder nos da un tremendo potencial para equivocarnos sin ser desafiados. Eso es lo que significa democracia en última instancia: que los gobernantes de un país pueden cometer un error, pero el pueblo puede corregir ese error por medios pacíficos".

"¿De qué estás hablando? ¿Cuál fue tu error?"

"Elegirte fue mi error más grave. En las últimas semanas he comprendido que el mayor peligro para nuestro país no son los partidos de oposición,

como solía pensar, sino la posibilidad de que un monstruo como usted llegue al poder. Y si por casualidad llega algún otro como tú, a partir de ahora el pueblo podrá echarlo del cargo sin derramamiento de sangre. Como no puedo vigilar a todos los demás monstruos como tú, los ciudadanos lo harán".

"¿Por qué me hablas así? Siempre te he querido como al hermano mayor que nunca tuve", dijo Molina fingiendo una sorpresa herida.

"Deja de fingir, Armando. —Dijo el presidente Zedillo, y arrojó una carpeta encima de su escritorio. — Sé todo lo que hiciste y todo lo que planeabas hacer. Sé lo del general Bonilla y todo lo demás", dijo el Presidente enfureciéndose. "A partir de este momento todos están siendo detenidos por el general Abrego".

Armando Molina palideció. Intentó hablar pero de repente se le secó la boca.

"Por el bien del país no te voy a meter en la cárcel ahora mismo. Pero si no abandonas el país en veinticuatro horas y permaneces fuera durante al menos 10 años, te acusaré de traición. Y sabes que la traición es el único delito castigado con la muerte en México".

"Ernesto, yo-_"

"Señor presidente, para ti!".

"Señor presidente, me gustaría explicar..."

"No hay nada que explicar. ¡Sal de aquí! Y si no recibo confirmación de tu salida inmediata, te arrestaré yo mismo".

"Yo-"

"¡Fuera!", gritó el presidente con tanta fuerza que sus guardias entraron corriendo.

Armando Molina apenas podía salir solo de Los Pinos por la forma en que le temblaban las piernas.

Esa misma noche se distribuyó a todos los periódicos un anuncio de un párrafo de extensión.

No llegó a la portada.

Excandidato sale de México.

UP/Ciudad de

México El excandidato a la presidencia

Armando Molina ha decidido abandonar el país por un tiempo, para permitir la curación de las heridas que le hayan podido provocar las recientes elecciones. Se desconoce el destino del excandidato. No se ha fijado ninguna fecha de regreso.

Melissa no quería despertar.

Estaba teniendo un sueño en el que varios de los

días más felices de su vida se combinaban en un solo momento que revivía una y otra vez en su mente. Cuando la conciencia amenazó con sacarla de allí, se obligó a regresar una y otra vez a ese lugar suave, agradable y dulce, que estaba tan lleno de alegría.

El primero de esos días que pasó por su mente la llevó a la época en la que, siendo adolescente, había montado a caballo durante horas y horas por el bosque cercano a su casa en el pequeño pueblo de Virginia donde creció. Era un día limpio y soleado y el suelo estaba mojado después de una lluvia reciente. Los olores de la tierra eran ricos y abundantes y la hacían sentir como en casa de la misma manera que el olor de una panadería despierta la misma emoción en otras personas. Para ella, sin embargo, el olor fresco de la tierra húmeda y fértil del bosque era igual de acogedor y satisfactorio. Esta escena fértil se combinaba con las imágenes del nacimiento de sus hijas como si hubieran nacido de ese aire limpio, y podía escuchar sus risas multiplicadas en los ecos de su mente.

La última parte de su sueño fue el día en que comenzó a trabajar como agente del Servicio Secreto. En su sueño no revivió las acciones del

día, sino las emociones: la forma en que los latidos de su corazón se habían acelerado con excitada anticipación mientras conducía hacia su primer día de trabajo; la felicidad que había sentido cuando se sentó en el espacio que ella ocuparía, el orgullo de ser una de las pocas agentes mujeres que trabajaban allí y la profunda confianza que tenía en sí misma y en su capacidad. En su sueño, ambos días se confundían en uno donde las imágenes se superponían entre sí de una manera extraña, pero las imágenes no importaban. Lo que importaba era que las emociones fueran puras y simples y eso era lo que no quería dejar atrás al despertar. No quería despertar a su propia realidad personal de un matrimonio roto y una vida sin amor. No quería despertarse con sus noches solitarias en su apartamento, después de que las niñas estuvieran dormidas, donde se sentaba durante horas tratando de encontrarle algún significado a todo. No quería despertar y darse cuenta de que nunca había amado realmente a su exmarido. Esa fue la parte más difícil: podía soportar el desamor, tal vez, porque eso significaba que, para empezar, había habido una emoción. Pero ella no podía soportar no haber amado en absoluto.

Lo peor de todo es que no quería despertarse para enfrentar lo que pensó fue su incapacidad para

proteger al Presidente de los Estados Unidos.

Permaneció en coma durante siete días, hasta el momento en que, como un eco en su mente, escuchó una voz.

Era la voz de un hombre que conocía desde hacía poco tiempo, pero que de alguna manera se había insinuado en su vida de tal manera que ahora se sentía avergonzada de estar dormida mientras él le hablaba. Ella quería hablar con él. Quería compartir con él lo que estaba sintiendo. Quería volver a ver su rostro y sus ojos.

Entonces ella se despertó.

"Hola", susurró.

Manny estaba leyendo en voz alta un libro delgado. Su voz lo sorprendió tanto que la dejó caer.

"Hola a ti mismo", dijo tímidamente. Ella sonrió ante su nerviosismo.

"¿Qué estabas leyendo?"

"T.S. Eliot", dijo. Cogió el volumen y se lo mostró. Canción de amor de Alfred J. Prufrock, decía el título.

"Lindo." ella dijo.

"Mi poeta favorito", mencionó.

"¿Qué estás haciendo aquí?"

"Teníamos una cita, ¿recuerdas?"

"No, no lo hicimos".

"Por supuesto que lo hicimos. Simplemente no lo recuerdas", dijo con una sonrisa picaresca. Ella rió.

Luego volvió a dormirse.

Al día siguiente tuvieron su cita para cenar en el Hospital de Bethesda donde ella estaba siendo tratada por sus diversas lesiones; tenía rota la pierna derecha y el brazo izquierdo, y ya habían comenzado a formarse costras en las docenas de pequeños cortes en todo el cuerpo donde las espinas le habían cortado la piel. Le pidió a la enfermera que la ayudara a prepararse, y cuando Manny llegó con comida china, ella se veía más que agradable para una mujer en sus circunstancias: se veía genial.

Esa mañana se enteró por su jefe de lo que le había sucedido a Bob Allen. Ahora, como le dijo a Manny, lloró sin vergüenza porque Bob había sido un buen hombre y lamentaba que se hubiera ido. Manny la miró en silencio. Le gustó la forma en que Manny respetaba sus sentimientos y no la

molestaba con su presencia. Que él estuviera allí le resultaba natural. Era como si los dos se conocieran desde hacía muchos años.

A la mañana siguiente él partió para volver a sus clases en Gainesville, y fijaron otra cita: en cuanto ella saliera del hospital, se iría a Florida a pasar el verano junto al mar.

Con él.

Y así fue un mes después. Tan pronto como le quitaron los yesos del brazo y la pierna, su madre la llevó al aeropuerto. Las niñas se quedaron felices con su abuela.

Manny condujo desde Gainesville mientras ella volaba directamente a la ciudad de Melbourne. Él estaba allí, esperando ansiosamente, cuando un empleado de la aerolínea la bajó del avión en una silla de ruedas empujada por un empleado de la aerolínea.

"¿Estás bien?", preguntó Manny. Ella pudo ver que estaba preocupado.

"Por supuesto, pero cuando me vieron caminando con las muletas, insistieron en que tenía que usar esta silla".

"Es para su comodidad, señora", dijo la azafata.

"Y para evitar demandas", dijo Melissa con una sonrisa.

"Eso también", dijo el encargado, sonriendo también.

Manny la ayudó a levantarse y cuando Melissa se apoyó en su brazo se dio cuenta de que era la primera vez que se tocaban. Luego, mientras salían lentamente del aeropuerto, su atracción mutua liberó una cantidad tan tremenda de energía que la gente se volvió para mirarlos con una sonrisa en sus rostros. Ellos sabían.

Un par de profesores jubilados de la Universidad de Florida, amigos de Manny, eran dueños de una casa en la playa que se había construido muchos años antes, justo al borde del océano en Indialantic. Pequeña, pero bellamente cuidada, la casa estaba abierta a los vientos del Océano Atlántico. Tenía una terraza abierta, un pequeño jardín frente al mar y un deck de madera que también era el acceso a la playa.

"Esto es maravilloso", dijo Melissa, levantando su rostro hacia el sol.

Estar en Washington todo el año, trabajando todo el tiempo, le hizo olvidar lo bien que le sentaba el sol.

"Y lo mejor es que podemos tenerla durante un año entero. Mis amigos están en Europa".

"No puedo agradecerles lo suficiente".

Él le mostró la casa. Tenía dos dormitorios, una bonita cocina y una sala de estar fresca por la que pasaba el viento de la playa para mantener la casa fresca.

Cuando Manny dejó sus maletas en el dormitorio de la derecha, el más cercano a la playa, Melissa se sintió un poco decepcionada. Aunque ella no estaba lista para llevar su relación al siguiente nivel, su acción todavía se sentía como un pequeño rechazo. Sabía que estaba siendo tonta, pero aun así...

En ese momento, como si estuviera leyendo su mente, se volvió hacia mírala a los ojos.

"Voy a ser muy honesto contigo. Te deseo como nunca he deseado a ninguna otra mujer en mi vida. Pero no quiero que esto sea una aventura más. Ya he tenido suficiente de esas".

El hizo una pausa. Luego, con la sonrisa juguetona que ella ya conocía, dijo: "Sin embargo, avísame cuando estés lista para algo más".

Ella se rió y tuvo que apartar la cara para evitar besarlo.

Los días empezaron a transcurrir mientras se instalaban en una discreta rutina. Todos los días, cuando se despertaba, Manny ya llevaba horas despierto porque le gustaba trabajar temprano en la mañana. Él estaría frente a su computadora cuando ella saliera del dormitorio. Luego, después de sus respectivas duchas, salían a desayunar a un lindo restaurante italiano llamado Rocco's, donde pronto fueron reconocidos y tratados como viejos y favoritos clientes.

Luego regresaban a la casa donde se tumbaban bajo el sol durante horas, caminaban sobre la arena color crema de la playa y perseguían cangrejos color rosa, leían mucho y hablaban mucho. Hablaron de todos los temas imaginables en sus mentes y se metieron en muchas discusiones cuando descubrieron que tenían puntos de vista opuestos sobre varios temas (la pena de muerte era uno de esos temas), pero incluso sus desacuerdos tenían una cualidad de buena fe. Aprendieron que se respetaban mutuamente y el mundo exterior se volvió algo irrelevante.

No importaba lo que dijeran: lo que importaba era que estuvieran juntos.

Su cuerpo y su mente sanaron muy rápidamente en esas condiciones. Pronto estuvo lista para más

de todo.

Manny había sido tremendamente respetuoso con su privacidad y se había comportado como un caballero que ella empezó a creer que él ya no la deseaba. Comenzó a preocuparse de que se estuvieran volviendo demasiado buenos amigos, pero luego notó la forma en que él la miraba cuando ella salió de la casa con su traje de baño puesto, un bikini negro y dorado, y supo que no tenía nada que temer, en esa área. Simplemente estaba cumpliendo su palabra. Y muchas veces, mientras se tumbaba bajo el sol cegador en la playa y miraba a los pelícanos zambullirse en las olas en busca de comida, quería que él la abrazara y la besara pero luego supo que no era el momento adecuado. Aún no, de todos modos.

Luego llegó el 4 de julio y otros turistas como ellos montaron fuegos artificiales por toda la playa. Manny y Melissa se sentaron en la cubierta abierta y observaron el espectáculo que se repitió a lo largo de la costa. Encendió la televisión para escuchar la interpretación de Boston Pops de la Obertura de 1812 y cuando sonaron los cañones, ella se acercó y besó a Manny plenamente en la boca. Se besaron durante mucho tiempo mientras a su alrededor los fuegos artificiales volaban,

gritaban, explotaban en bolas multicolores. Todo el tiempo ella sintió su calor y su pasión y lo replicó de la misma manera y finalmente se abandonó a los mismos sentimientos intensos.

Hicieron el amor por primera vez allí mismo, en el jardín de la casa de la playa bajo el claro cielo de julio iluminado por la celebración. Se quitaron la poca ropa que llevaban y permitieron que sus cuerpos hicieran sus propias definiciones y reglas. No había nada fuera de lugar en sus caricias, ni en la forma en que se unía su piel. Se movían al unísono como si las olas que golpeaban a unos metros de distancia fueran también los latidos de sus propios corazones. Su piel era caliente y suave, y la de él era dura y áspera, pero el deseo que habían sentido el uno por el otro desde el primer día se había convertido en una pasión incontrolable que recorrió sus cuerpos y los hizo fusionarse en un solo ser.

Después de eso no tuvo más dudas.

FIN

